



Ficción Científica

ELLOS SON EL FUTURO

Un año de Ficción Científica

Ellos son el futuro

Un año de Ficción Científica

Varios autores

Índice

Prólogo

Rem - *Cristina Jurado*

Share Rider - *José Ramón Vázquez*

La gran noticia - *Miguel Santander*

Hacia Dentro - *Nieves Delgado*

Madre solo hay una - *Santiago Eximeno*

Presunto, presunto asesino - *Josué Ramos*

El cadáver sin nombre - *Felicidad Martínez*

Putas de Tijuana - *Juan González Mesa*

Dariya – *Nieves Delgado*

Ellos son el futuro – *Santiago Eximeno*

La conquista mágica de América – *Jorge Baradit*

El historial del egófago – *Juan González Mesa*

Adaptación - *Ricardo Manzanaro Arana*

Último viaje - *Manuel Moledo*

Futuro – *Ricardo Manzanaro Arana*

Prólogo

No debería ser yo la que escribiera este prólogo. La tradición exige que sea una pluma reconocida la escogida y servidora no cumple con ese requisito puesto que mi currículum literario es escaso y poco conocido. Tampoco es costumbre que, en una antología de relatos, el prólogo corra a cargo de uno de los autores. Pero supongo que las prácticas habituales, las reglas no escritas y el protocolo literario están para que, de vez en cuando, los quebrantemos, sobre todo si es en aras de la amistad. José Antonio, Cordobés de apellido y malagueño de cuna y tronío, es un amigo al que no puedo negarle una petición tan halagadora como ésta. Nos conocimos a través de las redes sociales y gracias a Ficción Científica, la red social de literatura de ciencia ficción que puso en marcha hace un año. Desde que nos encontramos en el ciberespacio, hemos desarrollado una amistad un tanto atípica, porque nunca hemos hablado por teléfono ni nos hemos visto en persona. Eso sí, hemos degustado cientos de cafés virtuales y mantenido innumerables conversaciones relacionadas con el género y la vida en general. Yo le envío cuentos y le hablo de mis mil proyectos imaginarios que surgen por doquier y nunca se concretan. José Antonio me anuncia nuevas funciones en la web y me pide que las pruebe. Hablamos de libros todos los días: los que estamos leyendo, los que terminamos y estamos reseñando, los que descubrimos y deseamos conseguir. Hay pocos autores que no haya leído y muchas veces me sorprende asociando una obra reciente con alguna lectura que realizó hace años: además de programador, sospecho que lleva instalado un *hardware* de memoria infinita, como un *cyborg*. Su dedicación y pasión por la ciencia ficción es casi tan grande como su sonrisa -la que advierto en las fotos que de él he visto- y su corazón -el que conozco a través de nuestras charlas. Por todo lo anterior, no podía negarme a su pedido y aquí estoy, intentando ordenar ideas y dar sentido a las intuiciones que afloran en mi mente.

Es mejor que no sigáis leyendo. Deteneos y dedicad vuestro tiempo a cosas más provechosas porque en esta antología solo conseguiréis pasar miedo, sorprenderos hasta niveles insospechados, maravillaros con las ideas que han salido de la imaginación de autores enfebrecidos y soñar con los ojos abiertos. El culpable de esta invención demoníaca, de esta sarta de ficciones retorcidas, es José Antonio. Para conmemorar el primer año de vida de Ficción Científica nos convenció con sus malas artes para que le cedieramos algún relato y el resultado es esta colección, "Ellos son el futuro. Un año de Ficción Científica", nacida de la

amistad y la admiración por el género. Fuimos muchos en caer en sus manejos, como veréis si perseveráis en esta lectura.

Os auguro sensaciones poderosas y alucinógenas. Vibraréis con las paradojas ciencia ficcionales y el futuro apocalíptico de Ricardo Manzanero Arana en “Futuro” y “Adaptación”. Os enamoraráis del replicante replicado en “Dariya” de Nieves Delgado, compañera de fatigas, y reconoceréis numerosas referencias a Ficción Científica y al *ciberpunk* en su otro relato, “Hacia adentro”. “Último Viaje” de Manuel Molero conseguirá erizaros el cabello con su visión estatal de la muerte. El alcance imprevisto de una mentira os sorprenderá con “La gran noticia” de Miguel Santander, cazador de estrellas y amigo. Hay espacio para la denuncia social de los medios de comunicación en “Share Rider” de José Ramón Vázquez. Las consecuencias éticas sobre la clonación y el abuso de los implantes tecnológicos en el cuerpo humano se abordan con absoluta falta de decoro en “Madre, solo hay una” y “Ellos son el futuro” –relato que da título a la antología- respectivamente, bajo la batuta de Santiago Eximeno. El terror os congelará los fluidos cuando leáis “La conquista mágica de América” de Jorge Baradit, os lo garantizo. “El historial del egófago” de Juan González Mesa dará un nuevo sentido a vuestras inquietudes gastronómicas, mientras que en “Putas de Tijuana” el género policíaco adquiere una nueva dimensión. Desconfiaréis de los callejones oscuros y los interrogatorios policiales si leáis “Presunto, presunto asesino” de Josué Ramos. Aprenderéis que es mejor guardarse de “El cadáver sin nombre” de Felicidad Martínez y continuar con la rutina. Me atrevería a decir que el toque *weird* de “Rem”, de la que suscribe estas palabras, no os dejará indiferentes.

Por todo lo anterior, no sería beneficioso para vuestra salud mental que leyeráis a este puñado de charlatanes que somos once... como un equipo de futbol diabólico que os quitará el sueño y os perseguirá en vuestras noches de insomnio. ¿En serio vais a continuar? ¿No hacen mella mis advertencias en vuestro juicio? Si seguís leyendo a pesar del aviso, lo haréis bajo vuestra propia responsabilidad. No diréis que no os previne.

Cristina Jurado

Paris, Agosto de 2013

Rem - Cristina Jurado

Existen rostros que nunca reflejaron la verdadera edad de sus dueños. No se trata de semblantes artificialmente vigorizados por el bisturí o esculpidos a fuerza de ungüentos. Son caras atemporales que podrían corresponder a un veinteañero de igual forma que a una persona añeja. Las líneas que los atraviesan son trovas que festejan andanzas pasadas, informantes callados de innumerables conflictos. Son marcas que registran hasta el más mínimo de los olores advertidos, de las apariciones filmadas, de los sonidos capturados, de las especias saboreadas.

La cara de Rem encaja en esa categoría. Se hace llamar así últimamente, pero ese no es su verdadero nombre. O quizás siempre lo fue y solo ahora supo reconocerlo como suyo. Ha portado nombres que ya no recuerda y vivido experiencias que olvidó en cuanto sucedieron.

Su aspecto no resulta especialmente turbador: al contrario, invita a la generosidad y a la cortesía. Las puertas se abren ante ella, se le arriman los sillones más mullidos, viandas y bebida nunca le faltan y lechos confortables le son ofrecidos donde detiene su camino.

Viaja sin equipaje. No lo necesita porque corazones sensibles y manos caritativas le procuran. Atrae las miradas que se posan sobre ella con una mezcla desigual de simpatía y pena.

La carga.

Su carga.

Le acompaña desde el principio en que la luz se divorció de las tinieblas. A falta de maletas, se podría decir que forma parte de su equipaje personal e intransferible. Con el paso de los años, debería haberse acostumbrado a su peso, a la deformidad que provocaba en su cuerpo, a la falta de resuello en el andar, al dolor.

Pero al dolor nadie puede habituarse, ni siquiera si se dispone de siglos para hacerlo. Es un compañero devoto que nunca se despista, que no da tregua y cuyos efectos no se atenúan con el paso del tiempo.

Rem ya camina poco. Ahora que los vehículos automotrices proliferan, la gente se detiene para llevarla. Esos medios de transporte tan modernos apenas le impresionan. Ha conocido animales de carga, literas de mano, carretas, veleros, carruajes, coches, furgones, yates y aviones de todos los tamaños y banderas.

Siempre contesta desganada, cuando los espasmos se lo permiten, para dosificar mejor sus fuerzas y no levantar sospechas entre sus benefactores. Hablar demasiado le costó caro en otras edades y no desea añadir más sufrimiento al que ya padece de manera perenne. Del polizón que la acompaña, sumergido en un sueño eterno, apenas sabe nada. Ni siquiera si es uno o múltiple, cosa que no la extrañaría a estas alturas.

Recurrente como la metamorfosis cíclica de la luna, Rem provoca sentimientos de desazón que difícilmente te abandonan. Cuando la reconoces, reparas de inmediato en el lastre que te acecha desde las esquinas profundas del subconsciente. Su carga cancerígena se vuelve tuya y procede con eficacia militar a apoderarse de tus pensamientos, inundando los meandros de los recuerdos, infectando cada reflexión y revistiendo tu vida de una viscosidad densa que te frena y te somete.

Moria la visita con frecuencia. Caminan con las manos entrelazadas, ésta vaporosa y dejando caer post-its a su paso; Rem, desfigurada y tope. Los trozos de papel que se desprenden recitan el pasado, aunque nunca de la misma manera, porque el pasado no es inmutable - como nos han hecho creer- sino fluido. Su plasticidad reside en las múltiples versiones que la realidad invoca. Su nombre completo es Memoria.

Hace siglos que no se hablan. A Rem le molesta la presencia de la otra, tan etérea. Envidia su suspensión invisible y neumática, su autonomía de vuelo, la ligereza de su porte. Comprende que la comparación es inevitable, que siempre saldrá perdiendo en el cotejo involuntario. Si puede, la despista y se abandona a su invalidez permanente.

Mírala.

Ahora está sola.

No me acercaría mucho si fuera tú. ¿Quieres atraer su atención? ¿Sabes a lo que te expones? Acarrearás otro okupa, un parásito que te encadenará a tu desdicha. La criatura dominará tus recuerdos, invadirá tu vigilia, trastocará tu ciclo de sueño, paralizará tus afanes. Te roerá la médula de las vísceras, te aislará de tu generación y tiznará tu memoria de imágenes envenenadas.

¿En verdad deseas eso?

No te fíes, pues realmente no es una mujer embarazada. ¿Quién podría estar preñada desde el inicio del comienzo? Lo que ella sufre, son los dolores de su parto crónico. Es la encarnación de la pesadumbre que no cesa. Su nombre podría ser Rémora, pero es Remordimiento.

Cristina Jurado Marcos. Escritora española (Madrid, 1972). Reside en Dubái. Es licenciada en ciencias de la información por la Universidad de Sevilla y tiene un máster en retórica de Northwestern University (EUA). Su relato breve “Papel” fue seleccionado en el 1r Concurso de Relatos Breves de la Editorial GEEPP para dar título a la antología que recoge las obras ganadoras. Mantiene el blog **Más ficción que ciencia**, sobre ciencia-ficción y temas relacionados (<http://masficcionequesciencia.com/>). Autora de la novela Del naranja al azul.

Share Rider - José Ramón Vázquez

Con una radiante sonrisa dedicada a la cámara, Fran aprieta el gatillo. La cabeza del chorizo explota. El encargado de la tienda 24 horas aplaude entusiasmado. Los dos mil seguidores del canal de Fran en youtube también.

Sin tiempo para la merecida recompensa Fran sale disparado en busca de su moto. El lastimero sonido de las sirenas de policía buscando a uno de los hombres que las está dejando sin empleo comienza a oírse en la lejanía. Cuando Fran se pone el casco lo único que escucha es el sonido de la lista de reproducción que ha creado para las persecuciones. Steppenwolf, *Born to be wild*. Un clásico que nunca falla.

Las tres esferas que todo lo graban se acoplan a las ruedas y la espalda de Fran, dispuestas estratégicamente para obtener las mejores tomas on board de la persecución. Solo cuando el primer coche patrulla asoma por la esquina arranca la moto. Un toque de distinción que le ha ayudado a aumentar el número de suscriptores. Nada gusta más a los fans de los justicieros que demostrarle a los de azul lo prescindibles y profundamente inútiles que son.

La Ducati roja esquiva automóviles, peatones y mobiliario urbano aprovechando por igual calzada y acera. Algunos transeúntes caen al suelo aterrorizados, otros graban la escena para enseñarla a sus familiares cuando lleguen a casa. Los hay que incluso le vitorean al pasar. Da igual que no sepan exactamente si es la Furia Negra o el Sarraceno, cada vez hay más aficionados a su modo de vida. Y todos desean ver alguna vez a uno de sus ídolos en acción.

Diez minutos después de iniciada la persecución, Fran decide acabarla. La capacidad de atención de su público no es eterna y la posibilidad de accidente aumenta exponencialmente con cada segundo. El remate debe ser espectacular, un auténtico fin de fiesta. Con un salto la motocicleta cruza la mediana de la autopista. Pitidos, derrapes, luces que deslumbran le saludan. A Fran no le tiembla el pulso mientras recorre un par de kilómetros extra por el arcén en dirección contraria, para terminar saliendo a un polígono industrial de las afueras de la ciudad, lejos de la jurisdicción de la policía privada. Allí apaga el motor y se conecta a internet. Solo diez nuevos abonados, cada día cuesta más atraer a esos pajilleros.

El sol ha comenzado ya su descenso cuando Fran se despierta. A su lado una mujer yace desnuda boca arriba. El rímel corrido forma lágrimas negras que caen por sus pómulos y el pintalabios se ha difuminado a lo largo de sus mejillas hasta hacerla parecer un grotesco y

satisfecho payaso lascivo. Anoche le dieron a los suscriptores lo que pedían, una acrobática ración de sexo *made in Hollywood* que ha fundado dos o tres contracturas nuevas en el mapa ya demasiado poblado de la espalda de Fran. Con numerito incluido de seducción en un antro de moteros de las afueras. Por supuesto ella también se dedica al negocio, una más de la enorme masa de aspirantes a actriz que abandonó su pueblo en busca de un sueño y ha acabado de pornogrupo de tercera en la capital. Tras la actuación ella ha ganado ocho suscripciones, Fran solo dos. A ese ritmo va a necesitar salir seis noches por semana si quiere llegar a fin de mes. Y las balas y la gasolina cada día están más caras.

Cuando sale de la ducha ya se ha ido. Ni recuerda su nombre, ni le interesa. La muy zorra no se ha dignado a suscribirse aunque solo sea por hacerle el favor. Ya no hay decencia entre las pornogrupis. Cuando empezó en esto todos tenían la cortesía de suscribirse a los canales de los demás, aunque fuera solo por apoyar la escena local. Lo menos que podías esperar, aparte de una mamada, era algo de apoyo por parte de tus compañeras de trabajo. No es que Fran fuera un deportista o una estrella del rock pero su canal tenía dos ceros más que el de aquella fulana. Un poco de respeto para el que te ayuda a labrarte una carrera nunca está de más.

El sonido de llamada entrante le interrumpe en mitad de su sesión de dominadas. Termina la serie de cincuenta antes de descolgar, su productor tiene la desagradable manía de tratar asuntos de negocios en los momentos más inoportunos. Y aunque no sea de los momentos más vistos, hay al menos ciento cincuenta suscriptores observándole, la mayoría homosexuales que se masturban ante la visión de su cuerpo definido y sudoroso. Pero el que pone el dinero manda, así que Fran tiene que dejar de emitir.

-¿Qué tripa se te ha roto?

-Tenemos que hablar.

Esa frase, en labios de tu jefe o tu amante, tiene la capacidad de encoger el corazón de cualquiera. Incluso un tipo duro que se gana la vida impartiendo justicia en las calles. Fran tarda un segundo en contestar.

-Hablemos pues.

-Por teléfono no. En el sitio de siempre, dentro de una hora. Termina la gimnasia y, por Dios, innova un poco. ¿Has oído hablar de las flexiones hindúes? A la gente le encanta.

La chaqueta de cuero raída y los pantalones vaqueros gastados miran intimidados a la fauna del local. La gran mayoría son universitarios a la última moda, especialmente si es más ridícula

que la anterior. Este mes toca ir vestido de gángster de Chicago durante la prohibición, la última vez que vino todos iban disfrazados de riguroso spandex plateado recién traído de un futuro que nunca fue. La mayoría de los presentes no soportarían ni un simple duelo de miradas sin cagarse en los pantalones, pero Fran se siente inferior a todos ellos. Le recuerdan que la diferencia entre sus presas y él es mucho más tenue de lo que le gustaría.

El productor le saluda, agitando la mano. Está sentado en la mesa de siempre, con un sombrero de Al Capone color beige y gabardina a juego. Deben tener la misma edad, pero mientras Fran tiene más arrugas y cicatrices de las que le gustaría él sigue pareciendo un post-adolescente. Horas de criogenia y cámaras hiperbáricas que Fran no puede permitirse y que él paga gracias a él y a tantos otros que intentan abrirse paso en el mundo del espectáculo. Podría odiarle si no le necesitara tanto.

-¿Has apagado?

-Claro que sí, no soy idiota -Fran pide una cerveza sin a la barra. En menos de diez segundos una pinta tan fría que casi es un granizado aparece en el cajón de la pared.

-No he dicho que lo fueras, Fran, pero tengo que asegurarme. Por tu bien y por el mío, no queremos que la policía venga a buscarnos, ¿verdad?

Ambos comparten una carcajada fraternal igual de falsa. Fran aprovecha para dar un trago, casi tan sabroso como la de verdad, mientras su interlocutor saborea también su bebida indefinida de color rojo pasión.

-¿Qué es tan urgente?

-No voy a engañarte, Fran. Las audiencias no son lo buenas que esperamos. Beretta no va a mandarte nuevo material hasta que no llegues a tres mil quinientas suscripciones y cada día cuesta más que Pirelli cumpla con el suministro de neumáticos pactado -hace un gesto con la mano, como si no tuviera mayor importancia-. Podemos convencerlos cambiando la cámara para que muestre bien las ruedas cuando vayas montado en la moto, pero eso es lo de menos.

-No me jodas. Yo ya me encargo de mi parte, debería ser cosa tuya lidiar con los patrocinadores. Te quedas más de la mitad del dinero, hostia.

-Tranquilo, vaquero. Ya te he dicho que eso es lo de menos.

-¿Y entonces para qué coño me has llamado? Cada segundo que paso contigo es un segundo que no estoy en la calle.

-Para eso, precisamente -el productor le atraviesa con sus ojos color miel hechos en Taiwan un segundo antes de seguir-. ¿Sabes cuántos justicieros hay hoy en día? Unos doscientos solo en la ciudad de Madrid, más de mil en toda España. Y no tenemos los medios para competir con el mercado yanki. Coño, ellos pelean contra bandas organizadas que cotizan en el NASDAQ y están armadas con fusiles de asalto. Tú con yonquis de barrio.

-Sí, sí. Lo hemos hablado mil y una veces. Ley de oferta y demanda, tienes que tener un estilo propio si quieres hacerte hueco. Ya te he dicho que no pienso ponerme un disfraz y un nombre ridículo. Mi estilo es ser un tipo normal hartos de la falta de seguridad, ése y no otro es mi puñetero disfraz.

La sonrisa del productor es la misma que un abogado emplea en un juicio cuando va a mostrar el resquicio legal que permite a su cliente pedófilo no solo librarse del castigo, sino recibir una subvención del estado por pertenecer a una minoría discriminada por su orientación sexual. La clase de sonrisa que Fran teme más que nada en el mundo.

-Exactamente. Tú mismo lo has dicho, Fran. Eres un tipo normal, con las mismas preocupaciones de cualquier hombre de la calle, la única diferencia es que tú pones los medios necesarios para solucionar los problemas en lugar de quedarte de brazos cruzados. ¿No es así?

-Sí...

-Lo único que tenemos que hacer es que conectes con ellos, que les muestres esa faceta tuya. No eres un psicópata lunático que se disfraza para poder asesinar impunemente. Tú peleas por la justicia y la libertad, ¿verdad?

Fran no responde. Da igual lo que diga, el contrato blindado le ata su productor. Las sugerencias que le hacen han sido aprobadas por los patrocinadores y las nuevas cláusulas de contenidos llevan largo tiempo firmadas. Esto no es una tormenta de ideas, es una reunión para informarle de sus nuevas órdenes.

-Supongo que no sigues mucho la política, Fran. ¿Sabes que hoy se aprobaba el decreto que deroga el derecho de huelga? Mucha gente ni se ha enterado, pero eso me ha dado una pequeña idea...

Una colmena de esferas grabadoras zumba en la escalinata de los juzgados tratando de sacar el mejor perfil del consejero. A su alrededor revoltea una guarda pretoriana de abogados, policías privados y afiliados a su partido, todos felices y contentos al ver al prometedor líder en la calle y sin cargos. Algunos hasta portan pancartas con citas de Mandela. El consejero tiene

que esperar con una sonrisa de triunfo iluminándole el resto a que las consignas de apoyo de sus acólitos se atenúen para empezar su discurso:

-Hoy es un gran día para la democracia y la justicia. A pesar de las insidiosas acusaciones de mis adversarios he sido absuelto, puesto que no existen pruebas que puedan demostrar los delitos que me acusan. En realidad todo ha sido un calumnioso montaje orquestado por la oposición, convencidos de que como ellos son unos corruptos, nosotros debemos serlo por fuerza. No he empleado fondos públicos para pagarme los vicios que se imputan, principalmente porque no los tengo.

Entre las muchas tomas que captan las esferas no se encuentra el primer plano del rostro del consejero visto a través de una mira telescópica. Aunque espectacular no es necesaria para transmitir al mundo entero en alta definición el momento en el que una bala explosiva entra por su ojo izquierdo y detona, salpicando de masa encefálica a todos los presentes. Algunos se quedan petrificados, intentando comprender qué es la sustancia pastosa que les ha nublado la vista, pero la mayoría comienza a correr de un lado a otro de forma aleatoria, entre gritos de pánico. Los policías privados son los únicos que mantienen la calma, a pesar de su estrepitoso fracaso, y buscan frenéticamente al misterioso autor del atentado.

Tanto esfuerzo es innecesario. Una Ducati roja, flanqueada por tres esferas grabadoras, sale a toda velocidad del garaje de un edificio cercano y, pavoneándose, cruza la calle mientras su piloto saluda a la concurrencia. Los disparos que le devuelven los policías ni siquiera se acercan al objetivo que, acelerando, escapa hacia la avenida principal, donde se pierde en mitad del atasco de las 11 de la mañana.

Doscientos suscriptores más se han unido al millar largo de fieles de Fran. Unos cincuenta se han dado de baja, es cierto, pero el saldo nato ha envalentonado lo suficiente al productor como para seguir adelante con el plan. Hasta le ha alquilado una nave industrial para usarla como base de operaciones. Desde su nuevo sancta-sanctorum, delante de un fondo rojo con una gigantesca calavera amarilla en el centro, Fran se dirige al mundo.

-Aquellos que estéis de pie, sentaos, bajad la música y las luces y prestad atención. Porque sólo voy a explicarlo una vez. Puede que muchos de vosotros os preguntéis qué ha sucedido esta mañana. Por qué he convertido en pulpa la fofa cara del consejero de cultura de la comunidad. La respuesta es sencilla: porque se lo merecía -el productor le mira detrás de las esferas, satisfecho de lo bien que está interpretando el texto que le ha escrito. Fran ha conseguido una cola de patrocinadores lo suficientemente larga como para permitirse un yate de tamaño

medio a la semana. Todas las marcas de ropa quieren ser la primera en asociar su imagen a la del último rebelde del planeta-. Como muchos otros comencé a luchar contra la enfermedad que está acabando con esta sociedad. Me habéis visto perseguir a drogadictos con el mono que matarían por algo de dinero para una nueva dosis. A los cabrones que se la vendían. A los narcos que controlaban a los pequeños camellos. Siempre trepando en la escala, siempre en busca de la causa última de la enfermedad, no de los putos síntomas. Pero hasta hace nada no he comprendido la verdad.

La verdad es que la mayor parte de los delincuentes son tan víctimas como vosotros o como yo. Gente que se ha desviado del sendero recto, demasiado orgullosos o demasiado desesperados para seguir adelante con la pantomima que nos ha tocado vivir. Nos dicen que se ha abolido la esclavitud, pero seguimos dejando nuestro destino en manos de los nobles. Ellos son los auténticos criminales, los que nos roban el dinero que tanto cuesta ganar. Cada vez que un chorizo que necesita una dosis atraca una gasolinera a punta de navaja consigue cien míseros euros. Cada vez que un político firma un contrato fraudulento su cuenta aumenta un millón o dos. Y nos roba a todos. Al yonki y al que trabaja en la gasolinera. A los profesores que educan a nuestros hijos para que no caigan en las drogas. Al médico que lucha por curar la adicción y al científico al que niegan dinero para investigar sobre el cáncer. Si el verdadero criminal actuara de acuerdo a las normas, no existiría el atraco a la gasolinera. Esa y no otra es la realidad.

Ese y no otro es el motivo por el que a partir de hoy Justicia Roja declara la guerra a la escoria que está pudriendo la sociedad. Concejales, alcaldes, procuradores, senadores, diputados, ministros, presidentes... decid hola a vuestra nueva Fiscalía Anticorrupción.

El productor aplaude, emocionado, cuando Fran termina su discurso. Detrás de él ha instalado un panel en el que pueden verse las cifras de suscripciones del canal, que a están moviéndose a velocidad de vértigo. Por cada ciudadano respetuoso que se da de baja, preocupado por haber seguido las actividades ilícitas de un terrorista descerebrado se unen diez nuevos abonados ávidos de nuevas hazañas.

-Maravilloso, Fran. Simplemente maravilloso. Tengo ya ofertas de Glock, Heckler & Koch, Yamaha y Harley. Y nuestros amigos de Beretta y Pirelli dicen que los nuevos suministros ya están en camino.

El cementerio tenía que haber contado con una alfombra negra y un photo-call para acomodar a todos los políticos y famosos afines a la causa que han acudido al funeral del consejero. No

solo de su partido, también de la oposición. Dar una imagen de unidad ante la tragedia, acompañar a la familia del rival, que no enemigo, en estos duros momentos. Capítulo cuarto versículo primero de la Biblia del político. Después de todo los chicos del otro bando a los que llamas traidores a la patria cada miércoles en la sesión de control tan solo están en esto por lo mismo que tú. Algunos incluso hasta buscan sinceramente lo mejor para el país.

Las medidas de seguridad son espectaculares. Batallones de policías privados. Dos brigadas de contratistas serbios con más de un millón de horas en simuladores de la guerra de Kosovo. Incluso diez de los últimos policías nacionales pagados por el estado. Hay un loco terrorista suelto que tiene amenazado de muerte a todos y cada uno de los presentes y seguro que quiere autoinvitarse a la fiesta, así que no se ha escatimado ni un euro en seguridad. Cuando paga el erario público no hay que comparar presupuestos.

Todo el mundo se acerca a presentar los últimos respetos al cuerpo del consejero en su lecho definitivo. Ataúd de esqueje del árbol de Guernika, un lujo y un honor de la categoría del finado. Algunos lloran cuando ven el rostro cerúleo, reesculpido por la ganadora de la beca al mejor artista forense del Ministerio. Llantos que se multiplican al estallar las cargas explosivas ocultas en el féretro. Los comandos serbios giran como peonzas buscando al enemigo invisible.

A dos kilómetros de allí Fran se está follando a la escultora encargada de devolver la humanidad a la cabeza mutilada del consejero, la misma que tiene un violento orgasmo casi sincronizado con la explosión en formato panorámico que ocupa una de las paredes principales de la nave industrial. Tres minutos después, ocho mil suscriptores contemplan cómo se da la vuelta para que Justicia Roja la sodomice.

Circulan por la avenida en forma de V. Fran, Justicia Roja, a lomos de su nueva Ducati, es el vértice. Dos metros más atrás y a su derecha se encuentra Tania, anteriormente conocida como Clara Martínez, prometedora artista convertida en revolucionaria. El último fichaje responde al nombre de Andrei y se autoproclama “el espíritu del pueblo”. Cuando se puso en contacto con Fran el productor no se lo pensó dos veces. Los tríos funcionan mejor cara a las ventas que las parejas y no podía perderse de vista el lucrativo mercado femenino que podría verse decepcionado con una pareja estable.

Los automóviles se apartan a su paso, saludándolos con pitidos entusiastas. Si alguno de ellos es un inmovilista progubernamental no se manifiesta. Justicia Roja es, actualmente, el personaje público mejor valorado por la ciudadanía, por encima incluso del delantero centro de la selección. Cuando su equipo acabó con el alcalde de la ciudad y todos sus concejales en

mitad de un pleno en una escena digna de una película de acción de Hong Kong la popularidad del trío se disparó. Para contrarrestarlo, el ministro del interior intentó hace dos semanas emitir una orden de búsqueda o captura con una elevada suma asociada. Su propio hijo le ejecutó cuatro horas después.

La caída del titular de la cartera de interior fue el principio del efecto dominó. De los veinticuatro miembros del ejecutivo solo sobreviven cinco. El de asuntos exteriores estaba de gira por Sudamérica cuando se inició todo y otros tres lograron exiliarse. El último espera su audiencia con Fran.

La multitud congregada en la Puerta del Sol ruge entusiasmada cuando las tres motos entran en la plaza. Todos ellos llevan la sudadera roja de Adidas con la calavera amarilla junto al corazón que Fran ha convertido como uniforme. Todos levantan el puño izquierdo en señal de victoria.

Al pie del podio espera el productor, impaciente. Gracias a Fran ha comprado su propia isla en las Seychelles. Antes de retirarse por siempre jamás del negocio le ofrece la Desert Eagle en un colchón de terciopelo. Magnum ha pagado una importante suma para convertirse en su nuevo suministrador de armas y quiere que su producto aparezca en todas las televisiones del mundo. Fran la sopesa en sus manos antes de subir los tres escalones con vítores de emperador romano como banda sonora. El presidente hace un último intento por escapar de sus grilletes cuando le ve acercarse.

Con una radiante sonrisa dedicada a la cámara, Fran aprieta el gatillo. La cabeza del presidente del gobierno explota. Tania aplaude entusiasmada. Los cincuenta millones de seguidores del canal de Fran en youtube también.

José Ramón Vázquez (Segovia, 1985) está en la actualidad terminando su doctorado en física de altas energías en la Universidad Complutense de Madrid. Publicó su primer relato a los 18 años, cuando quedó finalista del I Premio Vórtice de Ciencia Ficción convocado por la editorial Parnaso y desde entonces ha aparecido en revistas como *Artifex* (Tercera y Cuarta Época) y antologías como *Ácronos*. Antología steampunk (editorial Tyrannosaurus Books) y *Prospectivas*. Antología del cuento de ciencia ficción española actual (editado por Salto de Página). Podéis seguirle en twitter en @joserravazquez.

La gran noticia - *Miguel Santander*

El presidente cuadró los papeles sobre el atril, se aclaró la garganta y miró a la cámara de televisión. Sentado en la primera fila junto a aquel científico que no paraba de cambiar de postura, el arzobispo tragó saliva.

Habían convocado la rueda de prensa con menos de un día de antelación, tan deprisa y corriendo que a Su Santidad le había resultado imposible asistir y había venido él como representante de la Iglesia. Ignoraba de qué se trataba, pero a juzgar por la urgencia del anuncio y el revuelo de las últimas semanas, el arzobispo se sospechaba indigno de estar allí presente.

—Estimadas y estimados ciudadanas y ciudadanos —comenzó el presidente—, comparezco hoy ante ustedes para hacerles un anuncio sin precedentes. Los rumores que han inundado los medios durante las pasadas semanas —aquí hizo una pausa, y el arzobispo tuvo la impresión de que le miraba directamente con expresión feroz—... son ciertos.

Un coro de murmullos se adueñó de la sala. El arzobispo contuvo la respiración, incapaz de creerlo. Abrumado por el peso de la responsabilidad, se volvió hacia el científico, quien contraía el rostro con disimulo, como esperando un golpe que no llegó.

El presidente alzó una mano, acallando a los presentes.

—Al fin podemos afirmar que no estamos solos. Hace ahora un mes, el equipo del doctor Charada, aquí presente, detectó una señal procedente de una civilización extraterrestre. Charada, uno de nuestros más reputados científicos, fue el responsable de descifrar el lenguaje en que estaba codificada.

El arzobispo se ajustó la mitra y se limpió el sudor acumulado en la frente mientras contemplaba la estrella en el mapa estelar de la pantalla. Había habido conversaciones al respecto en las últimas semanas en el Vaticano. Nada oficial, desde luego, tan sólo cuchicheos en los pasillos y discusiones a media voz. Con todo, la Iglesia carecía de una respuesta oficial al problema que le atañía, de si los extraterrestres tenían o no alma, de si eran hijos de Nuestro Señor Jesucristo, y de si el Verbo se había hecho carne también en su planeta para sacrificarse por ellos. E, incluso, de dónde quedaba la humanidad en su papel hasta entonces protagonista en los planes de Dios.

Por mucho que se esforzaba en no pensar en ello, no podía desembarazarse de la horrible sensación de que el futuro del cristianismo, el curso mismo de la Historia, dependían de sus inevitables declaraciones al final de la rueda de prensa. Y ni siquiera estaba seguro de qué era lo que él mismo pensaba al respecto.

—Poco sabemos por ahora de nuestros hermanos. Su mensaje contiene información sobre su biología, sus conocimientos de la naturaleza y su cultura, codificados de manera parecida a nuestros primeros mensajes que aún viajan a bordo de sondas interestelares. Creemos que no son antropomorfos, aunque su cultura parece ser pacífica. Han desarrollado el arte de la música, que practican insistentemente, presentando especial debilidad... —el presidente parpadeó y tomó una bocanada de aire— por los instrumentos de percusión.

Un ritmo frenético inundó la sala. Al arzobispo le pareció una batucada, exótica, sí, pero no muy diferente a las que algunos jóvenes de las Jornadas Mundiales de la Juventud organizaban en sus visitas a Roma. A su lado, el científico sonreía complacido. La música no duró mucho, pero sí lo suficiente como para terminar de levantarle el dolor de cabeza que sus febriles cavilaciones habían anunciado.

Una extraña imagen destelló entonces en su mente. Una figura crucificada para redimir los pecados de un mundo muy diferente. Un Jesucristo muy distinto en forma, casi repulsivo por lo ajeno de su anatomía, pero encarnado, no obstante, a imagen y semejanza de un dios que se tornaba esquivo y misterioso por momentos. La idea era suficiente para provocarle el rechazo a cualquiera, se dijo el arzobispo, y acto seguido se arrepintió de semejante muestra de soberbia.

—Y ahora —concluyó el presidente cuando la música cesó—, estoy seguro de que tienen muchas preguntas, que el doctor Charada estará encantado de contestar.

Claro que lo contrario era quizás peor, decidió. La posibilidad de que Jesucristo no los hubiera redimido, de que hubiera dejado en manos de la humanidad la responsabilidad de evangelizar a los nativos de un nuevo mundo era, por mucho que las intenciones fueran puras, aterradora. Y es que no hacía falta saber mucha historia para hacerse una idea del precio que aquel pueblo pagaría por conocer del camino de la salvación.

El arzobispo se santiguó mientras el científico subía al estrado y el presidente le daba la mano, todo sonrisa ambos. En un susurro que fue eclipsado por el sonido de los aplausos, pidió a Dios sabiduría para decidir lo que diría cuando llegara su turno y coraje para ser capaz de decirlo.

Qué incómodo es este asiento. Jamás pensé que se atrevería a llegar tan lejos. Bueno, supongo que es mejor que la cárcel. Dios, el cura a mi lado... ¿qué es, un obispo? Huele a viejo, como a carcoma.

Apenas escucho cuando el presidente arranca su discurso con la manida corrección política. Un lobo con piel de cordero, una piel que conoce como la palma de su mano. Me vuelvo un instante para ver el auditorio, que está lleno de periodistas expectantes. No saben lo que se les viene encima.

¿Por dónde va? Los rumores, ah, sí. “Son ciertos” dice, remarcando la c y mirándome fijamente, aunque el obispo a mi lado se sobresalta como si fuera con él. Qué ingenuo. Sé que me mira a mí. Y lo sé, porque sé perfectamente lo que quiere decir con esa mirada. Ya es tarde para echarse atrás. Ya es tarde para la cárcel.

¡Y pensar que todo empezó como una broma! Un juego idiota concebido durante un café. Especulábamos sobre si seríamos capaces de distinguir un grito al cosmos de una civilización extraterrestre como el que esperábamos recibir cada día de un mensaje diseñado por mentes humanas. Por supuesto, no tardamos en apostar a ver quién era capaz de diseñar un código en un lenguaje universal que los demás pudiesen descifrar e incluso dar por verídico.

Dice mi nombre, y clava sus ojos en mí otra vez. “Uno de nuestros más reputados científicos”. Cabrón. “Responsable de descifrar el lenguaje en que estaba codificada”, mente sin despeinarse. Al menos yo tengo la decencia de ponerme nervioso.

Sí. Yo fui quien llegó más lejos. Me pasé meses trabajando en el código, compuse un mensaje y, cuando todos olvidaron el asunto de la apuesta, lo transmití desde un satélite de comunicaciones que en aquel momento pasaba por la región indicada.

Sólo quise probar a mi equipo. Comprobar que sabrían diferenciar una señal verdadera de una falsa. Y así se lo comuniqué en cuanto fallaron. Por desgracia, para entonces alguno de esos idiotas se había ido de la lengua, de pura emoción, por Twitter, Facebook o alguna otra de esas telarañas para incautos. O quizá fuera a posteriori, como venganza por la prueba. Vete tú a saber.

Traté de desmentirlo, acallar los rumores que ya se multiplicaban en internet como setas, pero fue peor el remedio que la enfermedad. Ningún otro equipo detectó nada, claro, y a las dos semanas llamaron a mi puerta los hombres de negro. Los de verdad.

El presidente enumera las tonterías que me inventé. Al menos me queda el consuelo de ver hasta qué punto le irrita mi batucada. Casi hace que haya merecido la pena.

Finalizado su discurso, me invita a subir al estrado. Veinte años de cárcel, dijeron, a no ser que colaborara en este engaño con olor a cortina de humo. Así que hago lo que cualquiera en mi lugar, estoy seguro, habría hecho: abandono mi asiento y subo a su lado forzando una sonrisa.

El rumor de los aplausos es reconfortante, pero hay algo que lo es aún más, me digo mientras me preocupo de estrecharle bien la mano al presidente: ahora, si caigo, ambos lo haremos.

Nadie es consciente de ello, pero las ondas de televisión se difunden por el espacio, difuminándose al internarse en las vastas regiones del vacío interestelar.

Así, dentro de veintisiete años, tres meses, seis días y una hora, serán contempladas por ojos no humanos con el sobrecogimiento de quien espera que se desvele un misterio. Enmarcado en miles de millones de pantallas, el hombre del traje —uno de sus personajes favoritos— comenzará a hablar.

Entenderán la mayoría de sus palabras, consecuencia de años y años de ver televisión humana con pasión inusitada. La expectación tornará en júbilo cuando el hombre del traje revele la gran noticia: los rumores que los medios llevarán semanas intercalando, a modo de cuñas, entre emocionantes escándalos políticos y noticias de la crisis económica, son ciertos. Hay una tercera civilización en la Vía Láctea.

La imagen crepitará entonces, debido a la debilidad de la señal tan lejos de su origen, pero los espectadores podrán ver con claridad el mapa de una región de la galaxia. El júbilo se transformará en indignación, cuando reconozcan la estrella señalada en el mapa. Su estrella.

Aquello les resultará inadmisibles. Les hará suponer que alguien ha violado la moratoria de privacidad interestelar, que tan celosamente guardan, evitando radiar señales fuera de su sistema. Algunas voces se levantarán para exigir responsabilidades. Se propondrá, incluso, una declaración de guerra.

Pero la indignación se irá como habrá llegado y será sustituida por perplejidad en cuanto el hombre del traje comience a revelar datos falsos sobre su cultura y a poner un ruido que les resultará, a falta de una palabra mejor, infernal. Algo tan imposible de comprender para ellos como las palabras que afloran, un rato más tarde, de la boca de otro hombre que sube al

estrado, la cabeza enfundada en un bonete alto de lo más gracioso. Habla de ellos como si pertenecieran a un tal Señor que les hubiese dado a cambio algo que ninguno de ellos ha visto, oído o tocado jamás. Pues menudo negocio, se dirán.

Con todo, ese día, y al siguiente, y al otro, y así durante un mes, y siempre que la ocasión lo requiera en meses y años posteriores, todos permanecerán pegados a sus pantallas. Nadie se acordará entonces ni de la serie de la crisis económica ni del último episodio de los escándalos del hombre del traje, que pasarán desapercibidos por algún otro de esos canales de puro entretenimiento.

Miguel Santander García, astrofísico y escritor, ganador del premio UPC 2012 por su novela corta, La epopeya de los amantes, finalista del XXI Certamen Literario Alberto Magno de Ciencia-Ficción por La costilla de Dios y autor de El legado de Prometeo.

También tiene el blog de divulgación científica y de ciencia ficción Tras el horizonte de sucesos (<http://miguelsantander.com/>)

Hacia Dentro - *Nieves Delgado*

La lluvia caía perezosa sobre un suelo ya mojado. El tránsito de vehículos era constante, grandes moles repletas de gente que se dirigía a alguna parte, rodeadas por multitud de pequeños vehículos pululando alrededor. La ciudad se ralentizaba al ritmo del pesado movimiento a ras de suelo de aquellos mastodontes que cruzaban, impasibles, nubes de inquietos insectos.

En la calle, ni una sola persona. Las calles ya no eran lugares para las personas; mundos mucho más luminosos las acogían.

En uno de los vagones de un pequeño tren, un hombre contemplaba absorto el paisaje. En realidad, la mirada de Lukas mentía; las imágenes que desfilaban ante sus ojos no estaban siendo registradas. Su mente y su intención se hallaban en un lugar mucho más lejano, un sitio al que ningún tren podría haberlo llevado.

Pareció regresar a la realidad cuando se escuchó un ligero zumbido, señal de que el tren había dejado de levitar. El sistema de frenado por contacto entró en funcionamiento; en unos minutos, habrían llegado.

Ya en su apartamento, Lukas se dejó caer sobre el sofá, derrotado por el cansancio, antes de repasar mentalmente su plan. Tanto tiempo esperando, había convertido aquello en una situación de irrealidad. Al poco, se levantó y comenzó a preparar una comida abundante en hidratos de carbono; necesitaba un buen almacén de reservas para lo que tenía que afrontar. Su trabajo como programador maestro no le ayudaba a tener una forma física demasiado espectacular, así que al menos iría con la despensa bien llena.

Una ducha larga y tibia, con inoculación selectiva de endorfinas, consiguió darle la relajación que sus alterados nervios le habían negado durante todo el día. La jornada había sido dura y excitante al mismo tiempo, y no podía ni quería esperar más; la programación neuronal había sido completada aquella misma tarde. Era el momento de ponerla a prueba.

Entró en la habitación vacía de mobiliario y decoración, salvo por un amplio sillón abatible situado en el centro, con una pequeña mesilla a su lado. Varias estructuras, que parecían centros de mando, se disponían a lo largo de las paredes. Era su lugar de conexión con el mundo; con el otro mundo.

La puerta se cerró tras él y tomó asiento. Con una actitud de concentración, casi de devoción, cogió de la mesilla un pequeño círculo metálico de poco más de un centímetro de diámetro, repitiendo un ritual que conocía ya de sobra. Esta vez, sin embargo, iba a ser diferente.

Colocó el círculo sobre su frente y este quedó adherido al instante. Unos pequeños surcos casi imperceptibles en su superficie se iluminaron de un tenue color verde. Lukas tomó aliento, se reclinó en el sillón y levantó despacio su mano derecha, haciendo un gesto con ella de despliegue. Al momento, todo a su alrededor cambió; el espacio pareció ensancharse y se vio a sí mismo de pie, en medio de una habitación con múltiples paredes, cada una decorada de una forma diferente. Estaban repletas de símbolos y figuras, algunas reconocibles y otras no, pero todas ellas familiares para Lukas; había estado allí en innumerables ocasiones.

Frente a él, un hombre joven se dirigía a su encuentro.

—Hola, Lukas. Bienvenido de nuevo a Sativa. ¿Qué te apetece hoy?

—Hola, Leo. Gracias, pero creo que no necesitaré tu ayuda. Hoy tengo claro lo que quiero.

—Muy bien. No obstante, mis sensores detectan que has entrado en el sistema con una buena reserva de energía; te informo de la descarga de un nuevo programa de entrenamiento personal. Es muy eficiente, según parece; está alcanzando una gran reputación en la Red. Solo por si quieres probarlo.

—Gracias de nuevo, pero no. Te puedes retirar, Leo.

La imagen del hombre se difuminó en el aire hasta desaparecer, al mismo tiempo que la habitación volvía a encogerse y, lo que antes habían sido paredes ricamente adornadas, se transformaron en pequeños paneles al alcance de su mano, cada uno de los cuales tenía una inscripción resaltada sobre un dibujo. Lo rodeaban completamente y tuvo que hacerlos girar a su alrededor hasta encontrar el que le interesaba, uno en el que se veía la imagen casi infantil de un vehículo espacial antiquísimo. Sobre él, tres palabras; *Red Social FC*.

Tocó ese panel con los dedos pulgar y corazón, como queriendo cogerlo, y todo cambió de nuevo.

FC era una red social de aficionados al antiguo género de ciencia ficción; las asociaciones virtuales eran casi la única manera de relacionarse que le quedaba a la gente. Aunque en esta, curiosamente, las personas interaccionaban poco entre sí. El programa cargaba obras pertenecientes a ese género en un entorno de simulación interactiva. Obras clásicas, de culto,

desconocidas o vilipendiadas; había para todos los gustos. La gente entraba allí para disfrutar en vivo de sus novelas favoritas. Vivir aquellas historias en primera persona y ver actuar a los personajes en los momentos precisos, era una experiencia que ningún buen aficionado al género podía dejar pasar. Mucha gente había dejado de leer, ya fuera en sus pantallas o mediante carga directa a través de un interfaz cerebral, pero los que más entraban en la red eran aquellos que sí habían leído la obra original y querían convertirla en realidad; una realidad virtual.

En FC había normas, los programadores tenían instrucciones rígidas al respecto. Los protagonistas eran siempre personajes incrustados, no se podía cambiar su trayectoria a lo largo de la novela ni influir en ellos de ninguna otra manera. La trama estaba definida del primer al último momento; se trataba de recrear una historia, no de generar una nueva. No obstante, se introducían personajes secundarios con los que el visitante sí podía interactuar. La historia estaba creada, la trama decidida, pero uno podía pasearse por los paisajes de la novela y comprarse un kebab en un puesto callejero, charlar con el tendero de una casa de empeños o mezclarse con las tropas de élite de una invasión planetaria. Personajes poco relevantes, eternos secundarios que, sin embargo, y debido precisamente a esa capacidad de interacción, requerían una programación mucho más compleja.

Entrar en uno de los mundos de FC no era tan sencillo; los personajes interactivos habían sido programados para ser totalmente coherentes con la obra, no para ser complacientes con los visitantes. Así, si alguien viajaba en el tiempo y aterrizaba en un barco pirata del siglo XV, corría el serio peligro de que le abrieran la barriga, le clavarán un intestino al mástil y le quemaran con una antorcha para hacerle correr alrededor. Un pirata virtual era igual de temible que lo habría sido uno real y una tortura simulada tenía, en la mente que la sufría, los mismos efectos que si hubiera sido practicada sobre un cuerpo palpitante. El cerebro no distinguía entre un estímulo real y uno simulado; para él todo era verdadero.

También se podían simular las sensaciones. Si un usuario ingería alimentos en uno de aquellos mundos, saborearía la comida y se sentiría saciado. Pero su cuerpo, el verdadero, descansaba en algún sitio sin recibir alimento alguno; se podía morir de hambre en el mundo real mientras uno se daba un atracón en el virtual. O tener sexo sin descanso hasta agotar el cuerpo y sufrir literalmente un colapso. Había mucha gente enganchada al emocionante mundo de la realidad virtual. Algunos solo habían podido liberarse con la muerte.

Surgieron problemas legales; cuando empezó a morir gente, obligaron a FC a instalar un sistema de seguridad que expulsaba de la simulación a los usuarios en caso de peligro vital.

Múltiples sensores medían las constantes vitales de los visitantes y evaluaban su permanencia en el sistema. Algunos habían optado por contratar servicios externos, personal que se ocupara de alimentarlos con sueros, evacuar los residuos y cambiarlos de postura, para seguir conectados el mayor tiempo posible. Aun así, el cuerpo se debilitaba y terminaban siendo expulsados.

A Lukas no le había pasado nunca; él era programador, diseñaba personajes que luego eran implementados en las simulaciones. Conocía los trucos, los perfiles, las rutinas. Nada era nuevo para él. No había descarga de adrenalina.

Cuando el mundo volvió a definirse a su alrededor, tardó un par de segundos en enfocar la vista de nuevo. En la esquina superior izquierda, casi en su visión periférica, un diminuto piloto verde certificaba que todo iba correctamente; cuando quisiera salir del sistema, solo tendría que cerrar los ojos y arrastrar la luz hasta el centro de su mente. Algo que se podía hacer incluso en estado de semiinconsciencia.

De nuevo, Lukas se descubrió a sí mismo de pie, delante de una puerta enorme que daba acceso a una sala en la que decenas de personas se distribuían en torno a largas mesas de metal. La mayoría estaban ocupadas por jóvenes, algunos prácticamente niños, que vestían de igual forma; uniformes grises de corte militar, con un emblema redondo casi a la altura del hombro. Al fondo de la sala, una gran pantalla presentaba una serie de datos bajo la imagen ampliada de uno de aquellos emblemas, en cuyo interior se representaba la figura de un lagarto. Encima, una única leyenda: *Ganador de hoy: Escuadrón Salamandra*.

Lukas paseó la mirada por la estancia, buscando su objetivo; un par de mesas estaban ocupadas por adultos, vestidos también con atuendos militares, aunque diferentes a los de los jóvenes. No, no estaba allí.

Continuó explorando la sala y vio un mostrador de servicio de comidas detrás del cual un hombre y una mujer parecían muy atareados. Tampoco. A saber dónde habían colocado el perfil los de Estructuras. Ya estaba girando la cabeza para apartar la mirada cuando, un poco más allá, vio que una puerta se abría. Una mujer entró portando un enorme recipiente de comida que parecía pesarle demasiado. Al instante, una fuerte palpitación le oprimió el pecho.

La había encontrado.

Meses y meses de pesada programación utilizando el volcado de información neuronal se traducían en aquella maravilla. No era exactamente ella, eso lo tenía claro; solo se podían

programar redes neuronales, nunca insertar recuerdos. No era la mujer que él había conocido, porque no tenía sus experiencias, pero aun así... sí, era ella. En lo básico, lo era. Sus temores y habilidades, sus grandezas y bajezas, hasta aquella manera absurda de temerle a las alturas; todo estaba ahí, porque él lo había puesto ahí. Neurona a neurona, sinapsis a sinapsis, electrón a electrón. Había sido infinitamente minucioso estableciendo cada una de las conexiones.

No lo reconocería. Para ella, él sería un extraño. Un hombre que parecía tener un instinto especial para tratarla, venido de algún lugar desconocido. No importaba; lo volvería a conocer. Y entonces, en algún momento, todo surgiría de nuevo.

Allí, en aquel mundo etéreo, la cuidaría como en el otro no había sabido hacerlo. No en todas las vidas se tiene una segunda oportunidad y no todos los mundos eran así de verdaderos.

Antes de ponerse en movimiento, hizo uso de su último privilegio como programador maestro; utilizando un código diseñado para la ocasión, desconectó el sistema de seguridad de la simulación. Desde dentro. Muy poca gente podía hacer aquello.

Cuando su cuerpo se debilitara ya nadie podría echarlo, porque estaría dentro. Perdido. Para siempre. Con ella. Su cuerpo real se iría marchitando hasta llegar a consumirse, pero nadie lo expulsaría de allí. Esa era su prerrogativa y en ese momento acababa de hacer uso de ella.

El pequeño piloto verde fue perdiendo intensidad muy lentamente, hasta desaparecer por completo. Entonces, con paso firme y decidido, Lukas se dirigió hacia la mujer que se manejaba entre los recipientes de comida. Una sonrisa en la cara, un alivio en las entrañas. Ella levantó la vista entre las bandejas de cubiertos; lo vio y ya todo lo demás dio igual.

En el exterior, una luz verde que formaba extraños surcos sobre la frente de un hombre tumbado, empezó a debilitarse. A los pocos segundos, tras parpadear como si quisiera avisar al mundo de algo, se extinguió por completo.

Y el mundo entero se volcó hacia dentro.

Nieves Delgado (Coruña, 1968) estudió astrofísica y actualmente ejerce como profesora de educación secundaria en la comunidad autónoma de Galicia. Escribe relatos de ciencia ficción y terror que han sido publicados en las revistas digitales "Portalycienciaficción", "Ianua Mystica" y "Los zombis no saben leer", así como en la web "Sitio de Ciencia-Ficción". Así mismo, su relato La Condena formó parte de la Antología SdCF de Relatos de Ciencia Ficción 2012.

Podéis leer algunos de sus relatos en su perfil de Wattpad:

<http://www.wattpad.com/user/NievesDelgado>

Madre solo hay una - *Santiago Eximeno*

—Cuéntamelo otra vez —te apremia Jesús.

Carraspeas, le miras. Se le ve tan hermoso, tan joven. Y tú te sientes tan vieja, tan cansada. No quieres contárselo, pero aún así sabes que lo harás. Ha pasado el tiempo de las discusiones.

—Tú sabes lo que ocurrió, Jesús. Tras años de crisis sociales y económicas, tras años de penurias, las naciones del mundo dejaron atrás treguas impostadas y se embarcaron en la Gran Guerra. Veinte largos años dura ya. Nos ha arrebatado nuestra felicidad, nuestra vida. Nuestros hijos.

—Pero yo estoy aquí —dice Jesús.

No va a permitir que pares. Quiere oírlo de nuevo, desde el principio hasta el final. Quiere que te sientas culpable. Vosotros cambiáis, pero estas conversaciones, muy a tu pesar, perviven.

—Nuestro dinero y nuestra posición, Jesús. Quieres que te lo repita y lo hago. Estás aquí gracias a nuestro dinero y nuestra posición. Nuestra nación era poderosa antes de la Gran Guerra, nuestros conocimientos eran vastos. Cuando todos los jóvenes del país fueron reclamados para alistarse en el ejército se nos ofreció una locura, una aberración. Una esperanza.

—La clonación.

Ah, llegamos a la última parte, la más difícil. Cómo obviar una de las virtudes de tu hijo, la que más apreciabas: su terquedad.

—Sí. La clonación —te cuesta pronunciar esas palabras—. Algunos, muy pocos, clonamos a nuestros hijos. No era un proceso sencillo, no era un proceso barato. Lo hicimos por amor. Sin condiciones. Sabíamos que íbamos contra la naturaleza humana, pero en aquel momento creímos que era nuestra única opción.

—Lo entiendo —dice Jesús, y en sus ojos puedes ver que no es cierto, que nunca lo entenderá—. Pero sabes que no puedo dejar de pensar en ello. Yo amo a mi patria. ¿Qué hubiera sucedido si yo hubiera querido ir al frente como voluntario, si no hubiera permitido que mandarais a mi clon en mi lugar?

Y es entonces cuando sonrías, te levantas y le abrazas.

—No lo sé. No lo sé —dices, y tratas con todas tus fuerzas de no volver a llorar.

Santiago Eximeno (Madrid, 1973) ha publicado novelas como *Condenados* (Saco de Huesos, 2011) y *Asura*, libros de relatos como *Obituario Privado* (23 Escalones, 2010), y numerosos relatos en diferentes antologías y revistas, así como infinidad de microrrelatos que también ha recogido en volúmenes como *Gas Mask* (Ediciones del Cruciforme, 2012). Mantiene una Web con información actualizada de su obra: <http://www.eximeno.com>

Presunto, presunto asesino - *Josué Ramos*

Cada vez que entraba en una de aquellas tiendas perdía la noción del tiempo por completo. Es que hay tanta inspiración, tanto material, tanto cómic... que nunca podía irme sin comprar alguna cosa. A veces, alguna locura de la que no tardaba en arrepentirme.

La última fue un muñeco a escala real del Capitán Haddock. Casi me costó el límite de la tarjeta de crédito, pero me pareció que merecía la pena. Era muy delicado, así que el tío de la tienda y yo lo envolvimos con cuidado entre papel de estraza, periódicos viejos y bolsas de basura. Como estaba lloviendo a mares, me ofreció dejarlo guardado en el almacén para que volviese a buscarlo al día siguiente si ya no llovía, pero no quise dejarlo allí, ahogándose bajo tanto envoltorio. Por un momento me imaginé al capitán lanzando sus sonadas maldiciones y compartí la broma con el encargado para decirle que prefería llevarlo a casa cuanto antes. Quería buscarle un hueco aquella misma noche, aunque tuviese que dormir en el cajón de arena del gato para dejarle sitio en mi cama.

Subí las solapas de la gabardina para abrigarme lo máximo posible y salí a la calle como pude aguantando la puerta abierta con mi propio cuerpo y sujetando al capitán por la cintura, mientras me despedía del tipo de la tienda.

No tenía coche, y no estaba cerca de casa, así que me fui caminando rápido y tratando de proteger al capitán de la lluvia. A un par de manzanas, como antes o después tendría que tomar un desvío a la derecha, decidí meterme por un callejón que sólo utilizaban las traseras de los negocios para sacar la basura. Carecía totalmente de iluminación, así que no vi una bolsa de basura que me hizo caer de bruces sobre el capitán con un enorme estruendo. Me levanté maldiciendo todo lo que no podía hacerlo él, envuelto en aquel capullo que le habíamos confeccionado, y traté de levantarlo de nuevo.

De repente, un grito a mis espaldas me heló la sangre. Miré en dirección a la pequeña ventana que el callejón dejaba y me topé con el rostro desencajado y horrorizado de una mujer parada bajo la lluvia, mirándome y convocando a todos los transeúntes de la transitada calle para presenciar el espectáculo. Uno de ellos llamó a un agente de policía que pasaba por allí para, como él dijo, «pillarme con las manos en la masa».

El policía vino con su compañero y, ante mi sorpresa, los dos se me echaron encima. Mientras uno notificaba por radio uno de esos códigos que sólo ellos conocen, el otro sacaba las esposas para llevarme preso. «Queda detenido», dijo, «por presunto asesinato».

Para colmo, tuvieron que llevarme hasta su coche haciéndome pasar por delante de toda aquella gente, que me miraba y me increpaba horrorizada. «¡Presunto asesino!», gritaban, «¡presunto asesino, a la cárcel!»

La presunción de culpabilidad me ayudó a mantener la calma. Además, si pedían que me encerraran, se referían a prisión preventiva. Me increpaban, pero al menos lo hacían con respeto, sólo por si acaso y ejerciendo un derecho fundamental.

Pasé toda la noche y parte del día siguiente en el calabozo, esperando que todo se aclarase, hasta que un agente de policía me llevó a una sala de interrogatorios con una carpeta bajo el brazo.

—Dígame —comenzó—. ¿Qué hacía usted en aquel callejón?

—Estaba pillando un atajo y...

—¿Quiere decir que estaba acelerando el proceso? ¿El seguro de vida del muerto estaba a su nombre?

—No. Me refiero a un atajo para ir a casa.

—¿Es usted un okupa, entonces? ¿Iba a robarle la casa?

—¡No! ¡Le hablo en sentido literal!

—No hace falta que se enfade, caballero. Nadie le ha acusado todavía de nada.

—Pero está poniendo palabras en mi boca.

—Está bien, como quiera. Hable libremente.

—Es lo que intento —traté de calmarme, y continué—. Estaba yendo por aquel atajo para ir a casa y tropecé con una bolsa de basura. Me caí al suelo sobre el muñeco, y trataba de...

—¿Muñeco?

—Sí, el muñeco que esa señora histérica tomó por un cadáver.

—Aquí nadie ha mencionado ningún cadáver.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Por el cuerpo que tenemos en la morgue, evidentemente. Pero el que lo ha mencionado ha sido usted.

—¿Cuerpo? ¿Se refiere al paquete que yo llevaba...?

—Ahora empezamos a entendernos —entonces sacó una libreta y comenzó a escribir—. Al fin confiesa la autoría del crimen. Dígame, ¿pensaba dejarlo allí para que se lo llevase el camión de la basura?

—No. Yo no he dicho nada de eso. Lo que pretendo decir es que el paquete era un muñeco.

—¿Un muñeco?

—Sí, que no era real. Era falso.

—¿Acaso cometió usted el crimen bajo los efectos de algún tipo de alucinógeno o psicotrópico? Eso podría reducir notablemente su condena.

—No. Pretendo decir que era realmente un muñeco. Acababa de comprarlo a dos manzanas de allí, en una tienda de comics.

—¿Alguien puede corroborar esa historia?

—El dueño.

—¿Trabaja usted para él?

—Yo no he dicho eso. He dicho que él es el dueño.

—Claro, el dueño de usted.

—¡No! ¡De la tienda!

—Ah, bien. Entonces, hablaremos con él. Pero le aviso de que los informes del forense no parecen ser nada alentadores para usted.

—¿Y qué dicen?

—Bueno. Todavía no se ha hallado la causa de la muerte, aun es pronto para saberlo pero, en un principio, se crea que ha sido asfixiado. Su problema ahora es que, aunque usted trató de ocultar su identidad, no nos será difícil averiguar quién es.

—¿Yo?

—No. El cadáver.

—¡No es un cadáver! ¡Es un muñeco!

—Vaya, se sigue disociando usted de la realidad —y lo anotó en su estúpida libreta—. Habrá que llamar al psicólogo. Quizá le ayude a reducir la condena.

—Le digo que no era una persona, no estaba vivo. Solamente lo compré y me lo llevé a casa.

—¿Y por qué le borró las huellas dactilares?

—¿Las huellas...? ¡Yo no las borré!

—¿Acaso las tenía cuando usted cargaba con él?

—Pues claro que no. No me paré a mirarle los dedos, pero no creo que llegue a ese nivel de detallismo.

—Entonces, es porque se las borró usted.

—¡No! ¡Yo no maté a nadie! ¡Lo compré así! ¡Él me lo vendió!

—El hombre de la tienda, ¿no?

—Sí.

—Insinúa que fue él quien lo mató...

—No. Sólo digo que me lo vendió él.

El policía se paró a mirar en el interior de la carpeta, como buscando algo que ya había leído.

—¿Qué busca? ¿Qué quiere saber?

—Me pareció leer que es usted estudiante de medicina, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—Y saca muy buenas notas...

—Sí.

—¿Estudia usted por su cuenta para lograr unas notas tan altas?

—Sí, siempre que puedo.

—¡Ajá! Y supongo que eso incluye comprar cadáveres a su amigo de la tienda, ¿no?

—¡No!

—No lo pillaré por asesinato, pero le aseguro que le caerá una buena temporada a la sombra por profanación de cadáveres.

»Diga, ¿cuánto tiempo llevan haciéndolo? ¿Cuántos más hay? Porque... habrá más, ¿no?

—No sé de qué me habla. No entiendo nada...

—¿Cuántos años lleva estudiando medicina?

—Tres.

—¿Tres? —se mostró realmente horrorizado y volvió a su libreta—. Tres años matando gente... ¡Dios mío!

—Pero si yo no...

De repente, le sonó el móvil y respondió a la llamada sin más. Parecía tener algo que ver con la investigación.

—Era el forense —dijo, después de colgar—. Dice que el cuerpo ha sido tratado de algún modo que desconoce con el objetivo de dejarlo petrificado y conservado, como si se tratase de una momia. ¿Quería usted guardarse este como trofeo?

—Claro, pero era por...

—Además, dijo que al abrirlo no encontró nada. Ni órganos vitales, ni huesos, nada. «Lo más espantoso que he visto en mi vida», dijo. ¡Está totalmente hecho papilla! ¿Se puede saber qué le han hecho al pobre hombre?

—¡Nada! Yo no le he hecho nada.

—¿Le suena el apellido Haddock? —me espetó de repente.

—Sí. Es él, el capit...

—¡Entonces, lo conocía!

Golpeó sobre la mesa y me sobresaltó de tal modo que me derrumbé totalmente. Me encontré de repente en un callejón infinitamente peor que aquel en el que casi me había abierto la cabeza.

—No diré nada más. Quiero un abogado, por favor —respondí cansado.

—Me lo suponía. Le doy cuarenta y ocho horas para pensárselo mejor. Entretanto, hablaré con su amigo de la tienda, a ver qué dice él...

—¿Podría hacer una llamada?

—¿A quién?

—A mi mujer.

—No. Ya la llamamos nosotros. ¿Quiere darle algún recado?

—Que venga. Sólo eso.

Pasé otras cuarenta y ocho horas en el calabozo, esperando. Mi mujer no apareció. El policía que prometió llamarla no apareció. Sólo vino el abogado para decirme que debía aceptar un acuerdo. Todo apuntaba en mi contra, lo tenía muy crudo, etc. Le grité lo más alto que pude que me defendería a mí mismo ante quien fuese. Me enfadé tanto con él que los policías entraron en la celda para reducirme con descargas eléctricas. Todos me miraban como si fuese una bestia enjaulada. Me miraban... como a un asesino. No, más bien como a un presunto asesino. Eso es, como a un presunto asesino. Estaba en prisión preventiva, y me miraban así sólo por si acaso. Como ciudadanos libres, están en su derecho a ejercer su libertad de expresión, pero no me pueden condenar sin tener pruebas.

Uno de ellos era el mismo policía que me había interrogado.

—Usted... ¿Llamó usted a mi mujer?

—Sí, el otro día. Dice que no quiere venir.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No quiere verle. Me dijo que no podría mirarle a la cara sabiendo lo que la prensa cuenta de usted.

Me quedé helado. Mi propia mujer. Mi esposa, no quería verme.

—¿Y el tío de la tienda?

—No sabe nada.

—¿No lo han detenido?

—No hay motivos para detenerle. Debe de tener una muy buena tapadera, y mucho mejor que la suya; lo que significa que toda la culpa recaerá en usted.

—¿Y qué puedo hacer?

—Confiese ahora. Dígame qué proceso químico le aplicó a ese hombre.

—No puedo.

—Entonces, creo que no habrá más remedio que juzgarlo y encerrarlo.

—¡Pero si era un muñeco!

El policía se alejó de mí, y se marchó, con una expresión que jamás olvidaré. Me culpaba, al tiempo que sentía compasión. Me miraba como se mira a un asesino. Pero también como se mira a un loco que no sabe lo que hace, que ha perdido su contacto con el mundo real.

Empecé entonces a tener pesadillas, a sentirme encerrado de por vida, a plantearme seriamente que aquel muñeco fuese de verdad un cadáver... Pero, ¿el capitán Haddock? Sea como sea, es un personaje de ficción. ¡Era un muñeco, por Dios!

Han pasado demasiados años desde aquello. Nunca lograré rehabilitarme. Y nunca lograrán descubrir lo que le pasó al cadáver, tal como nunca darán con su identidad. Lo máximo que alcanzaron a saber fue que una etiqueta lo identificaba como el capitán Haddock, nada más. Pero nunca descubrieron quién era ese tal Haddock.

Así que me consuela saber que, aun entre las paredes de este sanatorio mental, sigo manteniendo el título de presunto... presunto asesino.

Josué Ramos (Ferrol, 1987) Escribe desde los 16 años, pero centrado ante todo en el fantástico. Tras las dos primeras **La última conspiración**, novela pulp; y **Ecos de voces lejanas**,

de corte Steampunk), actualmente prepara su tercera novela y el segundo volumen de la colección de antologías **Ácronos. Antología steampunk**, que coordina en la editorial Tyrannosaurus Books.

Además es escritor habitual en la revista retrofuturista **El Investigador** (<http://el-investigador-magazine.blogspot.com.es/>).

El cadáver sin nombre - *Felicidad Martínez*

Consigo, por fin, cruzar el cordón policial. Ya iba siendo hora.

Hace una noche de perros; me han sacado de la cama en mitad de un sueño húmedo, de esos que se recuerdan al día siguiente con una sonrisa en los labios, y mientras esperaba a que comprobaran mis credenciales se ha puesto a llover.

Hace un frío del carajo, estoy calado hasta los huesos, huelo a perro mojado... Genial. Espero que todo esto merezca la pena, porque como vuelva a ser una llamada en falso, alguien va a recibir un buen puñetazo por las molestias.

No estoy de humor. Oh, no. No lo estoy.

Dentro del local no sé si decir que se está mejor. Apesta a alcohol, vómito, meados... Menudo antro de mala muerte. Hay que estar muy desesperado o ser muy degenerado para venir a una whiskería tan «exquisita». Perfecto. La noche va mejorando por momentos, y yo sin un maldito café para celebrarlo.

Han quitado la música, las luces están dadas y hay polis por todas partes. Alguien ha debido de montar una muy gorda para que den la voz de alarma. En sitios como este, las cosas se solucionan... digamos que de otra manera. ¿Para qué llamar al rey si se puede hablar entre caballeros?

¿Un flash? ¿Eso es una cámara?

Interesante.

Significa que la científica está al caer, y eso es buena señal. En este país sólo se saca a la científica del laboratorio para que acuda a la escena de un crimen si la cosa no pinta bien. A los contribuyentes les cuesta demasiado que vayan esparciendo por ahí sus polvos mágicos.

Y por aquí debe de andar Berni. Bernardo Arias, el poli responsable de interrumpir mi erección nocturna. No es mal tío. Chapado a la antigua, pero no tanto como para no llamarme cuando cree que algo huele demasiado rancio.

—Eh, Soria. Llegas tarde.

Sí. Ese es Berni. Su voz de carajillo y puro es inconfundible, tanto o más que sus modales.

—No sabía que tuviera que fichar —le replicó con media sonrisa.

—Cierra el pico y mueve el culo hasta aquí. Vamos.

—¿Qué pasa, Bernardo? ¿Tu mujer te ha vuelto a poner a dieta?

—No me toques los cojones, Soria. Hoy no estoy de humor.

—Bien. Ya somos dos. ¿Qué tienes para mí?

No hace falta que me explique demasiado. En cuanto cruzo la puerta que me indica Berni, me golpea un tufo a carne chamuscada.

Y al sentido del olfato lo sigue el del gusto. Madre mía, el que decoró este despacho debe ser fan de las pelis americanas de los setenta, por lo menos. Y para darle un toque de color a tanta caspa junta, nada mejor que dos fiambres a la barbacoa. Dos tizones retorcidos, uno en el sofá de terciopelo rojo y otro en la alfombra persa de pega, no muy lejos del anterior, hecho un ovillo. ¿O debería decir hecha un ovillo?

Me acuclillo para estudiar detenidamente el segundo fiambre. Sí. No hay duda. Esas dos protuberancias negras son tetas. Aspiro con ganas. Nada. Vuelvo la vista hacia el primer churrasco.

Como un maldito tic, frunzo el ceño. El sofá debería haber prendido, pero sólo hay un cerco calcinado alrededor del cuerpo. Miro de nuevo el cadáver de la tipa. La alfombra tampoco se ha quemado como debería. Curioso a la par que interesante.

Me pongo en pie, me acerco al fiambre del sofá, aspiro. Nada. Comienzo a entender por qué me ha llamado Berni.

—No parece que hayan usado acelerante —empiezo a decir—. Aunque la alfombra apesta a alcohol, y las llamas tendrían que haberla consumido, supongo que está demasiado aguado para actuar de combustible.

Berni no dice nada. Parece ocupado atendiendo las quejas de un novato.

Ya, bueno. Es obvio que no le he dicho nada nuevo, o de lo contrario no estaría yo aquí. Así que me estoy perdiendo algo.

Me planto en mitad del despacho para hacerme una composición rápida del lugar.

Una habitación de cuatro por cinco; un sofá, un sillón y una mesa de centro al fondo; una mesa y un sillón de despacho encajados en una esquina; una barra de bar ostentosa y anticuada frente a un aparatoso mueble con el espacio justo para transitar. En la barra, restos de licor, un vaso de brandy medio lleno, sin cubitos, y trazas de polvo blanco. Hmmm...

Me pongo detrás de la barra. Alguien debió de encargarse de la instalación eléctrica a un primo chapuzas, porque los cables saltan a la vista para perderse bajo la tarima. Menos mal que siempre uso calzado con suela de goma.

—Supongo que el forense ya habrá determinado que estaban muertos cuando les prendieron fuego —tanteo, a ver si Berni se estira un poco—. Cuando las llamas se te pegan al trasero no te quedas esperando tan tranquilo a ver qué pasa.

—Los testigos que los oyeron gritar no opinan lo mismo.

—Opinar no es saber con certeza. Y si ya te han dicho qué pasó, ¿qué pinto yo aquí?

—¿Aparte de tocarme los cojones? Hacer lo que sabes y por lo que te pagamos tus costosos honorarios. ¿O es que ya no te dedicas a eso?

—Vamos, Berni. Estoy seguro de que en cuanto la científica llegue, saque muestras y las analice, te podrá decir qué ha provocado una combustión así. Probablemente será algo de naturaleza eléctrica, y es posible que encuentren trazas de alguna droga o paralizante que explique por qué no se movieron del sitio. Fin del misterio. Te voy a cobrar el doble por haberme sacado de la cama sólo por esto.

—Mira, Soria, sabes que me toca la polla tener que recurrir a ti y a ese palo de escoba que tienes metido por el culo, pero si alguien de mi departamento ha metido la pata, prefiero que lo investigue un tío que no va a intentar tapar la mierda. ¿Estamos?

—Esto... Me acabo de perder, Berni. No me dedico a casos de corrupción. Mi especialidad es... Bueno. Ya sabes. Lo inexplicable. Y lo que ha pasado aquí tiene dos soluciones posibles: un desgraciado accidente o un retorcido ajuste de cuentas, y hasta puede que las dos cosas mezcladas. Una vez que sabes qué ha pasado, ya es cosa tuya y de tus muchachos averiguar por qué. Si es que os interesa, claro.

—Exacto.

—Pues eso digo.

—Que no lo pillas, Soria. Ahora mismo me la suda gorda qué ha pasado y por qué. De hecho, lo sé de puta sobra. Pero como eres un bocas y vas de listo, te pillaste los huevos con la tapa y no me dejaste advertírtelo.

»Y ahora atiende, Einstein. Lo que necesito saber es cómo es posible que un cadáver se levante de la morgue y venga al lugar donde lo acibillaron a balazos hace un par de semanas, sólo para chamuscar a esos dos de ahí. ¿Te resulta lo bastante inexplicable ahora, Capitán Obvio?

Asesoría Marcos Soria y Cía. Ese soy yo. Todas esas palabras juntas para referirse a un único individuo. Y es que las apariencias lo son todo.

Lo de «asesoría» es porque suena más formal, con más caché, que simplemente «investigador privado». ¿O debería decir «detective por cuenta propia»? Lo de «y compañía» es sencillo: así parece que si la fastidio tengo a un montón de abogados y contables que me cubrirán las espaldas.

En cuanto a Marcos Soria... Bueno, me pareció un buen nombre. Anodino pero sonoro. No es mi verdadero nombre, aunque esa es otra historia. Lo que cuenta es que me he acostumbrado a él y, lo más importante, los polis como Bernardo Arias lo recuerdan cuando tienen que echar mano de... un asesor externo. Generalmente porque los maderos están sujetos a la ley y eso a veces es un obstáculo para hacer justicia; ocasionalmente porque han llegado a un callejón sin salida y tienen más asuntos que atender.

Ahí suelo aparecer yo. ¿Mi especialidad? Resolver lo inexplicable. ¿Cómo? Sabiendo que lo imposible es posible... porque siempre hay algo que lo provoca. Y desentrañar la causa es lo que mejor se me da.

Digamos que me conozco todos los trucos y yo mismo he realizado unos cuantos. Llevo años intentando dar con algo genuino, algo que me devuelva la esperanza, pero hasta la fecha todo han sido elaborados engaños que me he encargado de desentrañar.

Y este caso no es muy distinto. Un muerto que se levanta de la tumba para consumir su venganza. ¿Imposible? No. Claro que no. ¿Qué hace que un hombre mate a dos personas semanas después de su muerte? Yo barajo dos teorías.

Una: que el tipo nunca ingresó fiambre.

Dos: que alguien se hizo pasar por el difunto.

La primera es la que le está provocando un sarpullido al bueno de Berni. Podría ser un error de un novato o una cagada de los tipos de la ambulancia con demasiadas horas de guardia encima; un forense habría rematado la faena, quizá untado. En cualquier caso, demasiadas fugas, demasiada gente implicada. En definitiva, un marronazo para los cuerpos de seguridad del Estado. Mala prensa.

La segunda es cuanto menos fascinante. ¿Por qué hacer algo así? Pues bien para enmascarar algún asunto aún por determinar, bien para mandar un mensaje a alguien.

¿Por cuál me decanto? En realidad, cualquiera de las dos me vale. Al fin y al cabo, la raíz para empezar a investigar es la misma. ¿Qué tiene de especial este muerto?

Contrariamente a lo que nos hacen creer en Hollywood, la científica no tiene agentes de campo resolviendo misterios, sino que se limita a analizar muestras que, por lo general, tardan más de diez milagrosos minutos en presentar resultados. Tampoco tiene lo que yo llamo «personal enciclopedia». Vamos, que no hay nadie que se sepa de memoria la composición química de todo lo que nos rodea. Así que se meten los datos en el ordenador, se hace una referencia cruzada y... a cruzar los dedos.

¿Y qué hacen los que se encargan de juntar las piezas? Pues tampoco van por ahí dando patadas a las puertas, o preguntando a cualquiera que se cruce en su camino, o... Vamos, que no. Que para eso hay un montón de curritos que hacen el trabajo sucio. Es un sistema de castas. Siempre lo ha sido.

En este caso tengo la suerte de que a Berni le corre prisa saber qué ha pasado, así que me ha pasado copia de lo que han recopilado hasta ahora. No tengo acceso a sus recursos, ya que no soy poli, pero al menos es un comienzo. Porque ahí es donde empieza de verdad la tarea de un detective. Leer un montón de informes y testimonios, consultar bases de datos, hacer búsquedas en Google... Horas y horas y horas hasta que suena la flauta.

¿Y qué he averiguado hasta ahora? Para empezar, que el nombre del muerto es más falso que el mío, aunque no tengo forma de demostrarlo todavía. Hacerse con una identidad falsa en este país es hartito complicado, pero no imposible, claro. Costoso, desde luego, si además se espera no levantar sospechas.

Entonces, ¿cómo lo sé? Mmm... Lo llamaré instinto, aunque tal cosa no existe. O por lo menos no es un sexto sentido etéreo como cree la mayoría de la gente.

El cerebro recopila y procesa un montón de información. Somos conscientes de una parte y el resto lo mantenemos en el subconsciente para no sobrecargarnos. Como cuando entramos en una habitación que huele a cerrado, por ejemplo. Al principio notamos el olor, luego... no es que nos acostumbremos; sencillamente, la información que llega al cerebro pasa a un segundo plano donde no moleste. Ya hemos decidido que no es un peligro y no hay que correr, así que deja de distraernos.

Pues con lo de este tipo me pasa igual. Conscientemente no soy capaz de saber qué de todo lo que he leído me desata las alarmas. Mi subconsciente habrá establecido conexiones entre los distintos datos, pero las mantiene en la recámara con un aviso leve que acabo llamando instinto.

Así que ¿quién es este Juanito Nadie (me niego a llamarlo como pone en el informe) y de dónde ha salido?

Si no se hubiera cargado al antiguo jefe del local, es probable que ni hubiera constancia de su muerte por... ingesta de plomo. Seguramente habría acabado en algún descampado y sin relación alguna con el mundo. Sin embargo, vuelve a aparecer para cargarse al sustituto del jefe muerto. Nadie recuerda que fuera asiduo ni que tuviera relación alguna con el personal. Mmm... Interesante.

Regreso sobre mis pasos y me centro de nuevo en los informes del primer caso.

No. Ese tío no era un don nadie. Se carga a los dos seguratas que custodian la puerta del despacho con un arma blanca. ¿Resultado? Los armarios del interior no reciben la voz de alarma. Entra y se carga a balazos a los guarpaespaldas y, sin recargar, se ventila al jefe. ¿Eso significa que se trata de un magnífico tirador? No. O mejor dicho, no sólo eso. Sabía dónde estaba situado cada uno de ellos, lo que viene a decir que... había estado allí antes. Más de una vez. Mmm...

Es obvio que los refuerzos tardaron en llegar. Tuvo tiempo de cargarse al jefe y desaparecer, pero se quedó. ¿Por qué? ¿Porque no tenía intención de salir de allí con vida? ¿Porque alguien bajaría la guardia en caso de que se anunciase su muerte? ¿El sustituto del jefe? ¿Su segundo objetivo?

Reviso los atestados. Está claro que alguien miente.

Reviso el informe forense. Definitivamente, alguien oculta algo.

Me temo, Berni, que no es un sarpullido. Te acaba de salir un eccema.

Alguien soltó alguna vez la siguiente perla de sabiduría: Todo está en los detalles. Bien. Pamplinas.

Cuando un mago hace desaparecer una moneda, la gracia del misterio no es dónde la oculta, sino qué hace para desviar la atención y hacernos perder de vista el detalle, la moneda en cuestión.

Así que ahora mismo me interesa ir a la caza de humo y espejos. Qué hubo en la primera escena que desviara la atención en la investigación inicial hasta el punto de determinar una defunción.

Yo, con toda la información con la que me he empapado hasta ahora, tengo dos trucos de prestidigitador que podrían formar parte de la escenografía.

Uno: un testigo descartado por decir demasiadas sandeces en estado de embriaguez.

Dos: el forense. ¿Para qué hacerle la autopsia a un tío que es obvio que no se ha muerto de un ataque al corazón? Y aunque hubiera sido por eso y no por alguno de los catorce balazos que impactaron en su cuerpo, ¿acaso iba a cambiar algo? Un equipo criminológico no va a plagar el despacho de láseres para ver qué bala y con qué ángulo le causó la muerte y determinar quién lo remató. Para eso está la poli: para sacarle la confesión a alguien.

Así que aquí estoy. En un bar de barrio, cutre pero apañado, sentado frente a Vicente Ramírez. Un tipo que debe de pasar de los cincuenta, look de proletario, barba plateada de dos días, gafas de pasta a la altura de las ojeras y unas manos temblorosas de palmas callosas que intentan llevar la caña a los labios sin derramar demasiado.

Oh, vale, venga. Me retracto. Lo importante a veces sí está en los detalles, y lo que contemplo ahora mismo está plagado de ellos. Me duchan la cara en cuanto abre esa boca mansa.

—Se lo dije por teléfono y se lo repito ahora —dice justo antes de tomar un buen trago de cerveza—. Aquella noche estaba borracho. No sé qué vi.

—Sí. Recuerdo perfectamente lo que me dijo, pero verá usted, Vicente, en realidad he venido a preguntarle qué vio anteanoche.

—¿Anteanoche? —pregunta una octava más alta—. Nada. Nada. Nada de nada. —Atropella las sílabas—. Bueno, sí. Estaba borracho, eso seguro. Es... Es lo que soy, ¿sabe? Un borracho. No son listos ni na, esos policías. Vamos, me calaron enseguida. Me dijeron «Tía p'allá... y vete a dormir la mona, anda». Sí, sí. Todo muy correcto, eso sí. Muy profesional.

—Ajá. Ya veo.

Otro maldito tic. No puedo evitar acariciarme el mentón. Y es que todo esto no sólo me está dando mucho que pensar, sino que empieza a ser hasta divertido.

Aparte de retorcido, soy travieso. Qué le voy a hacer.

—Vicente... ¿Le importa si le pregunto a qué se dedica?

—¿A qué me dedico? Al transporte.

—Así que se dedica —hago énfasis en el tiempo verbal— al transporte...

—Sí. Bueno, no. Quiero decir que me dedicaba. Eso es. Me dedicaba. Tengo, tenía... una... furgoneta de reparto.

—Vaya. Y si no es mucha indiscreción... Supongo que fue así como dio con ese sitio, ¿no? Ya sabe lo que se dice, el mito de los... transportistas y los antros de mala muerte.

—¿Eh? Oh, sí, sí. M'ha pillao. —Sonríe nervioso.

—Ya, bueno. Pero ahora que caigo... Los hechos no tuvieron lugar en un local de carretera, sino en el casco antiguo, ¿no? Hay que callejear mucho para llegar.

»¿No es una elección un tanto... extraña? No tiene un cartel muy vistoso precisamente; el acceso hay que saber buscarlo...

—Pues... Pues... Pues no sé. No me acuerdo. Es... Estaría borracho.

Observo en silencio como Vicente apura de un trago la caña y pide otra de inmediato. Con disimulo oculto mi incipiente sonrisa con una mano, y tamborileo con los dedos de la otra en la mesa.

Berni tiene razón. Soy listo, inteligente por encima de la media, y me encanta que los demás sean conscientes de lo estúpidos que pueden llegar a parecer si se quedan mucho tiempo a mi lado.

No debería. Con este tipo no debería propasarme, o lo acabaré lamentando, pero es que... me lo está pidiendo a gritos, por favor.

—Vicente... Voy a decirle una cosa. Usted no es ningún borracho ni estaba allí como cliente. Usted trabaja, o mejor dicho trabajaba, para el dueño del local; y un jefe así no podría permitirse el lujo de contratar a un alcohólico que pudiera llamar la atención sobre sus... negocios. He leído el informe de la policía, ¿sabe? Ni ese tipo ni su sucesor eran trigo limpio. Y no. No me diga que no sabe de qué le hablo, porque no me apetece sacarle los colores más de lo necesario.

»Así que mi teoría es que estuvo aquella noche cuando ocurrió el primer incidente. Tal vez fue la conmoción, tal vez echó un par de tragos para calmarse antes de que llegaran los polis... Fuera como fuese, probablemente olía a alcohol y estaba tan alterado porque no había estado nunca en un tiroteo, pero confundieron su nerviosismo con una borrachera en toda regla.

»El negocio cambió de dueño, pero no de empleados ni de gestiones. Siguió con los encargos y, para mala suerte suya, hace dos noches se encontró en el mismo sitio y en la misma situación. Pura fatalidad.

»Esos temblores no son fruto del alcohol. Esas sacudidas solo se justificarían con años y años de ingesta, pero tiene el blanco de los ojos... eso, blanco. No amarillo, como estaría el de alguien que llevara demasiado tiempo machacándose el hígado. Así que no.

»Por la barba y las ojeras que me trae, lleva dos días sin dormir, dándole a la botella, tal vez para tratar de olvidar. Porque anteanoche vio algo que lo paralizó de miedo. Vio con sus propios ojos como un muerto volvía de la tumba para rematar la faena que se había dejado a medias.

»Bien. Yo no lo voy a tomar por un borracho, como pensaron los maderos, así que no tema y cuénteme todo lo que pasó. No se deje nada, por mucho que parezca una espeluznante y enloquecida historia de fantasmas.

Vicente ya no tiembla. Sus manos rodean la base de la caña y, cabizbajo, se concentra en la espuma de la cerveza. De repente alza la vista y me mira. Tiene un brillo en los ojos que me escama, aunque aún es pronto para deducir por qué.

—Usted podría ser uno de ellos —farfulla.

—¿Disculpe?

—Bah. Qué más da. —Agita la mano delante de la cara. Parece que ha llegado a una decisión—. Si no lo es, tampoco iba a entenderlo.

—Entender, ¿el qué?

—Era el mismo tipo, pero... no lo era, ¿sabe? Como si se le hubiera caído la máscara y se mostrara como..., como lo que era, es, en realidad. Sabía perfectamente a qué iba. Sabía qué se iba a encontrar tras esa puerta. Oh, sí. Porque también era uno de ellos. Puede que peor.

—Uno de ellos... Lo ha mencionado antes. ¿A qué se refiere?

—A un demonio.

—Eh... Quiere decir un mal tipo. Una mala bestia. La competencia.

—No, no. Quiero decir un demonio. Con todas las putas letras y sus implicaciones. Un monstruo, una criatura del averno, un aliado de Satanás, un...

—Sí, sí. Me ha quedado claro el concepto.

Y que está como una regadera, también.

Tal vez sí que estaba como una cuba después de todo. O eso, o vio algo para lo que sólo la explicación sobrenatural le hace sentirse de alguna manera cómodo, seguro. No sería la primera vez que me dicen algo por el estilo. Me emociono, pensando que por fin he dado con algo genuino, y luego resulta que no son más que fuegos de artificio. Como todo lo que he conseguido desbaratar hasta ahora.

Si no recuerdo mal, en este mundo alguien dijo que la tecnología más avanzada puede parecer magia, o algo así. Ese tipo no podría imaginar hasta qué punto soy consciente de ello.

—Nunca sospecharon que yo sabía lo que eran —prosigue Vicente con su «revelación»—; que más de una vez vi lo que podían hacer. Créame. Se cagaría en los pantalones si se lo contara.

»Y lo que hizo ese otro tipo... Los quemó vivos, ¿sabe? Desde dentro, sin llamas, con un simple gesto de la mano, después de hacer un dibujo en el aire.

—A... já. Y eso lo sabe... porque estaba allí, claro, en el despacho. Y salió despavorido antes de que llegara la poli, ¿sí?

—No. Ni muerto habría entrado nunca en ese sitio. Lo vi en el vídeo de la cámara de seguridad.

—¿Cámara de seguridad? ¿Qué cámara de seguridad?

Bien. Por fin algo tangible y con sentido.

Creo que fui yo quien le dijo a Berni que una imagen grabada en vídeo vale más que mil palabras de cuatro testigos. ¿O fue al revés? Da igual; la cuestión es que los hechos son los hechos. Nuestro Juanito Nadie no ingresó cadáver, aunque algunos se encargaron de que así constara.

Al forense, sin embargo, no parece gustarle mi teoría, y ahora mismo lo tengo totalmente a la defensiva. Y miento. Miento como un bellaco. ¿Cuántos años tiene? ¿Treinta, si llega? ¿Cuánto hace que se sacó la plaza? ¿Meses? Aún no tiene el culo pelado de darse con casos raros.

—Vamos a ver, Carlos, que no estoy acusando a nadie de fastidiarla. Sólo te pregunto si es posible.

—¿El qué? ¿Fingir estar muerto hasta el punto de engañar a un experto? Sí. Existen sustancias que lo permiten. Romeo y Julieta, ¿te suenan?

—Pero no hay informe de tóxicos.

—Y yo te digo que aunque ese tipo estuviera drogado hasta las cejas, los agujeros de bala no se falsean. Las balas no se falsean. Mi puto meñique metido en los putos huecos no se falsea. El tío estaba tieso y bien tieso. Disculpa que no quisiera perder el tiempo y que prefiera darle carpetazo al asunto y dedicarme a un posible envenenamiento por litio.

—Que sí, que sí. Que todo eso me ha quedado clarísimo. Lo obvio no hace falta que me lo expliques; te lo puedes saltar. Lo que no entiendo es que un muerto se levante y salga por esa puerta en bolas, que lo tengamos grabado en vídeo afeitadito, arreglado y limpio, y que tú no estés ahora mismo perdiendo el culo por explicarme cómo es posible.

—Mira, no lo sé. No tengo ni idea, ¿vale? La posibilidad científica de que algo así pueda pasar es... ridícula. Que el tío se tomara el fármaco, que las balas frenaran tras el impacto y no alcanzaran órganos vitales..., es..., es..., es sencillamente absurdo o directamente un milagro. No sé.

»Aunque mira, hablando de milagros, pregúntale al cura que se pasó por aquí y reclamó el cadáver. Dijo que quería darle un entierro digno. Eh, puede que le hiciera un exorcismo de esos y le devolviera la vida. ¡Como a Jesucristo!

Carlos se echa a reír con ganas. Yo no le veo la gracia.

Cierro los ojos con fuerza, me estrujo el puente de la nariz con dos dedos y aprieto la mandíbula hasta que me duelen las encías. ¿Lo mato? ¿Lo mato?

El cadáver era en realidad un sin nombre que nadie debería haber reclamado, carne de crematorio, o de Facultad de Medicina, pero no de cementerio. Sin embargo este idiota...

No. No es momento para poner en su sitio a los incompetentes. Un cura metido en el ajo. ¿Qué pinta un eclesiástico en todo esto? A menos que...

Esto se pone cada vez más interesante.

Mientras espero en uno de los bancos que han quedado libres en la capilla tras la misa, observo el interior y pienso. Pienso y observo.

Llevo demasiado en este mundo para saber que lo sobrenatural no existe; que lo imposible puede ser una mera cuestión de semántica, y lo inexplicable, falta de conocimientos científicos. Lo que no me esperaba era que mi búsqueda de lo improbable pudiera dar resultado al fin.

Todo este asunto me está llevando a un lugar inesperado. O mejor dicho, que llevo demasiado tiempo esperando. Y después de ver las grabaciones de la cámara de seguridad entiendo a qué se refería Vicente, aunque su explicación no fuera del todo acertada.

Demonios.

Sí, bueno, el error es comprensible, aunque no deja de sorprenderme. La gente vive rodeada de tecnología, pero la tiene tan asumida que no se da cuenta de las maravillas que le proporciona. Es como si añorara la inocencia de la niñez y prefiriera seguir creyendo en cuentos a enfrentarse a la realidad. ¿Por qué siente esa decepción al descubrir que lo insólito está regido por leyes físicas? Yo, personalmente, he disfrutado como un niño todos estos años desenmascarando falacias, engaños, supercherías baratas y otras lindeces sacacuartos, y

me gustaría creer que eso permite a los demás sentirse más tranquilos y seguros en este mundo. Como Berni, por ejemplo.

En cuanto se hizo con las cintas y las vio, no tardó en llamarme. Estaba claro que se sentía incómodo. ¿A quién iba a poder detener o echar la culpa con lo que estaba viendo?

Por suerte para él, a pesar de mi enorme sorpresa al ver la grabación, fui capaz de calmar su miedo, su incipiente inseguridad, con una explicación plagada de tecnicismos que estoy segurísimo de que no entendió, pero le dio sentido a todo. Lo devolvió a la cómoda realidad.

Y sin embargo aquí estoy yo. Nervioso como un cura rodeado de críos.

Sé lo que pasó. Sé qué hizo y cómo, pero me incomodan los cabos sueltos. Aunque tenga muy clara la imagen que muestra el puzle, aún está incompleto. Falta la última pieza. La más importante, en realidad.

Veo a un alzacuellos acercarse hasta donde estoy sentado. Alto, delgado pero fibroso, cara angulosa, piel curtida, gafas de montura fina, corte de pelo militar. En su mirada detecto algo familiar. Mucho. Sonríó para mis adentros.

Sí. Estoy a un par de pasos de llegar a la meta y desenmarañar el misterio.

Me pongo en pie, y en el proceso observo que el cura me mira con escepticismo. Lo noto incómodo ante mi proximidad. Algo me dice que me reconoce. Sabe qué soy. Mejor.

Extiendo de inmediato la mano para formalizar el saludo. Un gesto automático que acaba de tener una reacción que no me esperaba. El cura duda unos segundos antes de estrechar mi mano con decisión.

—¿Señor Soria? Me han dicho que me buscaba.

—El padre Malaquías, supongo.

Es todo lo que me da tiempo a decir antes de perder el conocimiento.

Mierda.

Oído, tacto, olfato, vista, gusto. Ese suele ser el orden por el que los sentidos se van despertando de la inconsciencia. No siempre, pero en muchos casos. ¿Qué descubro en el mío?

Alguien que rebusca en un cajón o un recipiente metálico; mis muñecas y tobillos atados a lo que parece una camilla inclinada unos treinta y cinco grados; no llevo la camisa; formol y alcohol para esterilizar; una habitación cerrada, tal vez un sótano; mobiliario quirúrgico; no percibo el regusto a sal y hierro de la sangre. Parece que aún no ha empezado la fiesta.

El cura arrastra un taburete y se sienta a mi lado, impasible. En su mano reluce algo metálico. Podrían ser unas tenazas.

Oh, por favor, no me puedo creer que me esté pasando esto.

Estupendo. Me preparo mentalmente para lo que va a ocurrir en cualquier momento.

—¿Quién te envía? —pregunta Malaquías.

El tono de su voz me resulta peculiar. Es como si te preguntaran en la calle por la hora y te resultara amenazador algo tan anodino e inocuo.

—Nadie —respondo con tranquilidad.

La réplica del cura no se hace esperar. Aprieto los dientes con fuerza mientras el frío metal me retuerce uno de los pezones erectos. Dejo escapar un gemido. Intento que parezca que sufro. No es buena idea que sepa que hace tiempo descubrí placer en el dolor. Qué le vamos a hacer, soy un culo inquieto. Me gusta probarlo todo.

Así que finjo. Finjo ira. Se me da bien fingir. Llevo demasiado tiempo haciéndolo, y en este momento necesito que crea que él tiene el control.

—¿Quién te envía? —insiste sin perder la calma, aplicando de nuevo la «tortura».

—¡Nadie, maldita sea!

Sigo en mi papel. Fingiendo dolor y angustia. Debe seguir pensando que domina la situación.

Cuando alguien cree estar al mando, y por ahora no hay nada que le indique lo contrario, tiende a bajar la guardia. Justo lo que necesito ahora mismo.

—Mire, no sé de qué va todo esto —le digo entre jadeos mientras echo un vistazo rápido al lugar para ver si puedo salir de ésta sin revelar demasiadas cartas—. A mí me contrataron para

averiguar cómo era posible que un muerto se levantara de la tumba para prender fuego a dos personas, pero ¿qué quiere que le diga? Acabo de darme cuenta de que no me pagan lo suficiente para tener que aguantar esta mierda. Así que hagamos una cosa: me desata, me unta un poco y me olvido de todo. ¿Sí?

—No te reconozco como un maldito, pero está claro que tienes algo. ¿Qué eres? ¿Un demonio?

Vaya, vaya. Un verdadero creyente. La cosa se complica.

—Oh, sí, claro. ¿Y qué más? —no puedo evitar preguntar con sorna—. Y el muerto, ¿qué era, según usted? ¿Un demonio, o un maldito?

—Lo sabes de sobra, engendro. Por eso estás aquí. Para matarlo. O peor, para encadenarlo a este mundo.

—Oh, no, no, no. Le puedo asegurar que no es nada de eso.

En serio. ¿Nadie ve la ironía en todo esto? Bueno, claro, qué tontería. Sólo yo se la veo.

—Ya —añade Malaquías con cierto hastío—. Comprobémoslo. Hay una forma de descubrir todo lo que sabes sin mentiras. La verdad y nada más que la verdad.

Estira un brazo y acerca un carro sanitario. Deja las tenazas y saca otro utensilio metálico. Parece un rizador de pestañas, pero algo me dice que no sirve para eso.

Vale. Esto se está poniendo más psicópata de lo que esperaba.

Se pone en pie, se inclina sobre mí. Con una mano me separa los párpados del ojo derecho y con la otra acerca las pinzas a la cuenca. Mal. Ahora caigo en la utilidad del aparatejo. No me gusta. No me gusta nada.

Y entonces lo veo. El colgante plateado que pende de su cuello. Reconozco el símbolo de inmediato, aunque hace ya demasiado que vi uno como ése. Fue en otros tiempos, en otro lugar. Llevo tanto buscando una señal como esta...

Todo encaja. La grabación, los testimonios y las pistas que me han traído hasta aquí... Sólo faltaba el contexto. Todo el mundo equivocó el contexto, incluso el sádico éste. Pero ya no importa. Sé exactamente qué debo hacer.

Me he cansado de fingir, de actuar, de aparentar lo que no soy. Es hora de que caiga el telón.

Creo recordar que ya he comentado que no me llamo Marcos Soria. De lo que ya no estoy seguro es de haber mencionado el tiempo que he pasado en este mundo buscando a alguien en concreto. Alguien que, como yo, no pertenece a él.

Años y años desentrañando lo imposible con la esperanza de dar con una pista, algo genuino que me llevara hasta Él o alguien como nosotros, aunque hubiera olvidado quién era en realidad. He sufrido tantas decepciones a lo largo de estos años... Pero al fin lo he encontrado. Alguien como yo.

Me concentro. Siento el cosquilleo de la energía en los dedos. Tengo aún libertad para girar las muñecas, mover las manos, trazar sellos.

Las correas prenden y se convierten en ceniza. Ahora, con las manos libres, invoco un nuevo sello, más elaborado, más poderoso. Con la energía resultante estampo al cura contra el techo y me levanto de un salto de la camilla para que no me caiga encima cuando la gravedad surta efecto.

Los huesos de Malaquías acaban chocando contra la camilla, y de rebote se da de bruces contra el suelo. Gime dolorido, desconcertado. Aprovecho para invocar otro sello con las manos y paralizarlo antes de que «recuerde» cómo hacerme frente. Esta vez seré yo el inquisidor

—¿Dónde está? El que sacaste de la morgue, al que ayudaste a... «despertar» —le pregunto.

Las tornas se han girado. Lo sabe. Sabe que ha cometido un error de cálculo. Subestimarme. Confundirme con esos insignificantes de los que ya se encargó Él.

—Llegas tarde —responde con rabia, entre dientes—. Jamás darás con él.

—Eso ya lo veremos. Y ahora responde.

—Sólo respondo ante Dios.

—¿Qué Dios?

—El único.

—Sí bueno, lo que tú digas. Ahora dime cómo se llama y cómo te pones en contacto con él.

—No pronunciaré su nombre en vano.

—No va a ser en vano, Malaquías —replico cansado de tanta tontería—. Evitaré que te rompa uno a uno todos los huesos del cuerpo.

Dibujé un par de símbolos en el aire con los dedos y el sonido de ramas quebradas quedó silenciado por los gritos de dolor del cura.

—¡Su nombre! —Empiezo a perder la paciencia.

—Podrás quebrar mis huesos, demonio, ¡pero no mi alma!

—Y dale con lo de demonio... Ya estamos con la semántica. He visitado muchos mundos, créeme, y salvo en éste, nunca me habían llamado así.

»En uno, de hecho, me adoraron como a un dios, así que hazte un favor y ahorra saliva. No tienes ni idea de quién soy ni de lo que soy capaz de hacer. ¿O prefieres que te saque el ojo en el que tienes almacenada la información?, ¿eh? ¿Te parece? Mmm... Creo que sí. ¿No querías hacer lo mismo conmigo? Venga, vamos a divertirnos un buen rato tú y yo. Tenemos tooodo el día por delante. Y veo que además has tenido la delicadeza de insonorizar este sitio. Perfecto.

Camino en silencio por las calles de esta ciudad, en esta noche fría y húmeda. Luces de neón, lejanas sirenas de policía... Estos son mis últimos momentos en este mundo vacío, banal, plagado de mentiras y engaños, dominado por un oscurantismo atroz que tiene la mala costumbre de nublar la razón de sus habitantes. Ángeles, demonios, Dios... Si supieran la verdad. Si supieran qué hay detrás de toda esa superchería barata; si supieran lo que somos en realidad...

Años y años metido en este traje de huesos y carne. Años y años haciéndome pasar por uno de ellos. Años y años desgarrando el velo de lo sobrenatural con la luz de la ciencia y la razón en pos de lo que había perdido. Nuestro general. Aquél que fue expulsado de nuestros dominios. Aquél que perdió la memoria y fue condenado a vagar. Aquél que liderará de nuevo nuestro ejército en la batalla contra el caos que no tardará demasiado en estallar... en otro tiempo, otro lugar.

Por eso debo irme de este mundo. Si la información que extraje del implante ocular del cura es cierta, y nada parece desmentirlo, el supuesto dios del ahora difunto Malaquías tiene en su poder a nuestro líder.

Supuesto, sí, porque se trata de un miembro de mi familia y nunca me gustó del todo que me definieran como a un dios. Y es que, como dije, todo es semántica. Tecnología, ciencia...

Bien. Basta de elucubraciones. Que los niños se aparten y dejen actuar a los mayores. La diversión puede comenzar. Y si sobrevivo, tal vez os cuente mi historia.

Pero eso será en otro tiempo, otro lugar, otra dimensión.

Felicidad Martínez ha publicado **El mito de la Caverna** publicado en la revista Axxón nº 159 (<http://axxon.com.ar/rev/159/c—159cuento2.htm>) y **Maldito**, seleccionado para Visiones 2007. En 2012 publicó la novela corta **La textura de las palabras** en la antología Akasa-Puspa, de Aguilera y Redal y en 2013 participa con esta misma novela corta en Terra Nova 2.

Putas de Tijuana - *Juan González Mesa*

Nac309 hundió los dedos en el metal de la mesa de laboratorio y la arrojó contra la cristalera. Al entrar el aire congelado de la noche, las llamas cobraron fuerza y Samuel tuvo que taparse la cara con el brazo del arma. Una araña biónica saltó para agarrarse a su gabardina. Las otras bailoteaban alrededor del cuerpo del doctor Rida, como si aún pudiesen recibir órdenes de su creador.

—¡Vamos! —gritó Nac309.

—¡Joder!

Casi ciego, Samuel se despojó de la gabardina, retrocediendo. Tropezó con un archivador y cayó de espaldas. Unas manos suaves y frías lo levantaron por las axilas, y Samuel escuchó la voz perfecta de su compañero:

—No tengas miedo, Samuel.

—Un poco tarde, Nueve...

El robot guió a Samuel hacia la cristalera rota a través del humo y del fuego. El detective recuperó la visión y vio que el jardín se acercaba como un raquetazo de verde oscuro hacia su cara. Escondió la cabeza, curvó el hombro y rodó sobre la espalda. Robot y humano quedaron con una rodilla en tierra mientras estallaban los depósitos de la calefacción del edificio, reventando los cristales e incendiando la noche con un calor y una luz insoportables.

Nac309 saltó sobre Samuel y lo cubrió de la lluvia de cascotes, que retumbaban en su pecho de aleación y tejido de cobertura. Un trozo demasiado grande los hizo rodar por el suelo. Quedaron ambos boca arriba mientras los papeles de oficina caían negros y remolones como en un baile de fantasmas.

—¿Estás bien? —preguntó Samuel con voz ronca y gesto de desmayo.

—Veinte por ciento de daño en el esqueleto costal —respondió el robot. Tuvo que pensar un segundo antes de añadir—. Ligero desplazamiento de frecuencias sigma y sigma 2.

Samuel se apoyó en un codo. La espalda le lanzó un latigazo de dolor que le hizo encoger desde la barbilla a las cejas, pero no fue suficiente para impedirle preguntar:

—¿Estarás para el partido del domingo?

—En un 95 por ciento de probabilidades... —se incorporó sin dificultad y dirigió una significativa mirada al edificio en llamas—. Aunque el papeleo por todo esto...

—Yo me encargo del papeleo, Nueve. Soy el puto amo del papeleo.

Tres horas más tarde, en la comisaría, Samuel se frotaba las muñecas delante de la pantalla de ordenador, sin conseguir concentrarse. Agradecía íntimamente que apareciera uno de sus antiguos compañeros del grupo de asalto del distrito 9, un latino alto y fibroso, aunque de pelo ya encanecido, llamado Luis Lorenzo Castañeda, pero al que todos conocían como Lul.

—¡Miradlo! —exclamó Lul con su sonrisa contagiosa de bicho perezoso—. ¡Este es el hijo de puta que hizo de cebo para que su 300 acabara con el doctor Rida!

Samuel se levantó y se dejó palmear por esos brazos de jugador de basket.

—Esta vez ha faltado un pelo —confesó Samuel.

—¡Pero ha sido el puto doctor Rida, joder! No creo que te expedienten por no pedir refuerzos, teniendo al loco más viejo de todo Dallas a tiro de piedra, yendo con tu 300 y todo eso...

Samuel comprobó que los compañeros de la comisaría habían dejado de mirarles y volvían a su labor frente a los ordenadores. Se rascó la coronilla y volvió a confesar:

—Bueno, no podría haber pedido refuerzos... Una de esas putas arañas biónicas se metió en el coche y lo jodió desde el radiador hasta el limpiaparabrisas.

Lul enarcó ambas cejas antes de soltar una carcajada.

—Me cago en la puta, Samuel... —dijo—. Te llevaste un buen rato aparcado ahí enfrente pensándotelo, cabrón.

—Un buen rato.

—Vamos a tomarnos algo. Los otros están donde siempre.

Los otros, el grupo de asalto del distrito 9, supervivientes de una época en que tu compañero sangraba. Unos cabrones duros que tenían más años a sus espaldas de los que les restaban para jubilarse.

—Que le den por culo al papeleo —insistió Lul.

—Vale, pero luego quiero pasarme a ver a 309.

Mientras Samuel recogía la chaqueta, su antiguo compañero volvió a enarcar aquellas cejas negras de actor de telenovela.

—¿Sigues con 309?

—Y espero que me dure...

La sala de medicina tecnológica era amplia, como un barracón seccionado por pequeños biombos que no servían para preservar la intimidad de los pacientes, sino para colgar pequeñas herramientas y manuales técnicos de plástico gastado. Nac309 estaba sentado en una cama metálica, con las muñecas adornadas con unas arandelas magnéticas que podían ser activadas por control remoto para dejar al paciente pegado al suelo.

El suelo era de un metal gris agresivo y pulcro, como una gigantesca espada.

Samuel se quedó de pie, apoyado en el biombo. Nac309 estaba desconectado. Todos los robots de aquella estancia estaban desconectados. Out de Superficie. Un sistema de ahorro de energía en que el robot solo podía volver a la actividad por algún estímulo externo indeterminado o por la prescripción del médico.

Los médicos tecnológicos nunca eran claros en cuanto al Out de Superficie, qué tipo de estímulo externo podía despertar al robot y por qué en ese estado podían llevarlo al desguace sin que ninguno se resistiese.

Samuel dio un golpe al informe que colgaba por una esquina de un clavo del biombo. Había leído muchas veces el diagnóstico. Fallo en el sistema sigma 2: temblores e imposibilidad de predecir el comportamiento del robot en situaciones de conflicto. Samuel había intentado comprárselo al Departamento de Policía. No era una cuestión de dinero, a pesar de que una sola pieza de Nac309 era más cara que todos los órganos de Samuel. Era una cuestión de seguridad.

Imposibilidad de predecir el comportamiento del robot en situaciones de conflicto.

Samuel había intentado convencer a los médicos de que adaptaran su sistema de memoria y de percepción a un soporte menos peligroso, quizá a un Admin100. Los médicos se habían

reído ante su atrevimiento. No era una cuestión de presupuesto, a pesar de que las piezas de Nac309 servirían para reparar a otros diez Nac300 que aún eran funcionales.

Se trataba de una cuestión técnica imposible de comprender para los profanos.

Samuel dio un golpe más fuerte al informe e hizo que diese una vuelta completa alrededor del clavo. Cuando el libreto plástico se hubo detenido, los ojos de Samuel se fijaron en la fecha prevista para el traslado de Nueve. Dos días. Treinta y seis horas, para ser exactos.

Lucas Hold ocupaba el asiento del piloto y Freddy Sánchez el del copiloto. Este último repasaba la documentación de ambos, el dinero en efectivo y el paquete de tabaco; quince cigarrillos. Todo iría bien. La sombra de la valla publicitaria aún los protegía del sol de la mañana, que ya comenzaba a ser inclemente en mitad de aquella zona desértica. Tenían una garrafa de agua en el suelo del asiento trasero.

Lucas comprobó el cargador de su tiraplomo. Pasó el dedo por la punta de una de sus balas, recubierta de un tejido médico rasposo cargado de anestesia local, desinfectante y activadores de plaquetas. Introdujo el cargador en la pistola y la depositó sobre el salpicadero.

—El otro día llegué a casa a las cinco de la madrugada —dijo Lucas—, bastante borracho, con el cuello de la camisa manchado de carmín y apestando a perfume de puticlub.

—¿El viernes o el sábado?

—El martes. Mi mujer con los ojos como un búho, sentada en la cama. Y le digo: «No me mires con esa cara que ahora vas tú».

—No está mal para llevar cuatro años divorciado.

—Cinco. Antes te reías.

—Es que me lo has contado veinte veces. Y no me digas que son treinta.

Lucas sonrió. El viejo radar del coche, calibrado para captar vehículos de más de dos mil kilos y molestar con los más pequeños, comenzó a emitir un zumbido.

—Bueno, vamos allá. Espero que esos dos no se hayan dormido.

—Estaría gracioso —dijo Lucas Hold mientras arrancaba—, que vengamos a rescatar a su chucho y se quede dormido. Le meto el 300 por el culo y lo pongo en modo «bailar».

El motor del viejo blindado respondió a la primera; buena señal. Todo iría bien, como en los viejos tiempos del distrito 9.

El furgón de transporte estaba al borde de la cuneta, bloqueado por dos vehículos blindados de policía, antiguallas del grupo de asalto, seguramente recompradas en subasta. Los agentes de G.O.A.R. apuntaban a Samuel y sus compañeros con armas automáticas fibra, frente a los antediluvianos tiraplomo del calibre 39 con balas de punta autocurativa.

La armadura de los G.O.A.R parecía una mezcla de ropa de baile y equipación de fútbol americano, negra y brillante. Los viejos policías, sin embargo, parecían viejos policías y no brillaban. El polvo levantado del camino parecía haberse prendido a sus ropas.

—No vais a llevaros a este 300 —dijo el Goar a través de su máscara antidisturbios.

—La carretera es solitaria —respondió Samuel; la voz agitada pero el pulso sereno—. Tenemos tiempo.

Los dos Goar se dirigieron una mirada breve y en contra de procedimiento, dejando al descubierto sus dudas. Agentes de policía tomando al asalto un furgón del G.O.A.R. A veces sucedían cosas cuando un detective perdía a su 300, sobre todo si el detective era de la vieja escuela y establecía disparatadas relaciones de idea, como si aquellos sofisticados apéndices metálicos del Departamento de Policía fuesen chuchos fieles de la brigada canina.

Pero no se había oído nunca que llegasen a tanto. Al menos, no había literatura judicial al respecto.

—He leído el informe —dijo uno de los Goar—. Es irrecuperable. Sigma 2 dañado. Imposible predecir su comportamiento en situaciones de conflicto.

—Mira por dónde —respondió Lul, bajando un poco la tiraplomo de cañones recortados—. Igual que nosotros.

Curiosamente, el Goar hablaba de un modo más mecánico que los Nac300, y su manera de evaluar la situación era aún más rígida y evidente. Miró a su compañero, miró a los agentes, uno por uno, y respondió.

—Bajad las armas. Estáis detenidos.

El otro Goar intentó cerrar la puerta buscando parapeto, asustado por la convicción de su compañero. El primer disparo fue un plomo autocurativo a la rodilla. El Goar con más pretensiones cayó al suelo disparando y acertó en el chaleco antibalas de Lul. Samuel se lanzó al interior del furgón y puso el cañón del tiraplomo en la cabeza del segundo Goar, que le apuntaba al cuello. El chico no se esperaba un movimiento tan rápido en alguien de más de cuarenta años, pero el caso concreto es que, sin saber cómo, tenía a un palmo de su cara el aliento a tabaco ilegal del detective, y el detective quizá se sintió satisfecho con la proeza, porque ninguno de los dos apretó el gatillo.

Los otros policías no tenían una visión clara de la situación. Freddy cogió a Lul por los hombros para acercarlo al coche de policía y Lucas Hold se acercó buscando un mejor ángulo. El Goar herido, mientras tanto, se dejó caer fuera del furgón soltando su arma. Tenía una clara mancha de orina en el centro de los pantalones. No era capaz siquiera de quitarse la máscara.

—Los Goar sois demasiado chulos —le recriminó Lucas, arrodillándose a su lado mientras buscaba una mejor visión del interior del vehículo.

Solo veía la espalda de su viejo compañero y su pierna derecha; el Goar estaba dentro del furgón, inalcanzable desde fuera.

A Samuel ya le temblaba la mano. Al Goar también. Se había quitado la visera protectora con algún pulsador oculto, y su rostro parecía extrañamente pálido en la oscuridad del furgón. Más allá de los hombros del chico, Samuel tenía presente la figura de Nac309 sentado en un trono de metal, en Out de Superficie, igual que un faraón en su sueño eterno.

—Estáis como putas cabras —dijo el Goar.

—Es un compañero.

—Es como una pistola. Como un chaleco antibalas.

Samuel bajó su arma y torció el gesto, intentando calcular la edad de aquel muchacho, intentando juzgar su experiencia.

—Respeto más tu chaleco antibalas, chaval —dijo.

—¿¡Todo bien?! —gritó Lucas desde fuera.

El Goar desvió un segundo su atención hacia la puerta. Samuel le agarró la mano del arma, le torció la muñeca hacia fuera y le impactó la diestra en el costado, donde la armadura era tan

solo una franja de tela elástica. Solo hubo un bufido, como de derrota, y el chico se quedó sin fuerzas y cayó de rodillas.

Lucas se acercó, dispuesto a entrar a las bravas, cuando la puerta que había permanecido cerrada se abrió hacia fuera y el Goar cayó al suelo levantando algo más de polvo de la carretera. Samuel, sudoroso, aún tenso, sacó el cargador del arma fibra y lo tiró a un lado.

—Samuel «el Rápido» —murmuró Lul mientras se quitaba el humeante chaleco antibalas, escupiendo algo de sangre.

«El Rápido» se puso en cuclillas frente al Nac309. Lucas, a su lado, negó con la cabeza.

—Out de Superficie. ¿Qué hacemos para que se espabile?

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo Samuel, observando las blanquísimas órbitas de su compañero de armas—. Lo ponemos a ver el partido, lo llevamos de putas... algo.

Lucas asintió. Sonrió. Luego soltó una carcajada amarga, valiente, casi desesperada.

—Nos hemos metido en un lío de tres pares de cojones —dijo.

—Bueno... —respondió Samuel, alargando la mano para apretar con agradecimiento el hombro de su viejo compañero del distrito 9—, quizá tengan que ser putas de Tijuana.

Juan González Mesa es autor de **El exilio de Amun Sar**, **Gente Muerta** y **La Montaña**, ganador de varios concursos de relato corto, guionista, director y storyboarder de cortometrajes, dibujante y diseñador, corrector de textos y guiones y futuro empresario editorial y cinematográfico.

Dariya – Nieves Delgado

La tarde estaba resultando pesada; mucho trabajo pendiente y un par de ensayos que se empeñaban en dar resultados erróneos. La programación de redes positrónicas seguía siendo complicada, la antimateria confinada era un verdadero quebradero de cabeza; y más aún con los nuevos transistores líquidos, tan difíciles de ensamblar.

Una pequeña alarma distrajo su atención de la pantalla, en la que Sergio analizaba concentrado las últimas imágenes del microscopio electrónico. Apartó con una mano el pequeño piloto rojo que parpadeaba flotando ante sus ojos y leyó el escueto mensaje que surgió en su lugar: *Diríjase a la Sala de Pruebas, por favor.*

A saber qué coño pasaba ahora. ¿La Sala de Pruebas? Como se tratara de nuevo de aquella subrutina que había jodido una serie completa... Se levantó con desgana y un poco de enfado, y se dirigió a la dichosa Sala. Acabaría con aquello cuanto antes.

La Sala de Pruebas era una habitación al uso de los antiguos cuartos de interrogatorio policiales, en ella se testeaban las nuevas remesas de androide. Una unidad de cada serie, elegida al azar, tenía que pasar una completa tanda de pruebas que certificarían su correcto funcionamiento. Algunas eran simples exámenes físicos, comprobación de ensamblajes y acabados. Otras, en cambio, eran auténticos interrogatorios psicológicos, herederos del antiguo test de Turing. Ningún androide podía salir de las instalaciones sin que su prototipo hubiera superado todas y cada una de ellas.

En la Sala, una mujer y dos hombres lo esperaban; May, su jefa directa, y dos de sus ayudantes. Hablaban entre ellos, de pie, con gesto serio y nervioso. Cuando entró guardaron silencio y adoptaron una actitud cautelosa, mirándose los unos a los otros. Lo que de verdad le alarmó fue que no se preocuparan en disimular que algo estaba pasando.

—Hola, Sergio. Pasa, te estábamos esperando —fue May quien habló, haciendo gala de su superioridad jerárquica.

Mala cosa que lo esperasen. La costumbre era tomar primero las decisiones y luego echar la culpa de los errores a alguien; a él, casi siempre.

—¿Qué sucede? ¿Algún problema? —se acercó al grupo, que se removió intranquilo.

—Bueno, sí... Verás, tiene que ver con lo del Presidente.

Tan solo unas horas antes, el Presidente de los Estados Libres había sido asesinado. El suceso fue grabado y difundido por medios de comunicación de todo el mundo, la Federación se hallaba todavía convulsionada.

—¿El Presidente? ¿Y qué tenemos nosotros que ver con el Presidente?

—Nada. Ese es el asunto. No tenemos nada que ver con él ni con su asesino —May hizo una pausa melodramática, de esas a las que ya lo tenía acostumbrado—. Pero tal vez sí con un testigo. Ya sabes, con ese testigo.

Sí, sabía a qué se refería. Todo había sucedido en público. El Presidente se había desplazado hasta una pequeña localidad en la que iba a dar un discurso de inauguración muy especial; comenzaba el curso académico en la que había sido su escuela de la niñez. Era una especie de tradición, un acercamiento a la gente auspiciado por su incansable equipo de asesores.

Las imágenes circulaban por todas partes y eran repetidas una y otra vez hasta el agotamiento; el Presidente subiendo los últimos escalones del escenario, siendo atacado por uno de sus propios guardaespaldas, enloquecido. Con un cuchillo. Nada tan aséptico como un pulso de microondas o un arma de fuego; un puto cuchillo, que se había clavado hasta el fondo justo en medio del corazón. En presencia de una multitud y con unos sofisticados sistemas de vigilancia. Varios segundos de asombro entre los propios guardas de seguridad habían sido suficientes para permitir una segunda puñalada que, casi con toda seguridad, ni siquiera hubiera sido necesaria.

A tan solo unos pasos de todo aquello, las cámaras grabaron a una mujer que miraba la escena con gesto indiferente; una técnico de sonido, según dijeron, que se encontraba revisando el montaje. En aquel momento era la persona más cercana al Presidente, pero no se movió. Ni un milímetro. Podría haber hecho algo para evitar la segunda puñalada, pero no lo hizo.

—¿Me estás diciendo que tenemos algo que ver con la *mujer de piedra*? —así la habían llamado los periodistas— Pues no sé, pero yo creo que esa mujer lo que necesita es un buen psicólogo, la verdad.

—Sergio, esa mujer no es una mujer —continuó May—, es un androide de nivel cinco. La detuvieron para interrogarla. Pensaron que podía ser cómplice y querían buscar pruebas de algún tipo. Legalmente no se le podía acusar de nada, la no intervención no es delito y la denegación de auxilio era más que dudosa; podría alegar fácilmente estado de shock.

—¿Estado de shock? Vamos, no me jodas —un gesto socarrón endureció sus facciones— ¡Si ni siquiera hizo el más mínimo gesto de apartarse de ese loco!

—Exacto —tomó la palabra Paul; se encargaba del control de calidad en la instalación—, por eso sospecharon de ella. Un simple espectador hubiera mostrado algún tipo de reacción, al menos sorpresa. Pero ella... era como si no le importara en absoluto, o como si ya lo supiera. Al escanearla, descubrieron que no era un ser humano. Ya sabes que los escáneres convencionales no detectan a los A5, así que no se supo hasta que el asunto pasó al Servicio de Inteligencia.

Sergio lo observaba incrédulo, con esos ojos que abre sin medida la sorpresa cuando es auténtica. De su garganta salió una voz tímida, bajita, como la confianza amarga que se hace a un colega.

—Vamos, Paul, sabes tan bien como yo que eso no puede ser. Si fuera un androide, habría violado la Primera Ley. No fabricamos androides que violen las Leyes. Nadie lo hace, las consecuencias serían demasiado... —no encontraba la palabra— importantes.

Un manto de silencio compartido cayó sobre los cuatro. Todos sabían que eso no era exactamente cierto. Existía la leyenda de que los militares utilizaban androides que violaban selectivamente alguna de las Leyes. Androides que mataban en el campo de batalla. Androides que torturaban a los presos sin conflicto interno alguno.

Todos los ingenieros de robótica y especialistas en Inteligencia Artificial del mundo lo sabían, pero nunca se hablaba de ello.

—Precisamente, Sergio —May retomó la palabra—. Si este androide ha tenido algún tipo de disfunción, es posible que se trate de un error de programación que, por algún motivo, se haya colado en los controles de seguridad. Podría haber toda una serie de A5 defectuosos circulando por el mundo.

Sergio empalidecía por momentos. Empezaba a asumir el alcance de lo que aquello suponía y una especie de vértigo se apoderó de él. Los androides de nivel cinco eran externamente indistinguibles de los seres humanos; internamente también, en una exploración superficial, ya que sus órganos estaban fabricados con material orgánico. En cambio, un simple análisis de sangre, un cultivo celular o una biopsia, revelaban su verdadera naturaleza. O un escáner ultrafino, como en esa ocasión, que mostraba la presencia de elementos exóticos como la antimateria contenida en un cerebro positrónico.

La fabricación de los A5 precisaba un permiso gubernamental especial. El rechazo de una gran parte de la población a que las IA pudieran camuflarse entre la ciudadanía era un factor importante; pero se trataba, sobre todo, de motivos de seguridad.

Algunos A5 eran encargados por grandes empresas que podían permitirse pagar los impuestos requeridos y comprometerse a realizar el control y mantenimiento necesarios. En algunas ocasiones se les colocaba en servicios de atención al público, como recepcionistas de hoteles o guías turísticos; en estos casos, debían llevar por ley una pequeña marca en la frente, bien visible, que indicara lo que eran. Sin embargo, la mayoría de los A5 eran destinados a labores de seguridad y camuflaje; agentes secretos para los gobiernos. O dobles de personajes importantes o famosos, a los que se les obligaba a firmar un compromiso de buenas prácticas cuyo incumplimiento tenía consecuencias penales. Y todos, todos los A5 del planeta, estaban registrados en los archivos de sus respectivos gobiernos. Nadie quería un ejército de androides con aspecto humano circulando libremente.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer nosotros? —por fin, Sergio volvió de su ensimismamiento.

—En estos momentos están trasladando al A5 a estas instalaciones. Debemos detectar dónde está el fallo, identificar la serie a la que pertenece y retirarla por completo. Tú eres el jefe de Diseño, nuestro mejor programador, y quien realiza el Test de Calvin a las unidades de prueba. Nadie mejor que tú para hacer ese trabajo.

Se dio la vuelta en silencio, mesándose el pelo en un gesto involuntario de preocupación, mientras los otros tres lo observaban con respeto. Tardó unos segundos en responder, pero cuando lo hizo, su actitud había cambiado.

—Vale, de acuerdo, yo me encargo. Avisadme cuando esté aquí.

Salió de la habitación sin esperar respuesta y ya de camino a la Sala de Programación se paró en una de las máquinas expendedoras de café en la que un androide de nivel tres reponía material. Se dirigió a él sin ningún miramiento.

—Café brasileño con doble carga para el cubículo seis de la Sala de Programación. No tardes.

—Enseguida —respondió el A3 con un movimiento de cabeza típico de los mecanismos hidráulicos.

De nuevo en su lugar de trabajo, se sentó y desplegó con los dedos una pantalla de datos; quería revisar los protocolos de implementación de los A5, hacía tiempo que no trabajaba con ellos. Ese tipo de androides no estaba muy solicitado y quería ir sobre seguro. En plena concentración, entró el A3 con su café en la mano; lo ignoró completamente mientras este le dejaba el vaso sobre la mesa.

Los A5 eran sin duda unas máquinas muy sofisticadas. Los científicos no se ponían de acuerdo sobre si eran capaces de desarrollar consciencia o no, pero desde luego tenían un nivel de empatía muy elevado; solía decirse que mayor incluso que muchos humanos. De ello se encargaba un complejo sistema emocional. Era técnicamente imposible que un A5 permaneciera impasible ante el ataque a una persona, y no solo por su obediencia a la Primera Ley. Algo tenía que haber sucedido con aquella unidad.

Una hora después el piloto rojo volvió a parpadear ante sus ojos, lo apartó de nuevo y un breve mensaje apareció suspendido en el aire: *Ya está aquí*. Sergio profirió un hondo suspiro, cogió la interfaz de exploración para los A5 y salió de la habitación.

En la puerta de la Sala de Pruebas lo esperaba May, acompañada por un policía armado del Cuerpo Especial de Intervención.

—Está ahí dentro, custodiado por otro policía —hizo un gesto con la cabeza y miró de reojo al que tenía a su lado, que permaneció impasible—. Ya les he dicho que nada de esto tiene sentido, que es absurdo temer las acciones de un androide, y más las de un A5, pero no hay manera. Las cosas están muy revueltas, parece que alguna gente se está poniendo nerviosa. He conseguido que puedas trabajar a solas con la unidad averiada, pero ellos dos estarán aquí fuera en todo momento, por si los necesitas.

—¿Pero por qué los voy a necesitar? —replicó con enfado, mirando fijamente al policía, que continuó imperturbable— ¡Se trata solo de una máquina, por el amor de dios! Qué manía de confundirlo todo...

—Bueno, tú ya sabes lo que tienes que hacer —continuó ella—. Tus conclusiones están ya clasificadas de antemano como material secreto, será tratado con el protocolo de Alta Seguridad; hay demasiados A5 trabajando en labores secretas que pueden involucrar incluso a Estados. Ya sabes lo que eso significa. Si necesitas apoyo auxiliar para el examen, avisa.

—Vale, venga, dejémonos de melodramas. Es un puto androide, tenemos miles aquí dentro. Solo espero que esto no me líe demasiado, tengo planes para esta noche.

Dejando a May a un lado, entró en la Sala. Efectivamente, un hombre armado estaba de pie, tras una mujer sentada a una mesa. “¡Joder, qué bien los hacemos!”, pensó; el aspecto del androide era el de una mujer pelirroja joven, aunque entrando ya en la madurez, con facciones agradables pero no excesivamente llamativas. La mayoría de los A5 eran así; aspecto de personas corrientes, podían pasar inadvertidos en medio de una multitud. La función de algunos de ellos era precisamente esa.

—Hola, agente —saludó al policía—. Puede retirarse, gracias —el hombre saludó con una inclinación de cabeza y salió de la habitación, cerrando la puerta tras él.

Sergio se dirigió a la mesa donde estaba sentado el A5 y tomó asiento justo enfrente. Ya estaba habituado a ese procedimiento, era parte del Test de Calvin; detección de incoherencias y contradicciones en el lenguaje. Ella lo miró con curiosidad, o al menos con una perfecta imitación de la misma. “Ya lo he vuelto a hacer”, pensó para sí, cuando se dio cuenta de que estaba pensando en el androide en términos de “ella”. Por eso era tan bueno en su trabajo, porque podía ponerse en la piel de los androides y detectar minúsculos errores de programación.

“Ponerse en la piel” de los androides; no pudo dejar de apreciar la paradoja, y un gesto sarcástico y divertido se le dibujó en los labios.

—¿Cuál es tu nombre?

—Dariya. Si te refieres a mi nombre de batalla, claro.

—Claro. Tu nombre de fábrica puedo saberlo en menos de un minuto —no quería ser hiriente, ni aun tratándose de un robot, pero se dio cuenta de que realmente estaba irritado.

Ella no respondió. El nombre de fábrica era una larga serie de números y letras que identificaba completamente a una unidad concreta; fecha y lugar de fabricación, número de serie, datos de la persona o empresa que lo había adquirido... Todo estaba ahí, en ese código que los androides llevaban incorporado en su software. Luego, era el dueño del androide quien le ponía un nombre común, según sus preferencias.

—Eres consciente de que has armado una buena, ¿verdad? —Sergio la miró a los ojos, no hubo muestras de incomodidad por parte de ella.

—No he hecho nada que contradiga mi programación, si te refieres a eso.

Los A5 tenían una capacidad de diálogo al menos tan amplia como la de los humanos; en muchos casos, incluso superior. No era bueno utilizar la ironía o la retórica con ellos, uno llevaba siempre las de perder. Eran capaces de evitar preguntas, eludir respuestas o dirigir conversaciones en la dirección que más les conviniera. No; si uno quería tratar con un A5, tenía que hacer preguntas directas y huir de la ambigüedad. Un A5 podía mentir si no violaba con ello la Primera Ley, pero la Segunda le obligaba a no hacerlo si el humano así se lo ordenaba. Era un mecanismo complejo de comunicación, especialmente diseñado para androides que debían pasar por humanos sin violar las Leyes de la Robótica.

—¿Quién es tu dueño?

—Me temo que esa es una información que no estoy autorizada a revelar —respondió ella haciendo un ligero gesto de pesar. Sergio se la quedó mirando unos segundos mientras reformulaba la pregunta en su cabeza.

—Te ordeno que me digas quién es tu dueño —pregunta directa, sin matices, sin puertas de atrás.

—Repito; esa es una información que no estoy autorizada a revelar, lo siento —no había rebeldía en su voz, solo la constatación de un hecho. Los humanos tendían a interpretar las respuestas de los androides desde un punto de vista emocional. Era un error, y él lo sabía.

Bueno, ya tenía un primer fallo sobre el que trabajar. Dariya acababa de desobedecer la orden directa de un humano; claro que había que investigarlo más a fondo, tal vez la orden había entrado en conflicto de algún modo con la Primera Ley.

Sergio cogió la interfaz que había llevado consigo y se levantó de la mesa. Se dirigió a una consola arrimada a una de las paredes y la acercó a Dariya.

—Voy a examinar tu programación maestra, Dariya. Estira los brazos sobre la mesa e inclina la cabeza ligeramente hacia atrás.

—De acuerdo, gracias por decírmelo —respondió ella, siguiendo sus indicaciones.

Sergio cogió una herramienta de la consola, una especie de palanca con forma de cuchara, y la acercó a la cara de Dariya. Le apartó el pelo por completo y, con cuidado, introdujo su extremo por detrás del ojo izquierdo, presionó levemente y el globo ocular quedó desencajado. Lo metió con delicadeza en un recipiente adosado a la consola. En la cuenca vacía quedó al descubierto una pequeña entrada de conexión, a la cual acopló la interfaz. Al momento, una

ruda pantalla en la consola comenzó a registrar filas y filas de datos. Sergio buscó entre todos ellos lo que le interesaba.

—Andrei Lébedev —dijo en voz alta. Dariya no hizo el más mínimo gesto.

Lébedev era un magnate del antiguo estado ruso, famoso por sus inversiones en biotecnología y por haber sufrido ya dos intentos de asesinato. Era un personaje oscuro, nunca había salido nada contra él ni contra sus negocios, pero circulaban rumores que hablaban de un tipo con tendencia a los negocios sucios. Una de sus aficiones era la robótica; había sido de los primeros en automatizar todos sus servicios, incluso los privados, y era muy probable que estuviera en posesión de varios A5. Dariya seguramente pertenecía a su cuerpo de seguridad. Pero si aquel tipo había modificado la programación de un androide para violar alguna de las Leyes en su propio beneficio, desde luego se había metido en serios problemas.

Desconectó la interfaz y colocó de nuevo el globo ocular de Dariya en su sitio. Esta se incorporó como si nada hubiera pasado.

—Bueno, ya he descargado tu programación completa —le informó Sergio—. No es necesario que ocultes nada, puedo hacer cualquier comprobación cuando quiera.

Dariya no respondió. No le habían preguntado nada.

—¿Por qué estabas en el discurso del Presidente? Todos vimos cómo comprobabas la conexión de sonido antes del suceso.

—Hacía labores de vigilancia para Andrei —“vaya, Andrei”, pensó Sergio; “cuánta familiaridad”—. Él también es natural de Surgut, quiso estar presente en ese discurso. Con la aprobación del Servicio de Seguridad Presidencial, colocó a varios de sus guardaespaldas por todo el evento. Yo soy uno de ellos. La revisión del sonido era solo una tapadera.

—Ajá. Tu misión es proteger la integridad de Andrei Lébedev. Pero no puedes saltarte las Leyes Robóticas, ¿no es así, Dariya?

—Así es, no puedo —a Sergio le pareció distinguir una sombra de reprobación tras la mirada del androide, como si le costara creer que estuviera haciendo una pregunta tan estúpida.

—Dariya, ¿tu programación maestra ha sido modificada?

Unos segundos de espera. Como si hubiera duda. Evaluando la pregunta, procesando una respuesta. Qué maravillosas máquinas eran los A5.

—Sí —segura, concisa, inapelable.

—Sin embargo —continuó Sergio, que sentía cómo la adrenalina inundaba su organismo—, no puedes saltarte las Leyes Robóticas —recalcó la frase—. Pero no hiciste nada por evitar el ataque al Presidente, y esa es una violación flagrante de la Primera Ley. ¿Qué parte de tu nueva programación es la que te ha permitido hacerlo?

—No entiendo qué es lo que quieres que te diga —respondió Dariya, mirándolo directamente con sus verdes ojos—. No soy programadora, no entiendo de eso; no puedo identificar funciones de rutinas y subrutinas, si es a eso a lo que te refieres.

Mierda. Se había despistado otra vez. Preguntas concisas y directas.

—Verás, puedo analizar tu programación con calma y encontrar en ella todas y cada una de las causas de tus actos. Pero me llevaría un tiempo, eso es lo malo, y hay mucha gente pendiente de nosotros en estos momentos. Así que tal vez tú me puedas ayudar a encontrar lo que busco de una manera más rápida. Te ordeno que maximices tus funciones empáticas y procures interpretar mis preguntas para entender qué es lo que quiero.

Dariyaladeó ligeramente la cabeza en un gesto afirmativo. Tardó un par de segundos más de lo normal en levantarla de nuevo.

—Programación empática maximizada.

—Bien. Vamos a ver, Dariya; aparte de la salvaguarda de Andrei Lébedev, ¿qué otras funciones y capacidades se te asignaron, que no estuvieran ya en tu programación maestra original?

—Tengo órdenes precisas de ocultar la identidad de mi dueño y la mía propia a cualquier otro ser humano o máquina —respondió ella—. Pero esa orden no entra en conflicto con ninguna de las Tres Leyes. Debo seguir preservando la vida de cualquier ser humano por encima de mi propia existencia, obedecer sus órdenes y velar por mi seguridad siempre que eso no implique peligro vital para ningún ser humano.

La mirada de Sergio se endureció al instante. Algo iba jodidamente mal con aquel androide.

—¿“Siempre que ningún ser humano esté en peligro vital”? ¿Y un par de puñaladas en el corazón no te parecen un peligro vital?

—Sí, claro; para un ser humano. Las Leyes que me han programado me obligan a defender la vida de los seres humanos. El Presidente no lo era.

Sergio se quedó paralizado, durante casi un minuto no fue capaz de reaccionar.

Definitivamente, aquel androide estaba completamente desquiciado.

—¿Cómo que no era humano? ¿Qué quieres decir, que era una especie de extraterrestre, o algo así?

—No. Un androide de nivel cinco, como yo.

—¡JAJAJAJA...! —era una risa histérica, de esas que buscan tiempo para capear el temporal— ¿¡Pero tú estás loca!? ¿Sabes lo que estás diciendo? ¡Anda, venga!

Si el Presidente fuera un puto androide, ¿crees que los Servicios Presidenciales iban a montar todo este tinglado? Ellos lo sabrían, estarían intentando tapar todo el asunto, ¡justo lo contrario de lo que están haciendo! Lo tendrían que saber, joder... ¿Crees que les hubieran colado algo así?

—Bueno, tal vez se estén enterando ahora, si le están haciendo la autopsia. Tal vez, ni siquiera él mismo lo sabía —sugirió Dariya.

—Ya, claro —algo muy parecido al odio se movía ahora en su interior—, pero tú sí lo sabías, ¿verdad? Ni el propio Presidente lo sabía, pero tú sí. ¿Me puedes explicar eso?

—Claro —tono neutro de Dariya, seguramente no ayudaría a apaciguarlo—. Se me han insertado sensores adicionales que me permiten detectar a distancia a los seres humanos. Ya sabes; emisión de infrarrojos, circulación de fluidos corporales... esas cosas. Somos muchos androides ya en circulación, Andrei quería distinguirnos por cuestiones de seguridad. El Presidente dio negativo en esa exploración; era un androide. Yo no tenía obligación de frenar aquel ataque, pero sí de guardar mi anonimato. Está claro que no evalué bien la situación, si hubiera auxiliado al Presidente aun sin tener que hacerlo, no estaría ahora mismo contigo.

—No, está claro que no la evaluaste bien. Igual que no estás evaluando bien ahora lo que dices. Te estás delatando a ti misma, esa sarta de mentiras absurdas solo puede venir de un androide modificado para eludir las Leyes, lo cual no me extraña nada viniendo del viejo Lébedev. Presidentes que son androides y no lo saben... Yo trabajo en este centro desde hace más de veinte años, y nunca he oído hablar de algo así... ¿qué se supone que es esto, la puta rebelión de las máquinas? ¿Me vas a decir que hay una conspiración mundial de androides para suplantar a los humanos y acabar así con ellos? ¡Joder, todo un clásico de la ciencia ficción! Está tan visto... ¿Me puedes contar algo que no sepa, por favor?

—De acuerdo, como quieras —una casi sonrisa pícara asoma a sus labios y levanta los ojos hacia Sergio—. Tú tampoco eres humano.

Nieves Delgado (Coruña, 1968) estudió astrofísica y actualmente ejerce como profesora de educación secundaria en la comunidad autónoma de Galicia. Escribe relatos de ciencia ficción y terror que han sido publicados en las revistas digitales “Portalycienciaficción” , “Ianua Mystica” y “Los zombis no saben leer”, así como en la web “Sitio de Ciencia-Ficción”. Así mismo, su relato La Condena formó parte de la Antología SdCF de Relatos de Ciencia Ficción 2012.

Podéis leer algunos de sus relatos en su perfil de Wattpad:

<http://www.wattpad.com/user/NievesDelgado>

Ellos son el futuro – *Santiago Eximeno*

SECTOR DE ARRANQUE.

Encontraron al bebé abandonado entre los restos de un ordenador de sobremesa. Le alimentaron con placas de memoria quemadas y fragmentos de cables SATA/IDE. Su primera sonrisa amplió dos megas el ancho de banda del acceso contratado por el monasterio.

.CONFIGURACIÓN BÁSICA.

Cuando transcurrieron seis años, seis meses y seis días desde que lo hallaron injertaron en sus pulgares obsoletas memorias USB de 2GB. Introdujeron en ellas datos falsos acerca de un pasado del que carecía. Los leyó y no los compartió con nadie.

.FORMAT C:.

Dijo su primera palabra a los nueve años, tras sustituir su sistema nervioso por gruesos cables de fibra óptica. No habló directamente, lo hizo a través de la red telefónica. Nadie entendió el mensaje. Nadie respondió.

.SCAN.

A los quince huyó del monasterio en el que le recluían contra su voluntad. Envío un mensaje de despedida a través de Twitter, Facebook y Four Squares, así lograron localizarle. Le respondieron con un paquete de instrucciones de apagado remoto.

.DESPLIEGUE EN PRODUCCIÓN.

Los tecnófobos lo hallaron solo y desnudo en un campo de maíz. Lo ataron con cuerdas a la verja que rodeaba el campo. Le colocaron un sombrero. Los pájaros no se atreven a acercarse cuando, al anochecer, sus ojos se tornan rojos y brillantes.

Santiago Eximeno (Madrid, 1973) ha publicado novelas como **Condenados** (Saco de Huesos, 2011) y **Asura**, libros de relatos como *Obituario Privado* (23 Escalones, 2010), y numerosos relatos en diferentes antologías y revistas, así como infinidad de microrrelatos que también ha recogido en volúmenes como **Gas Mask** (Ediciones del Cruciforme, 2012). Mantiene una Web con información actualizada de su obra: <http://www.eximeno.com>

La conquista mágica de América – *Jorge Baradit*

Perdido en un sucio y oscuro zaguán entre los laberintos de la ciudad de Sevilla, hundido entre papeles y pergaminos reblandecidos por el asfixiante calor del verano, un cabalista llora abrazado a su pequeño escritorio de caoba. Interminables cálculos tan intrincados como la propia ciudad han desembocado finalmente en una solución que brilla ante sus ojos con la luz de todo un coro de ángeles: la fecha propicia para invadir América esplende ante sus ojos limpia y perfecta bajo complejas series numéricas borroneadas una y otra vez. Es el año 1227, hay un largo camino que recorrer y mucho que preparar.

La existencia de este nuevo mundo había sido descubierta sólo un par de siglos antes. La red de mediums que vigilaban el mundo conocido habían intuído presencias de un nuevo tipo de consciencia colonizando áreas importantes del plano astral y dieron la alarma. Descubrieron que mecánicas desconocidas y poderosas levantaban estructuras ciclópeas entre los pliegues de la mente del planeta, como si otro continente emergiera con inusitado ímpetu.

De inmediato un selecto equipo de videntes fué asesinado y enterrado en una línea recta apuntando hacia las nuevas señales. Todos eran signo géminis, todos cargaban una roca de cobre en el estómago. Los mediums comenzaron a recibir las transmisiones de los videntes asesinados, haciendo puente casi de inmediato. Las señales eran difusas y afloraban como débiles imágenes en blanco y negro, adhiriéndose llenas de estática a las retinas de los mediums como recuerdos de infancia: un olor desconocido, el multicolor del manto de una madre, la certeza en la existencia del Tamoanchán. Colores y animales extraños, edificios de piedra, escalinatas ensangrentadas brillando a través de nieblas de incienso, plumas y piel oscura; otro zodíaco cosido a la piel de la noche, cuchillos de obsidiana y brujos poderosos.

Manipularon, influenciaron y tiraron de todas las redes y cuerdas invisibles que sostenían los imperios en su afán de alcanzar las nuevas tierras. Pero lo hicieron delicadamente, pacientemente. Invisibles.

En una de las tres naves viajaba un representante de las logias oscuras. América se estremeció cuando su planta tocó las arenas del Caribe. Todos los chamanes del continente giraron los rostros hacia ese punto con el corazón encogido por una repentina angustia, como si una piedra negra hubiera caído sobre el lago tranquilo de la América astral.

Después, vino la expedición definitiva.

No era oro lo que buscaban los que venían escondidos tras la marea de sífilis que avanzaba como una tormenta de dientes a través del Atlántico.

Detrás de los ejércitos y su ferretería, aún detrás de la cruz y la hoguera, venía la verdadera peste . Magos, cabalistas, guardianes del grial, alquimistas y sus golems se arrastraban escondidos entre los arcabuces, regurgitando conjuros y venenos que clavaban como alfileres sobre la piel de la Pachamama.

Ellos no buscaban el oro que rodaba por los ríos, “el oro es paga de espadas e ignorantes” su oro no era oro vulgar.

La operación de conquista y sus detalles eran antiguos. Antes de sus propios nacimientos se habían previsto todos los detalles. Por eso, cuando el Consejo de los pueblos Rojos intentó reaccionar ya era demasiado tarde, la Conquista Mágica de América estallaba en sus rostros como una tempestad arrasando el continente, como una coreografía mil veces ensayada y representada a la perfección.

El nombre de Jehová fué un terremoto abriéndose paso a través del estómago del continente como el cuchillo de un carnicero. Nadie alcanzó a invocar protección porque la daga castellana degollaba en la cuna el grito y cortaba las lenguas de los que sabían las palabras adecuadas. Quemó los signos de poder, destruyó las máquinas para comunicarse con los dioses; aisló a los pueblos y les devoró la memoria antes de arrojarlos como rebaños perdidos al desierto de la amnesia.

Cuando se apagaron los incendios y el polvo de las masacres se hubo posado sobre las piedras, vino la cruz recogiendo el dolor de los huérfanos, encadenando las almas a su rosario de esqueletos.

América yaciendo herida de muerte, expuesta a los escalpelos del que venía detrás, el verdadero depredador mágico que se inclinaba sobre los campos de batalla desolados, hurgando en las entrañas abiertas de los hijos del Sol, buscando sus augurios y su paga de cuervo. Buscando señales en los mapas que leía en los intestinos tiernos de la gente roja.

Lo que habían descubierto en Europa bien valía cien operaciones de conquista como ésta.

Años antes de zarpar, hundieron clavos de cobre a través de los ojos de un vidente eslavo y luego de muchos intentos consiguieron penetrar en las líneas de comunicaciones de los chamanes americanos. A través de sus ojos pudieron escudriñar cada centímetro de las intrincadas construcciones rituales con que modulaban las portentosas fuerzas que emanaban

de los pezones de esa nueva tierra. Asistieron al levantamiento de arquitecturas que continuaban hacia el plano astral en complejas urbanizaciones mentales. Vieron prodigiosas máquinas voladoras de piedra planeando a baja altura, operadas con gemas preciosas y mantras bellísimos. Vieron enormes pirámides de roca girando sobre su eje para calibrar la vibración energética de ciertos valles. Fueron testigos atónitos de portentos que no podían tener otra explicación que una inusual fuente de poder radicada en el territorio.

Penetraron sus redes de datos más profundas, comieron los cerebros de cuatro niños no natos y vieron, a través de los ojos de un sacerdote maya, el código más santo de todos: el “viento naranja”, escrito y primorosamente ilustrado íntegramente en el plano astral por generaciones y generaciones de brujos iniciados.

Supieron de Ce acatl. Supieron de Kalfukura.

Supieron como derrotarlos y arrebatárles la fuente de sus maravillas.

Esa noche lloraron abrazados y mataron a todos sus hermanos que no merecían saber lo que ahora ellos sabían.

Reordenaron el calendario europeo y abrieron una ventana de tiempo falsa, oculta a los ojos de dios, para que Hernán Cortés desembarcara sus tropas en el Anáhuac justo en el año 1519, número 7, con una única palabra murmurada en secreto de boca a oído: serpiente emplumada.

Cuando Cortés desembarcó, subió a su caballo y un representante le indicó el nombre con que debía nombrar el lugar para hacerlo seguro. Le recomendó nunca desmontar antes de renombrar los lugares. De ahí en adelante cada sitio conquistado era rápidamente renombrado con un “conjuro-llave”, codificado tras un nombre cristiano, que anulaba la energía opositora y encarcelaba entre las letras al numen protector del lugar. De esa manera avanzaban con seguridad por terrenos incapaces de defenderse. El rito de conquista avanzaba como una infección.

Escondidos a la sombra de los ejércitos, los representantes guiaban a los capitanes en el primer objetivo: bajar a través de la cordillera de los Andes destruyendo un por uno los chakras de América para debilitarla y nublar la visión de sus chamanes guerreros, los únicos capaces de oponerse al objetivo final, oculto allá en el sur más boscoso.

Uno por uno cayeron los pueblos que resguardaban los puntos de poder de la madre tierra. Cada templo mayor era desmantelado cuidadosamente para exponer el “punto blando” y

cegarlo con cantos y signos de oscuridad. Siempre se construía una iglesia encima, como llave ritual obstruyendo la respiración del territorio.

Los restos de las civilizaciones que florecían como hongos en torno a cada punto energético, servían de carroña para la jauría de la Corona. Mujeres y oro, niños y sangre para sus cálices.

Pero los representantes no buscaban oro vulgar.

No todos los representantes sabían cuál era el real objetivo de la operación de conquista. Sólo los guardianes del grial conocían la verdad y eran los encargados de “mantener secreto el secreto” hasta el momento indicado.

Ningún representante aparecía en registro alguno, ninguno recibió cargos o haciendas, nadie tenía derecho a mirarlos o discurrir sobre sus oficios. Los que habían escuchado una sola palabra de boca de un representante, eran borrados del libro de la vida y sus huesos eran polvo arrojado a algún desierto.

La verdad no es para todos.

-La verdad no es para todos- dijo el de la barba color fuego, cerró los ojos y el tercer congregado de la izquierda se desplomó estrellando su rostro contra el suelo. Una profunda herida manaba sangre a borbotones desde la zona de la nuca, justo en el centro de un tatuaje ritual representando al ouroboros.

-La muerte vive a nuestras espaldas todo el tiempo, esperando el momento para sacarnos a vivir-.

-El asiento peligroso- murmuró uno que debía sentarse de costado para no herir su pierna tullida. Alguien, en las sombras, limpió un cuchillo y tomó el cadáver por las pantorrillas para arrastrarlo hacia la oscuridad.

-Su camino concluía hoy- continuó el de la barba color fuego -pero el nuestro continúa.

La obra es un bajel que cruza los siglos y hoy somos nosotros los que afirmamos su timón, aunque somos menos que el polvo entre sus tablas-.

Todos asintieron en silencio.

Todos eran sobrehumanos.

-Ahora es el momento para escuchar la verdad- dijo con voz queda, desprovista de toda solemnidad.

-Lucifer, después de su derrota, fué arrojado hacia la materia con toda la violencia que la ira divina pudo descargar. Cayó durante eones hasta alcanzar los fondos más profundos del océano de la eternidad: nuestro Universo. Cayó de cabeza a través de las órbitas celestes como un proyectil desconsolado. Cayó hacia nuestra Tierra, atravesó la atmósfera y el casco polar con un estruendo como de muchas aguas en gran disgusto, como muchos ejércitos gritando el nombre de Yavé al unísono.

Ahora yace enterrado, encadenado a los abismos, crucificado de cabeza y lamido por el magma, aullando su dolor eterno de belleza perdida y poder arrebatado.

Al momento de encallar en nuestro mundo, la hermosa diadema que embellecía su frente cayó a perderse en el instante mismo en que se abrían las carnes de la madre y “el que trae la luz” nacía hacia adentro destrozado, hundido de regreso a la matriz.

La piedra azul, venus. Ese es el secreto más secreto que nos mueve en peregrinaje hasta estos yerros perdidos de toda misericordia-. Concluyó hundiéndose en el silencio. El silencio que todo lo rodeaba como incienso consagrando la revelación.

-Maran atha- murmuró emocionado el más joven.

-Mañana morirán dos más- continuó el de la barba color fuego -luego levantaremos el campamento y nos iremos en silencio. Es menester que este poblado sea destruido por los naturales, para que la matemática de los eventos nos sea propicia-.

Talcahuano, Tralkawenu, el trueno del cielo.

La piedra azul estaba alojada en el interior del cráneo de una machi que, en su juventud, se había hecho arrancar los ojos para “poder ver”. Había cosido sus párpados con tendones de cóndor y huemul, para que su visión corriera veloz entre los bosques de araucaria y volara alta sobre los lagos y volcanes de la Meli Witran Mapu.

Ngenechén estaba con ella.

Una noche, convertida en halcón, había sobrevolado el campamento de esos extraños hombres de piel blanca como la muerte, los winka. Le había dolido el olfato la hediondez que emanaba de esos cuerpos fajados en telas inmundas y tuvo que huir. La espantó el olor de sus barbas machadas de comida, la deslumbró el brillo de la luna adornando sables y yelmos.

Hace mucho tiempo que los venía sintiendo arrastrar sus metales sobre la piel de los valles. Había escuchado llorar a la Pincoya y quejarse a los traukos cada vez que esos brujos blanquecinos como pollos sin cocer destruían un poco más el corazón de la mamita que nos cuida.

La machi Alerayén era ya muy anciana, a pesar de ello nunca se había asomado a semejante negrura como aquella noche en que decidió espiar a través de la pupila de un winka. Casi perdió la razón. Todo su paisaje de ríos, montañas y helechos se hundió en un pozo espeso, giratorio, repleto de cárceles oscuras, pestes, hogueras, cruces, clavos, espacios cerrados, ciudades hediondas a mierda y látigos. “Su dios cuelga clavado de un tronco, como un trozo de carne para asar”, su corazón le gritó en la cara y la machi cayó aturdida, rodando entre los matorrales.

La machi Alerayén tuvo que mantenerse despierta durante siete días y siete noches, recibiendo las penas de cientos de refugiados que arribaban cargados de desolación a la tierra mapuche.

Todos seguían el último mandato del ya desaparecido Consejo de Ancianos de las razas rojas: - Cada hijo de la mama tierra que sobreviva a la jauría blanca y pueda cargar una lanza, deberá encaminar sus pasos hacia el sur para unirse contra la barbarie. El corazón de nuestra tierra corre peligro-.

Guerreros-águila del Anáhuac-México, mocetones quechuas, mujeres cocodrilo del Amazonas, jóvenes shwar capaces de hacerse invisibles, chamanes jaguar del desierto de Atacama, soldados maya conocedores del combate en los sueños; hombres de piel roja medio muertos de hambre, en harapos, desfallecientes.

La machi sentía que el día de las lágrimas se acercaba y pidió consejo a las plantitas que hacen ver. Quemó hierbas en torno a su rehue de canelo que se elevaba 2 metros sobre el suelo y se hundía 200 bajo tierra para enterrarse en la cabeza de la serpiente que podría perderlos si no era controlada de ese modo. El chamico (planta alucinógena) habló con ella sobre los tiempos que vendrían y la machi lloró tanto que todas las vertientes de Tralco se amrgaron para siempre llorando con ella. Gotas gruesas como la miel manaron desde las cuencas vacías de la última chamana capaz de hablar con las plantas de poder.

El chamico le habló sobre la pérdida de la memoria y la vergüenza, sobre la necesidad de mantener oculto el corazón de América hasta mejores tiempos, la Kallfukura, la piedra azul. Le contó en voz baja, mirándola desde adentro, acerca de infinitas cruces que se clavarían en el

continente siguiendo un exacto diagrama de acupuntura negra para debilitar la tierra y mantenerla adormecida, alimentando al vampiro que se solazará en su leche. Le especificó la palabra que los mapuche deberán pensar como protección cuando los retraten para el archivo de almas que usarían los gobernantes para su magia negra. Le rogó que no capitularan en su defensa de la entrada a la ciudad bajo la cordillera.

La anciana suspiró, cansada y triste bajo su piel gruesa y oscura como corteza de araucaria.

-Madre machi!- gritó un joven guerrero que corría entre los árboles.

La anciana dejó de mirar a los ojos al chamico y la construcción cayó hacia arriba como agua estallando contra el cielo.

Todas las aves dejaron de cantar.

Un escarabajo salió por el oído de la machi y ésta recuperó los colores y la definición de su imagen.

Giró la cabeza y murmuró -Llegó el momento. No pensé que demorarían tan poco en encontrarnos-.

-Madre machi- dijo el kona cayendo de rodillas, acezando -El comedor de Sanpedro se comunicó con la red de vigilancia. El chamán de Curacautín dice que una bandada de tordos apareció sobre los campos del lonco y las aguas de todas las acequias se enturbiaron como la sangre. Asegura por su linaje que ésto no es cosa de kalkus o wekufes-.

-Lo sé- interrumpió -ayúdame a ponerme de pie y corre a decirle a nuestro lonco que haremos una rogativa-.

-Pero, un nguillatún requiere preparativos demasiado lentos y...-.

-Nadie preguntó tu opinión, impertinente. Tenemos sólo dos días, por eso te pedí que corrieras- insistió ásperamente. El kona hizo una grosera mueca de molestia frente a los ojos vacíos de la vieja y saltó entre la espesura separando enormes helechos y espantando una infinidad de aves de colores, que volaron hacia los árboles como frutos regresando a sus ganchos.

-No creas que no te ví, justificaru!- gritó la anciana agitando su bastón en el aire.

El nguillatún convocó a todos los loncos de la Meli Witran Mapu. También llegaron brujos de la cordillera, antiguos pillanes y espíritus de los volcanes, también vinieron célebres guerreros reencarnados en pumas, árboles o destellos de luz azul.

La machi habló fuerte, tan fuerte que hasta el Sol se detuvo para escucharla. Comenzó hablando sobre el doloroso llanto de la mama tierra. De cómo la cruz que el europeo clavara allá en el norte la ancló para siempre al mapa y ya no fue libre nunca más. Advirtió que si la resistencia fracasaba, vagarían perdidos para siempre, ciegos y sordos tanteando el suelo como niños buscándose el alma entre las piedras. Insistió en la necesidad de mantener la fé y la esperanza en el regreso de los verdaderos dioses blancos, que yacen dormidos en la ciudad bajo la cordillera. Recordó que el pueblo mapuche tiene la dignidad de “Guardianes de la Entrada” de esta ciudad y que no tienen otra alternativa que combatir hasta el final protegiendo la llave que abre las montañas. Llorando les confesó que habían pasado ya dos lunas desde que escuchó hablar por última vez, en susurros incoherentes, a la mama tierra y que desde entonces sólo un gran vacío llenaba su mente y las montañas ya no le respondían. Les cuenta que teme lo peor. Los aliados mágicos se desvanecen de pena, las aves sólo cantan y el paisaje comienza a olvidar quién es.

Informa que ya huele la marea infecta que se acerca por el horizonte, con sus corazones extraviados y la espada presta. Que no tardarán una noche en estar a la vista, que deberán avanzar de inmediato para evitar que crucen el río y contaminen el suelo de la Meli Witran Mapu con sus pies afilados y su violencia sin sentido. Los conmina a retenerlos con buenas y malas artes porque no son humanos. Les revela que hay un antiguo pacto con la oscuridad viviendo en sus corazones que los impulsa y los pierde. Ruega que no retrocedan porque la verdadera batalla es mágica, que hay unas nubes negras arrastrándose detrás de la jauría que no alcanza a distinguir. Les confiesa que necesitará tiempo, quizás unos cientos de años, pero que confía en encontrar la manera de despertar a la mamita de nuevo.

Luego del rito, cientos de konas avanzaron entre gritos de trueno encabezando los ejércitos. Más atrás caminaban, cansados pero decididos, los restos de las orgullosas castas guerreras de toda la América roja, sus emblemas llenos de cicatrices en el cuerpo y en el alma, pero con la mirada de piedra aún embelleciendo sus semblantes.

Cientos de brujos montados en cóndores oscurecieron el cielo a su paso. Abajo, traukos e invunches brotaban de la tierra para sumarse a la resistencia. Vino el alerce. Las piedras y los riachuelos se levantaron hombro con hombro contra el brujo europeo.

Una cruz se clavó en Loncoche.

El continente entró en estado de coma.

La machi ruega a viva voz, pero sólo el eco le devuelve la plegaria.

Relato originalmente publicado en Tauzero

http://www.tauzero.org/2003/02/la_conquista_magica_de_america/

El historial del egófago – Juan González Mesa

Volví la cabeza para verlo alejarse. Cojeaba drásticamente sobre el brillo de la calle bien llovida. Se desvanecía en el intermitente pasillo de luz y noluz de las farolas, frotándose el frío de las heridas viejas, de la falta de carne.

Llevaba un gabán también viejo; zapatos grandes y cómodos, rellenos de cuero donde faltaban dedos. Pensé en un drakkar vikingo que abandonaba la costa mientras ardía sin prisa. Solo tuve conciencia real de todo lo que me había contado al verlo caminar y desaparecer de mi vida, porque entonces sus palabras estaban ya a solas conmigo, y también su historia. Mi cicatriz del costado, ridícula y azarosa, me pesaba como una broma de mal gusto. Cuando joven, un tiburón me había mordido y me había escupido porque no le parecí suficientemente apetitoso.

Qué jodida y terrible ironía.

No le grité que volviera, que iba a ayudarle, que me apiadaba de su hambre y que reservaría para él un hueco en mi sala de espera, por la noche, cuando la sala de espera estuviese vacía. Me sentí realmente pusilánime al no darle a ese hombre lo que libre y conscientemente me había pedido.

Permanecí a solas con el brillo de la calle bien llovida y las farolas y mi ridícula cicatriz.

Mi nombre es Loraine Rouge. Estudié Medicina porque mi padre era médico. Compartí su consulta, que no los secretos de su consulta, durante doce años, hasta que un día decidió morirse de un ataque al corazón. La heredé sin méritos y sin lucha, como un Rubicón adecuado a mi vida fácil y adecuada, y con ella heredé la salud y vida de los pacientes que mi padre había atendido. Allí se acabó para mí el vagabundeo, la fiesta perpetua de un niño de papá. Dejé el mar y los deportes al aire libre, mi cohorte de novias; mi juventud, en resumen; mi buena suerte, en concreto.

Al morir mi padre, teniendo yo treinta y siete años, me hice un hombre de provecho. No tardé en ganarme la simpatía de aquellos pacientes que en principio se habían mostrado recelosos a ponerse en mis manos. Soy un hombre atractivo, rápido de mente y lo bastante listo para conseguir agradar a jóvenes y viejos, hombres y mujeres. Sin embargo, como médico, me considero un artesano bastante poco aplicado. La mayoría de las veces solo tienes que recetar pastillas o hablar con calma, pero a veces te llega un paciente con un problema real y, en ese

caso, yo suelo escoger la solución de mandarlo a un especialista que conozco y que recomiendo sin realmente conocer sus aptitudes fuera del campo de golf. Ni la Medicina ni mi padre me prepararon para otra cosa. En cualquier caso, no me prepararon para la visita de Jan Malle aquella tarde de octubre, ni para la petición que tendría que hacerme y la historia que tendría que contarme.

La consulta estaba en nuestra enorme casa familiar. Mi madre, impedida por el reumatismo, residía en el tercer y último piso, atendida por una chacha que también vivía con nosotros. Por debajo de ese piso, todo lo demás era mío: mi habitación, mi biblioteca, mi consulta, mi sala de reconocimientos, mi salón para visitas... Y no moví ni uno solo de los costosos adornos que mi padre había acumulado durante su vida, las reliquias, los cuadros y los muebles de artesanía. Por debajo de ese último piso, yo vivía pisando las sombras del buen gusto de mi padre. La consulta había sido adornada con animales disecados: un búho, un armiño, la zarpa de un gorila... Estaba custodiada por asfixiantes cortinas rojas, arropada por una enorme alfombra marroquí y provista de sillas, mesa y muebles de ébano.

Mi auxiliar, al irse a casa al mediodía, me dejó una nota advirtiéndome sobre la visita de un paciente a las cinco de la tarde, hora en que yo nunca recibía visitas. La nota decía también que ese paciente llevaba siendo atendido por mi padre durante treinta años, siempre por la tarde y con una periodicidad bastante extraña: una vez cada quince o veinte meses.

Esperaba a que el tal Malle acudiese mientras jugaba pinchando con un lápiz la garra disecada de gorila. Me parecía un adorno grotesco y horrible, pero tenía más derecho a estar allí que yo mismo, simplemente porque llevaba mucho más tiempo y, mientras mi padre a mí solo me había tolerado en vida, aquella garra la había escogido y comprado con ilusión. Supongo que me relajé haciendo eso, ya que el sonido del timbre supuso un sobresalto para mí. Me quedé de pie unos segundos, desorientado, casi sin saber qué se hacía a continuación de que un timbre suena. Fui a abrir, y entonces oí y me di cuenta que fuera llovía.

Al abrir la puerta vi a Malle de espaldas. Contemplaba la lluvia, o la calle, o los coches.

—¿Jan Malle? —pregunté.

Le vi asentir con la cabeza.

—Pase —dije.

Malle se volvió para entrar. Al pasar por mi lado solo vi la cicatriz de su cara como una sombra extraña, pero ya así me sobrecogió. No tuve que indicarle dónde estaba mi consulta; entró en

ella, sin quitarse la gabardina, y se sentó trabajosamente en una silla. Ni siquiera se quitó el sombrero negro que tapaba su mirada.

Me senté frente a él y por fin le vi la cicatriz. Antes siquiera de poder saludarle, de mostrar cortesía o recato, me quedé paralizado. Sé que me dijo algo que no entendí. Sentí náusea al darme cuenta de que le faltaba un trozo de la cara, que se había curado la piel sobre el hueso desde la sien hasta la quijada y que ese perfil estaba completamente desfigurado. La cicatriz arrastraba los párpados del ojo izquierdo hacia abajo y estiraba los labios como si estuviesen cogidos con un anzuelo.

—¿Cómo dice? —acerté a preguntar.

—He dicho que lamento mucho lo de su padre. Lo conocía desde hace casi cuarenta años.

Malle podía hablar bien a pesar de todo. Su voz, de hecho, era agradable.

—Gracias —respondí—. Me crié en Londres y estudié Medicina en Nueva York, así que viví muy poco tiempo con mi padre. Supongo que usted lo conocería mejor que yo.

Malle sonrió misteriosamente. Luego acarició la mano de gorila con suavidad, sin prisa.

—Yo era cazador, ¿sabe? —me dijo.

No respondí nada. Mi padre había sido un gran aficionado a la caza y a los safaris, así que no hacía falta preguntar cómo se conocieron. Dejé que siguiera hablando.

—Su padre era un imprudente —continuó—. En cierto modo espero que usted también lo sea, porque quiero explicarle la relación que he mantenido con él durante todo este tiempo. Y para llegar a un trato satisfactorio necesito una buena dosis de imprudencia por su parte.

—¿Le salvó usted la vida en algún safari? —pregunté.

Malle no se dignó a responderme. Por un momento pensé en contarle mi encuentro con aquel tiburón cuando practicaba pesca submarina, pero la idea se me cortó en la garganta al tener que enfrentarme con su mirada. Tenía unos ojos azules tan claros que casi no parecían humanos. A pesar de su edad y su estado físico, ese hombre había sido duro y peligroso, algo que seguramente hasta una fiera podría distinguir.

—Tengo que contarle una historia —me dijo—, porque necesito que me ayude. Antes, quiero que sepa que su padre ha sido mi ángel de la guarda todos estos años. Le soy sincero: espero que esto pese en su conciencia.

Aquello podría haberme molestado, pero dicho por Jan Malle no sonaba a algo que tuviese réplica. Su manera de hablar era tan franca que no dejaba resquicio a las convenciones sociales. Se notaba a leguas que era un hombre que, además de educado, cuando preguntaba, solo quería oír «sí» o «no», pero ninguna excusa. Así que callé y le hice un gesto con las manos para que comenzase a hablar. Saqué también un paquete de tabaco de mi cajón y le ofrecí un cigarrillo.

—Yo no fumo —respondió. Después puso las dos manos sobre la mesa, captando intensamente mi atención, y procedió a hablar—. No soy ningún enfermo ni loco, ni tengo ningún trastorno orgánico. No sé lo que soy y usted tampoco lo sabrá cuando termine de escucharme, pero espero al menos que comprenda mi situación y me ayude. ¿Está dispuesto al menos, apelando a la memoria de su padre, a ayudarme?

—Hable —insistí.

Malle me estudió durante unos segundos y apostaría a que leyó en mis ojos lo que yo era, de lo que era capaz y de lo que no, y visto esto se reclinó en la silla y soltó un hondo suspiro. Creo que en ese momento anticipó el fracaso, pero su necesidad era tal que tenía que intentar convencerme. Que tenía que exprimir sus posibilidades conmigo, estuviese yo hecho de la madera de la que estuviese hecho. Entonces, comenzó a contar su historia, con su voz agradable vuelta triste, sus ojos fieros vueltos, de repente, tristes.

—Me crié en África. Viví como un cazador hasta los treinta años, fecha en la que, más o menos, conocí a su padre. Cazaba elefantes y organizaba safaris para turistas que buscaran emociones fuertes. Era bueno en lo mío y ganaba buen dinero. Pero se estaban acabando los años del gran cazador blanco, ya me entiende, con tanto proteccionismo... así que decidí trasladarme de vuelta a París. Invertí mi pequeña fortuna en un negocio de armas. «El contraste fue tremendo. No había ningún lugar para mirar al horizonte y no encontrar ningún obstáculo. Ningún viento me traía los olores animales de la sabana. Lo pasé mal el primer año.

«Y el segundo.

«Pero me fui adaptando poco a poco y mis negocios iban realmente bien. De hecho, aunque me hubiesen ido de manera desastrosa, había vendido tanto marfil en mi vida como para no tener que volver a trabajar nunca».

Hizo una pausa bastante larga después de eso. Le dejé pensar, o recordar, o lo que estuviese haciendo, y llené un vaso con agua del pequeño depósito transparente de mi consulta. Se lo ofrecí. Él lo cogió sin mirarme y bebió con avidez. Era un individuo siniestro, ya no me cabía duda; su voz sonaba agradable, como ya he dicho, pero su presencia me intranquilizaba, llevándome a la conclusión de que no era yo el que estuviese estúpidamente amedrentado, sino que cualquier persona que se encontrase en la consulta conmigo sentiría el mismo calor inexistente, la misma sensación de ingravidez, el mismo mareo hipnótico que yo sentía.

Me estaba envolviendo con su historia, y el envoltorio era parecido a la piel de un animal oscuro y enfermo de fiebre. Por supuesto, no le interrumpí, porque quería seguir escuchándole; lo más alucinante de su historia estaba a punto de saltar delante de mis narices como un conejo de mago.

—No recuerdo cuando comencé a olerme a comida —dijo.

—¿Comenzó usted a oler comida? —pregunté; no entendía.

—No —me corrigió sonriendo, previendo mi error—. El olor que yo desprendía, el que salía de mi cuerpo, era para mí, y solo para mí, olor a alimento, a comida. Y todo lo que antes había olido a comida para mí, la comida de verdad, comenzó a olerme de manera repugnante. Negué con la cabeza porque seguía sin saber si estaba entendiendo lo que me decía. Él, sin embargo, asintió.

Y continuó hablando.

—Supongo que sucedió pasados unos dos años desde que me había instalado en París. Al principio, me parecía algo imaginario. Una mala racha. Una infección estomacal. Me parecía cualquier cosa menos lo que me decían mis sentidos, pero lo cierto es que iba aborreciendo la comida... y cuando me cambiaba de ropa, cuando me olía las manos o mi propio sudor o cuando acercaba la cara a mis piernas o mi barriga, notaba que olía diferente a como siempre había olido. Era un olor agradable... y me daba hambre.

«Cada parte de mi cuerpo tenía un olor distinto —hizo una pausa para recordar esos olores y supongo que esa época iniciática. Los olores son los padres de nuestros recuerdos más intensos, así que su concentración ahora era absoluta. Mi horror y mi fascinación iban en aumento. No podía objetar nada porque no quería que parase de contarme aquella historia—. Mis muñecas adquirieron el olor del pan recién horneado. De mis axilas, cuando estaban bien

aseadas y frescas, salían olores que recordaban a una cesta de fruta, pero cuando había sudado durante todo el día, su olor era intenso y me recordaba al del vino tinto.

«Mi sexo olía a condimento de ensalada. Mis piernas olían a carne de estofado muy, muy poco hecha. Cuando hacía calor mi cuerpo olía a fritura. Cuando hacía frío olía a dulces y mazapanes.

«Y sigue oliendo así para mí».

Encendí mi ya tercer cigarrillo; me hacía fumar ávidamente, apagar el cigarrillo mucho antes de haberlo acabado y luego, de manera compulsiva, buscar otro en el paquete para encenderlo, como una metáfora de la reacción humana ante el morbo.

Continuó.

—¿Ha deseado alguna vez a una vecina, señor Rouge? —Era una pregunta retórica—. La ves todos los días, pasa junto a tu casa, habla contigo del precio del pan... pero no puedes tocarla ni descubrir si merecen la pena sus encantos.

«Como dijo Oscar Wilde, la única diferencia entre un capricho y una pasión eterna, es que el capricho dura más. Es cierto, señor Rouge. Y ese capricho elimina los otros placeres que están al alcance de uno. Una pasión eterna acaba convirtiéndose en un ideal, como la libertad o... no sé, la justicia. Se puede alardear de ella. Pero un capricho se convierte en obsesión y te lo guardas porque da vergüenza.

«Mi carne, mis órganos, mi piel, eran mi capricho, uno que se transformaba poco a poco en una necesidad alimenticia. Cuando andaba por la calle, por el cuello de la camisa salía un vapor irresistible. Si una mujer me abrazaba no conseguía olerla a ella, sino a mí, y no sentía deseo, sentía hambre. Me desnudaba en mi casa y me olía. Me agarraba a los bordes de la cama para no morderme sin control.

«El control se adquiere, eso sí, pero no acaba con la necesidad».

—Y acabó acudiendo a mi padre —dije yo.

Malle asintió con la cabeza. Las piezas de su historia inconexa encajaban ya para mí a la perfección, y la deducción a la que pude llegar era tan clara como aterradora: aquel hombre necesitaba a mi padre para que le operase. Seccionar trozos de su cuerpo de modo controlado y poder disfrutar de ellos en una succulenta comida. Estaba hablando conmigo y veía

claramente que faltaba un trozo de su cara, pero no debía ser lo único que se había comido, si uno se fijaba en sus andares doloridos y en el esfuerzo terrible que suponía para él sentarse.

—Mi padre no pudo acceder —objeté—. Mi padre era un médico y respetaba el juramento hipocrático.

—Y yo necesitaba ayuda de un médico —respondió él.

—No le creo.

Asintió con la cabeza como si hubiese previsto ese punto en la conversación. Señaló el armario donde mi padre, y posteriormente yo, guardábamos los historiales de sus pacientes.

—Allí —dijo—, debe haber una carpeta con mi historial; su padre lo llamó «egófago», para que no constara en él mi nombre.

Me estaba terminando mi cigarrillo mientras observaba su gesto y su expresión; era imposible que un hombre con esa seguridad y aplomo estuviese mintiendo pero, por otro lado, mi padre...

—¿No se va a levantar para comprobarlo?

Esta vez sí terminé de fumar. Malle no parecía intranquilo. Yo tenía ya pocas dudas de que dijese la verdad, pero temía acabar con ellas; mi padre accediendo a eso que él me insinuaba, operándole en secreto, entregándole la ración de sí mismo para que se la llevase a casa y la preparase con alguna receta especial, o quizá para que se la comiese cruda...

Hice un mohín impaciente, me levanté y abrí el armario con los historiales clínicos de los pacientes. Busqué entre las carpetas, que estaban ordenadas escrupulosamente en orden alfabético, pasando por la «c» de Claude Constance, un contable que sufría constantes achaques de reumatismo y una fuerte acidez de estómago, la «d» de Nadine Dantes, una hermosa costurera a la que mi padre curó una infección de estómago, pasando con dedos torpes las carpetas que comprendían la «e».

Y allí estaba su historial.

Solo una palabra en la portada: egófago. La carpeta era de las más viejas y gastadas del armario. No se había renovado; ninguna secretaria la había tocado jamás.

Me la llevé a mi silla y comencé a leerlo. Había una larga lista de operaciones que comenzaba hacía treinta años. Al observar mi rostro, Malle no pudo reprimir una risita y dijo:

—Me he estado racionando.

Y esto leí en la lista:

12 de Septiembre de 1945 - Extirpación de una tira de piel de 15 cm del muslo izquierdo del paciente. Operación con resultados satisfactorios.

Ninguna otra indicación del motivo, del postoperatorio ni de algún asistente en la operación. Así eran todos los apuntes, escritos de su puño y letra.

1 de Octubre de 1945 - La herida cicatriza y sana con total normalidad.

20 de Abril de 1946 - Extirpación de una tira de piel de 20 cm del muslo derecho del paciente. Operación con resultados satisfactorios.

3 de Mayo de 1946 - La herida cicatriza y sana con total normalidad. El paciente, sin embargo está mostrando una clara dificultad en algunas funciones locomotrices.

Tiras de piel de las piernas, de los brazos, del abdomen. Dificultad progresiva en la capacidad locomotriz porque la piel regenerada, seguramente, le estiraba de manera dolorosa. Aquellas primeras operaciones eran más o menos tímidas hasta años más tarde, en que comenzaron a resultar atrevidas. No pude reprimirme al leer en voz alta:

—Seis de Julio de 1953. Amputación completa de los dos dedos exteriores del pie izquierdo...

Malle echó la cabeza hacia atrás, recordando. Observé unos segundos, fascinado, la clara expresión de satisfacción que se dibujaba en su rostro, por su sonrisa, sus ojos entrecerrados, el sudor que perlaba su frente.

Como en un susurro, dijo:

—Olían a centeno cuando los deseaba, a cordero cuando los guisaba...

Y yo seguí leyendo. Sobre otras heridas superficiales, con el tiempo, parecían haber acordado llegar a más. Renunciar a su salud y a su capacidad locomotriz plena para que pudiera probar sus músculos, la carne en sí que disfrutamos al comprar filetes o piezas para cocinar, y todo eso como el principio de su atrevimiento: el de Malle y el de mi padre.

Enero de 1962: sección del glúteo izquierdo del egófago, para su propio consumo. Marzo de 1966: extirpación de las amígdalas. Mis ojos volaban por aquel extenso historial como los corresponsales de guerra corren por las ruinas de una ciudad bombardeada, contando

cadáveres. En Agosto del 74 mi padre le había extraído un riñón para que pudiera comérselo. Tuve que cerrar la carpeta.

—Está usted loco —dije—. Los dos; mi padre estaba tan loco como usted.

—No soy un loco ni un enfermo —respondió Malle—. Soy un hombre libre, como lo era su padre.

Y supongo que eso, realmente, puso fin a la conversación. Había una barrera, era evidente, había una traba insalvable entre él y yo, y entre yo y mi padre, creo. Era una cuestión de principios. He tardado en comprender que se trataba de una cuestión de principios.

Los de mi padre le llevaron a arriesgar su carrera, a meterse en un terreno pantanoso y terriblemente impreciso para atender a las necesidades de un hombre necesitado. A curar dañando, supongo. Y eso no contrasta demasiado con el espíritu de la Medicina.

Los míos... Mis principios eran blandos, fáciles, y siempre me llevaban a tomar la decisión menos costosa. Malle ya lo había notado. Me había captado claramente desde un principio, porque era hombre versado en los hombres y en el miedo. Pero supongo que su necesidad y una ligera tendencia a la esperanza le hicieron confiarme su historia y, en cierto, modo, confiar en mí.

—¿Me ayudará? —preguntó.

No hacía falta especificar qué me estaba pidiendo. La saliva en mi boca se hacía intragable y mi sudor enfriaba mi cuerpo quizá demasiado rápido. Eso eran dudas.

—No puedo —respondí finalmente.

—¿Por qué?

Es curioso cómo de simples se van volviendo las preguntas y las respuestas cuando los temas son rotundos, cuando uno se juega realmente la conciencia y no la imagen de la conciencia; cuando no hay varias maneras de decir la misma cosa.

—Porque me horroriza imaginarlo comiéndose a sí mismo —respondí.

Y no vi en su cara otra cosa que comprensión. Dijo algo que lo contradecía, pero sé que su intención no era juzgarme, sino, más bien, desahogarse. Me dijo:

—Usted no tiene alma de médico, sino de burócrata. Los médicos siempre han tenido que enfrentarse al horror y transformarlo en ciencia. Quizá usted, en otra época, me arrojaría a una hoguera.

Entonces agarró mi paquete de tabaco, sacó un cigarrillo y comenzó a fumárselo. Observé que sus ojos se perdían en el fuego de la cerilla un buen rato.

Observé algo más que un hombre y una llama.

Cuando salió de mi casa le ayudé a ponerse su abrigo.

Comenzó a alejarse salí. Yo también salí a la calle, quizá sin que él lo supiera. Observé mi sólida casa de colores familiares, y muros rectos y seguros.

Volví la cabeza para verle alejarse. Cojeaba drásticamente sobre el brillo de la calle bien llovida. Se desvanecía en el intermitente pasillo de luz y noluz de las farolas, frotándose el frío de las heridas viejas, de la falta de carne.

Me imaginé por un momento que yo salía detrás de él y lo detenía. Que aceptaba su oferta, gratuitamente o por dinero, y que lo llevaba de vuelta a la casa para invitarle a una copa de coñac. Que él me sonreía; se sentía feliz y en gratitud conmigo.

Que le hacía bien al acceder a operarle cuando él quisiera, en la medida que él quisiera dosificar su carne para comérsela hasta llegar al fin de sus días, dolorido y renqueante, deformado por su extraña gula y feliz por su extraña complacencia.

Y me sentí bien.

Pero acudió a mi mente la percepción de las cosas que era natural y dominante en mí. Viéndolo alejarse, volviendo a desaparecer de mi vida para meterse en la suya, envuelto en su abrigo húmedo y movido por sus pasos doloridos, lo vi como a un enorme y gigantesco insecto. Imaginé su casa como una guarida. Imaginé su cuerpo, en cierto modo, masticado.

Imaginé a ese hombre devorándose a sí mismo hasta el fin de sus días, dolorido y renqueante, dominado por la gula. A pesar de que no era así, de que no era lo que sucedía con él, lo vi en mi mente agarrando su pierna con las manos para poder masticarla. Haciendo desaparecer su tronco. Devorándose a sí mismo hasta que no quedase nada de él excepto su boca, aquella gruta de la que emanaban los aromas más preciosos y mezclados que le habían dado felicidad, y de los que no podría disfrutar nunca, por ser indevorable el instrumento propio con el que devoraba.

No supe si mi intuición me había llevado a ver la esencia propia de su espíritu y me había dado miedo, o si el miedo de mi espíritu había deformado la esencia propia de las cosas. En cualquier caso, volví a mi casa antes que se perdiera completamente en la noche.

No podía resistir la idea de contemplar cómo la oscuridad se lo tragaba, de observarlo alejarse hasta el punto en que uno de los tramos de sombra de la calle era el último y que, por más que me esforzase, no podría volver a verlo.

No podía.

Han pasado cinco años.

Malle era un ogro, un ogro, un ogro.

Han pasado dieciséis años.

Me estoy muriendo. El cáncer me devora.

Juan González Mesa es autor de El exilio de Amun Sar, Gente Muerta y La Montaña, ganador de varios concursos de relato corto, guionista, director y storyboarder de cortometrajes, dibujante y diseñador, corrector de textos y guiones y futuro empresario editorial y cinematográfico.

Este relato fue ganador en el año 2004 del premio Ciudad de Martos.

Adaptación - Ricardo Manzanaro Arana

Por fin la pantalla dejó de mostrar la palabra “Conectando”, y la sustituyó por “Conexión efectuada”. Instantes después se materializó el rostro de Germán.

—Hola, chaval

—¿Qué tal, doctor?

—Felicidades atrasadas. Perdona por no felicitarte hasta hoy, pero he andado muy liado estos dos últimos días

Le parecía increíble que ya hubieran pasado 31 años desde que por primera vez cogió en sus brazos a aquel bebé de aspecto extraño. Era uno de los primeros “prototipos”. Debían probar la “viabilidad” de aquellos “ensayos”, antes de que se aprobara la puesta en marcha de la segunda fase, de “producción masiva”.

Y fueron transcurriendo los años, en aquellos cuatro diminutos módulos de la base, cuidando a aquel chaval, que miraba embelesado al gran “globo” de la Tierra; paseando con él por los cráteres lunares, el profesor embutido en su traje y vigilándole por la escafandra, y el crío correteando feliz.

Cuando tuvo que regresar a la Tierra años después, dejando allí a Germán, fue el día más triste de su vida. Pero se comunicaban muy a menudo, y el profesor seguía visitándole de vez en cuando.

En aquel momento la colonia lunar ya estaba constituida por decenas de edificios, y casi 2.000 personas vivían allí. Y ahora los raros eran los que llevaban traje de protección, frente a los selenitas, con su piel resistente a la radiación cósmica, las retinas adaptadas a luz de la luna, y sobre todo provistos de aquel ingenio que reciclaba el monóxido de carbono transformándolo en oxígeno dentro del propio organismo, permitiéndoles respirar sin utilizar los pulmones.

—Oye, entonces ¿habéis hablado ya con todos los de la colonia? – preguntó el científico terrestre

—Si, si. Están todos de acuerdo. Las unidades de modificación genética que tenemos aquí son suficientes para los nacimientos de los próximos años. Y se producen recicladores de monóxido de carbono a buena marcha

—Estupendo. Es que vamos a necesitar todos los laboratorios terrestres para crear a los nuevos seres adaptados. Nuestras fábricas de recicladores ya están produciendo unidades en plan masivo para insertar en los embriones. En los años que vienen vamos a tener que dedicar toda la potencia biotecnológica a este objetivo, sino nos vamos al garete.

—¿Tan mal están las cosas? – preguntó Germán

—Puf, no te lo puedes imaginar – contestó el profesor, que echó una ojeada al sensor de contaminación que tenía colocado alado de la ventana de su despacho. En la pantalla del aparato se podía leer:

“Sensor de contaminación

Localización del análisis: Paseo de la Castellana

Niveles de monóxido de carbono: extremos

Niveles de oxígeno: mínimos

Presencia de contaminantes: muy elevada

Radiación ultravioleta: nivel máximo

Medio ambiente muy hostil. Es extremadamente peligroso salir al exterior sin traje de protección y escafandra.

No salir. No salir”.

Ricardo Manzanaro (San Sebastián, 1966) Médico y profesor de la UPV/EHU (Universidad del País Vasco). Mantiene un blog de actualidad sobre literatura y cine de ciencia-ficción (<http://www.notcf.blogspot.com/>). Asistente habitual desde sus inicios a la TerBi (tertulia de ciencia-ficción de Bilbao), y actualmente preside la asociación surgida de la misma “TerBi Asociación Vasca de Ciencia Ficción Fantasía y Terror” (<http://terbicf.blogspot.com.es/>). Tiene publicados más de 40 relatos.

Último viaje - *Manuel Moledo*

El hombre que no quería morir fue conducido a La Sala.

El pánico ralentizaba el tiempo a su alrededor y agudizaba sus sentidos. Era capaz de oler el sudor en el kevlar de los agentes que lo escoltaban y de distinguir el miedo en su propio sudor. Los colores eran vívidos, intensos. El roce de las armaduras de sus captores al caminar se le antojaba ensordecedor. Su cuerpo, evolucionado durante un millón de años hasta convertirse en la raza de homínidos cazadores que acabó dominando la Tierra, estaba preparado para buscar una escapatoria a aquella situación.

Cholo miró sus poderosas manos, cerradas en dos puños gargantuescos, de piel dura y curtida como el cuero viejo. Serpientes de coral fosforescentes se retorcían sobre sus antebrazos, reflejando su estado de ánimo. Los tatuajes holográficos brillaban como luciérnagas, salvo en sus muñecas, cubiertas por bridas de polímero inteligente. Un gesto del guardia, apretando la llave electrónica de su cinturón, y se ceñirían hasta que la carne le sangrase, mientras se retorció en el suelo por una descarga eléctrica de alto voltaje.

No tenía más escapatoria de la que tendría una alimaña atrapada en un lazo de acero.

En las peceras de metacrilato que daban al pasillo del Corredor, hombres y mujeres duros como el pecado palmeaban, silbaban y se despedían con gestos obscenos. Sus gritos atravesaban sordamente las paredes transparentes de sus celdas. «¡Jódelos, Cholo!» «¡Que les den bien por el culo!» «¡Me reúno contigo la semana que viene!»

Tras largos años de convivencia, llegó a perder la cuenta de cuántas veces había palmeado y gritado en una situación similar. Pero todo se veía diferente desde el otro lado del cristal.

El condenado caminó mostrando una falsa decisión, mientras saludaba ceremoniosamente con la cabeza a sus compañeros del Corredor del Último Viaje. Años atrás hubiera atacado a los guardias como un perro rabioso, por puro instinto.

«Pero ahora soy otro, joder. He cambiado. Dios sabe que he cambiado, aunque me merezca esto» pensó mientras apretaba aún más los puños, hasta clavarse las uñas en las palmas.

Esas manos lo habían hecho. Con la fuerza y la misericordia de un torno hidráulico, tomaron el blando cuello de su víctima y apretaron hasta hundir la tráquea. El frágil hueso hioides se rompió en el proceso como una concha de porcelana pisada en la playa. Luego esperó más de

una hora, velando el cuerpo, para asegurar la imposibilidad de una resurrección. Matar a alguien no era tan fácil como antaño, cuando el cerebro era irrecuperable breves momentos tras la muerte.

Aún ahora se preguntaba por qué. Aquel día llevaba por lo menos catorce horas usando programas ilegales de danza cerebral. Sueños reales como la vida y crueles como la muerte se entretrejían con la realidad que le rodeaba. Sex-trap. Frenetizador. Vuelo de Ángel. Todas se unieron a su brutal fuerza física, y quién sabe si también a su maldad natural, precipitándolo todo.

De resistirse, podría llegar a montar un buen jaleo. Ahora era un hombre aún más fuerte. No tenía mucho que hacer en la mazmorra y, como tantos presos, terminó cayendo en la rutina de castigar su cuerpo con flexiones y abdominales, transformándolo en algo tan macizo y anguloso como los muros de su prisión.

Para él no era tan importante la protección que ello pudiera ofrecerle, como el estatus. Sentirse poderoso entre los demás. Paladear la precaución con que los guardias trataban con él. Ahora, todo eso le parecía una tonta frivolidad.

Pese a su determinación, sus piernas flaquearon cuando salió de la galería, lejos del apoyo de los otros reos.

La puerta de La Sala se abrió; un robot médico de aspecto andrógino ataviado con una absurda bata tan blanca como su rostro artificial. El droide le hizo, sonriente, una seña hacia una desnuda silla.

Era el único mobiliario de la luminosa y desangelada estancia.

—Señor Arpaio, siéntese, por favor. Terminaremos en unos minutos.

La Muerte tenía una voz atildada, incluso asexual. Torpe y pálido como un zombi, el condenado obedeció. Los guardias le ajustaron correas en muñecas, pecho, tobillos y frente, inmovilizándolo.

Luego abandonaron el lugar.

—Señor, hemos de esperar dos minutos hasta la ejecución de la sentencia, en previsión de un posible indulto o conmutación de su pena.

Tal cosa no había sucedido jamás. Cholo cerró los ojos. «No quiero morir», pensó. El pánico estaba a punto de invadirlo. «Contrólate. No quieres ser de los que se mean encima en el último momento».

Intentó concentrarse en el sabor de la musaka, su elección como último alimento. El plato que su madre le preparara de niño todos los días de fiesta. No pudo.

«Ella lo verá»

La había decepcionado convirtiéndose en un adicto a la danza cerebral. Luego la enloqueció de dolor al volverse un asesino. Ahora, su madre iba a verlo morir. Todas las sentencias se retransmitían en la página web del penal; no podía dejar de verlo. Pero de seguro lo que más asustaría a aquella buena y católica mujer era la certeza de que habría un más allá para él. El más allá que se merecía.

Cholo cerró los ojos para no llorar.

Exactamente dos minutos después un brazo mecánico comenzó a inyectarle el tranquilizante. Todo autocontrol se desvaneció. Despavorido, el convicto apretó los bíceps con furia, y tensó sus músculos como cuerdas de acero. A veces, alguien conseguía romper la aguja y ganar unos segundos.

—Por favor, señor Arpaio, no se resista. Únicamente conseguirá dañarse a sí mismo. Si no ha llegado ningún informe positivo del Defensor del Preso, no va a llegar ya. Relájese. Tal vez esto no sea tan malo como se imagina.

El blanco rostro era completamente inexpresivo. No fue él quien inició el proceso; sólo un humano tenía esa potestad. A tres salas (un mundo) de distancia, el Alcaide giró un interruptor al cumplirse el plazo.

En teoría debía perder suavemente la consciencia. Sin embargo, su constitución de toro no le concedió ese privilegio. Cuando el segundo fluido entró en sus venas le quemó como fuego.

Cholo gritó su dolor con todas sus fuerzas.

—Debo informarle que su cuerpo pasará a ser propiedad del Estado. Usted no ha seleccionado ningún destino de las opciones que se le ofrecieron. Por ley de oferta y demanda ha sido destinado a la clase tres: Extracción de los tejidos útiles y aprovechamiento como fertilizante de los subproductos – recitó amablemente La Muerte.

Cada vez le costaba más respirar. Su cuerpo luchó por seguir haciendo funcionar el diafragma, pese a que su mente era consciente de que no conseguiría hacer llegar suficiente aire a los pulmones, y deseaba que todo acabase cuanto antes. Durante minutos que se hicieron eternos, aún consiguió mantener sus funciones vitales. Luego dejó de sentir nada salvo una dulce calma. El tercer fluido, preñado de nanobots, había llegado a su cerebro. Las pequeñas máquinas atravesaron el océano de líquido cefalorraquídeo e infectaron su córtex, polimerizándolo neurona a neurona.

Poco a poco, todo se volvió negro.

Frente al penal, bajo un sol radiante, decenas de personas montaban su propio espectáculo. Al tiempo que el cerebro de Adrián Arpaio, alias «Cholo», se convertía en un amasijo de plástico y su corazón dejaba de latir, uno de los activistas que se concentraban ante la puerta del penal escenificó su agonía.

El alto joven iba vestido con un simbólico mono naranja y un redondo casco de realidad virtual, conectado al sensorama emitido por la Datosfera. Sintió y danzó para todos cada uno de los estertores del condenado. Luego cayó al suelo inerte entre los gritos catárticos de los que le rodeaban.

Los viandantes los miraban con cansancio. «Son unos pesados, estos activistas», pensaba más de uno. «Siempre agitando sus pancartas y conminando a la gente a sentir en la RV las torturas de los condenados. Y reviviendo en su cuerpo los sensoramas de los reos. Menudos masoquistas».

Aunque lo peor eran las preguntas incómodas para las cuales ya tenían todas las respuestas.

A muchos kilómetros de distancia, encerradas en su casas, dos madres lloraban en silencio. Una por quien se marchó ese día; otra por quien se había marchado doce años atrás.

* * *

— Es mi deber comunicarle que, a partir de ahora, su futuro dependerá completamente de su capacidad de integración en la colonia. Si sirve bien durante diez años, puede ganar su condicional y optar a una granja propia en la zona libre. Este mundo penal tiene leyes propias y se hacen cumplir con dureza. Al contrario que en la Tierra, la máxima pena es la eliminación definitiva.

Cholo abrió los ojos, confuso. Reconocía aquella atildada voz. Ante él, estaba el mismo robot médico que lo acababa de matar. No, no el mismo. Eso era imposible. El mismo modelo.

—¿Se siente tranquilo, señor Arpaio? ¿Puedo proceder a liberarlo? Debo advertirle que cualquier daño causado a esta unidad tendrá como consecuencia la adquisición de una deuda que deberá pagar mediante su propia potencia de trabajo.

El preso asintió, aún aturdido. Las abrazaderas que lo retenían al barreño de crecimiento se abrieron y cayó de rodillas, las manos en el rostro. Contempló asombrado ante sus ojos unos finos dedos de post-adolescente. Su piel era lechosa, sin cicatrices ni tatuajes. Se palpó el suave vientre hallándolo plano, sin ombligo. Fabricar un cuerpo salía más barato cuanto más crudo salía del horno.

—El mapa de su ADN fue transmitido hace dos meses para generar este clon. De igual manera que su mente ha sido emitida instantáneamente según fue recuperada, tal y como le había sido comunicado. Este cuerpo es el suyo, señor Arpaio. Le aconsejo que lo cuide, no tendrá otra oportunidad. Encontrará un uniforme y unas botas en la taquilla que tiene frente a usted.

Cholo se sentía aún como en un sueño al abandonar el complejo. Su cuerpo frágil y mórbido le restaba confianza, y caminaba dubitativo. Se quedó parado en el patio de la construcción, parpadeando frente al abierto portalón de salida. La luz del atardecer, demasiado azul para recordarle a su hogar, le deslumbraba.

Cuando sus ojos se adaptaron pudo ver un chico negro como el carbón sentado a la vera del camino.

Lucía una sonrisa torva y vieja que deformaba obscenamente su rostro juvenil.

—Vaya, amigo -le dijo el muchacho- Volvemos a vernos. Un año y seis días después de que me ocase a mí.

La nariz y los ojos sólo se le hacían conocidos. La boca era inconfundible.

—¿Fallou? ¿Eres tú?

—Me alegra que me hagas esa pregunta. ¿Tú eres tú, Arpaio?

Cholo volvió a mirar sus delicadas manos. Luego oteó el sol azul en el horizonte. La visión del interminable desierto le sobrecogió. Sus pulmones respiraban agitadamente un aire aún joven, aún sin olor a vida, pobre en oxígeno.

El Estado le decía que era él mismo. Pero al Estado le convenía decir eso. La mayor parte de la sociedad no pensaba así. «Doppelgänger» les llamaban a los que eran como él ahora. Y escupían en el suelo al hacerlo.

—Creo que no – respondió vencido, aunque no se sentía alguien nuevo- Creo que he muerto, ahí atrás, y sólo soy una copia. Ni siquiera sé si tengo ya alma. Pero me siento yo.

Fallou le puso la mano en el hombro.

—Mira, colega. No sé si eres el mismo de mis recuerdos. No sé si hoy Cholo murió, como el Fallou que tú conociste en el Penal, y nosotros somos simples copias. Muchos creerán eso, desde mi abuela al condenado Papa. Pero en todo caso, ¿qué más da? Estás vivo, original o copia, y tienes que salir adelante. Le he hablado de ti a mi lugarteniente y te queremos en nuestra hermandad. Y créeme, tío, uno necesita buenos hermanos si quiere sobrevivir en Purgatorio. Sigues siendo un tipo duro, ¿no? Toma esto, te hará falta. Por aquí a algunos les gusta la carne tierna y recién hecha.

Y diciendo esto, le puso en la mano un tosco cuchillo.

Cholo oteó la ciudad. Chamizos de adobe rompían la planicie, rodeados de cultivos hidropónicos y raquíticos árboles. La multitud bullía como un hormiguero. Miles de presos trabajaban ordenadamente. Todos ellos eran vigilados por drones policiales controlados mediante transmisión cuántica instantánea desde la otra orilla del abismo, a más de cien años luz. Demasiado lejos para molestarse en transportar cuerpos vivos.

Como en la vieja Australia, los penados asumían la dura labor de construir un nuevo mundo. A diferencia de la vieja Australia, los guardias podían irse a disfrutar de su familia al acabar el turno.

«Recién hecho, puede ser. Tierno, por mis cojones» pensó Cholo, y ocultó el arma en una manga. El fuego nacía en su pecho. Deseó que lo intentaran. Hacía muchos años que no sentía una rabia tan pura en su interior. «Serán las hormonas», pensó.

Sonriendo como un lobo, comenzó a caminar.

Manuel Moledo (1977) Nació en Serra de Outes, soy biólogo, vivo en La Coruña.

Mi primera publicación fue en la revista digital Másliteratura, con ocasión del I Concurso Literario de Relatos Cortos Steampunk y Retrofuturistas del 2011 en el cual quedé con el relato "El fin de la Inocencia" http://issuu.com/masliteratura/docs/revista-enero2012_virtual

Físicamente en Contos extraños, una publicación periódica en gallego de pulp, fantasía, terror y ci-fi, y en varias publicaciones online. En mi caso los relatos publicados fueron: Volumen 2. "Xornada Fantástica".-"Solsticio de verán" (Cast. Solsticio de Verano, fantasía épica). Volumen 3. "Vieiros de Mañá".-"O fin da inocencia" (Cast. El Fin de la Inocencia, Ucronía retrofuturista).

olumen 4. "Nadal Impío".-"Bonecos de latón" (Cast. El Fin de la Inocencia, Ucronía retrofuturista).

Podéis saber algo más de Contos Extraños y Urco Editora aquí (el artículo está en castellano):

http://www.fantasymundo.com/articulos/4981/entrevista_contos_estrans_steam_pulp_da_galiza

También he participado en la publicación gallega de cuentos de corte oscuro relacionados con la infancia "Sombras no berce" (Cast. Sombras en la cuna). con el relato "A pesca do cangarexo" (Cast. La pesca del cangrejo, suspense). Podéis descargar este recopilatorio de relatos gratuita (y legalmente y con gusto de los autores) aquí:

http://www.4shared.com/office/THy0jrhH/sOmBrAs_no_bErcE.html

Actualmente colaboro en Tiempo de Héroe, una publicación de literatura 2.0 que esta dando bastante que hablar, con más de 150.000 páginas visitadas. Participo tanto con la saga del personaje Adam Berengario como en la de Marlín. Podéis visitar algunos de mis relatos (y de paso engancharos a la saga, que hay gente muy buena metida) aquí:

<http://www.tiempo-de-heroes.com/2012/09/acto-2-capitulo-1-mdh-pastor-de-lobos.html>

Con más razón teniendo en cuenta que también participa Juan Gonzalez Mesa, al que ya conocéis por haber publicado en esta web, entre otros buenos escritores.

Mis preferencias se decantan, por lo habitual, a la ci-fi. Es por ello que estoy dedicándome a este género concreto, lo que me llevó a ser preseleccionado (sin posterior fortuna) para el concurso de relatos de este año de Inspiraciencia por mi relato "Lenguaje Matemático"

<http://www.inspiraciencia.es/preseleccionats/35-relatos-en-espanol-seleccionados/relato-corto-adulto-espanol/745-lenguaje-matematico>

Me encuentro ahora mismo embarcado en dos proyectos, uno de ciencia ficción compartido con una muy buena amiga y muy buena escritora, y en otro también de ciencia ficción, en este caso una ucronía. Espero que puedan salir a la luz el año que viene.

Futuro – Ricardo Manzanaro Arana

Era cierto

Su esposa se quejaba de que tenía un humor cambiante en exceso. Finalmente, el doctor Jeckyll tuvo que reconocerlo.

Oui-Ja

La sesión de oui-ja estaba resultando desesperante. El espíritu invocado era tartamudo.

Caer

Todas las noches sufría la misma pesadilla. En ella, caía desde lo alto de un edificio, contemplando aterrado como estaba a punto de estamparse contra el suelo. Despertaba gritando, terriblemente asustado, y con la imagen del pavimento acercándose.

Un día no se despertó de la pesadilla. Le encontraron muerto por politraumatismos.

Microrrelato

Era un especialista en microrrelatos. El más reciente lo había escrito en el cuerpo de un virus de la gripe.

Futuro

El científico observó con satisfacción el artefacto por él diseñado, por fin ya construido. Era una máquina para viajar al futuro. Aunque sabía que no había posibilidad de regreso a la época contemporánea, el científico deseaba fervientemente usarla, y viajar a y luego vivir 60-70 años en el futuro.

Apretó el botón de “Inicio”. Un minuto después comprobó que efectivamente había viajado 60 años hacia el futuro. Entonces se dio cuenta de que el tiempo también había transcurrido para él. Ahora era un decrepito anciano de 99 años.

Problema

El robot infantil volvió al domicilio, dolido y enfadado. Otra vez sus compañeros de escuela le habían agredido y pegado. Y él era incapaz de responder. No podía dañar a un ser humano.

La Humanidad en peligro

Tras el experimento, las hormigas crecieron y se hicieron gigantes. No atacaron a nadie, pero dejaron en la ruina a muchas personas. Los empresarios las utilizaron en múltiples trabajos, prescindiendo de los humanos.

Ricardo Manzanaro (San Sebastián, 1966) Médico y profesor de la UPV/EHU (Universidad del País Vasco). Mantiene un blog de actualidad sobre literatura y cine de ciencia-ficción (<http://www.notcf.blogspot.com/>). Asistente habitual desde sus inicios a la TerBi (tertulia de ciencia-ficción de Bilbao), y actualmente preside la asociación surgida de la misma “TerBi Asociación Vasca de Ciencia Ficción Fantasía y Terror” (<http://terbicf.blogspot.com.es/>). Tiene publicados más de 40 relatos.